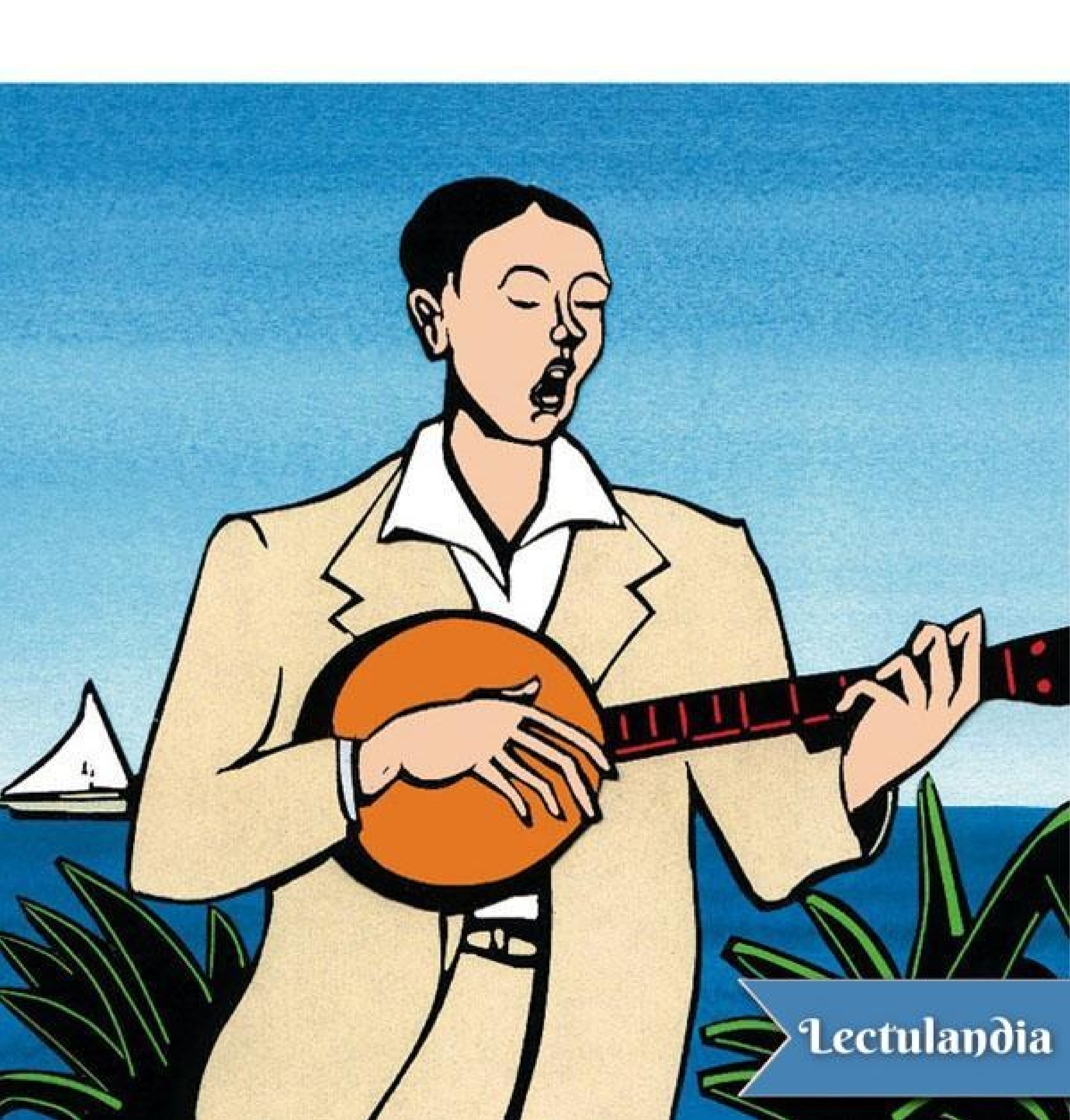
P.G. WODEHOUSE

Gracias, Jeeves



Bertie Wooster es invitado a abandonar su domicilio por el administrador de su piso, ya que ninguno de sus vecinos puede aguantar ni un minuto más su horrible manera de tocar el banjo. Tampoco su fiel criado Jeeves que decide dejar de prestarle sus servicios, ya que su señor no parece dispuesto a abandonar tan torturante afición. Su amigo Chuffy / Lord Chuffnell le ofrece una residencia de su propiedad que acepta encantado.

De visita, en el domicilio de su amigo, se reencontrara con su ex-mayordomo, que ha sido contratado por éste, aprovechando la ocasión, y coincidirá también con unos viejos conocidos, entre ellos, Paulina, una bella y coqueta joven de la anduvo enamorado en el pasado. Paulina le confiesa a Wooster que siente gran interés por Lord Chuffnell y que piensa que es correspondida.

Después de una conversación, en la que Jeeves informa a su señor sobre los motivos por los que Chuffy no termina de dar el paso, ambos deciden unir sus fuerzas para conseguir que su amigo y la joven heredera se conviertan en pareja. A partir de aquí, el enredo está servido.

P. G. Wodehouse

Gracias, Jeeves

ePUB v1.0

Arthur Paendragon 01.06.12

Título original: *Thank You, Jeeves*
Fecha de publicación: 16/03/1934
Traducción: Juan G. de Luaces

Editor original: Arthur Paendragon (v1.0)
ePub base v2.0

I

Me sentía un poco conturbado. No profundamente, pero sí un poco. Sentado en mi gabinete, acariciaba con indolencia las cuerdas de mi banjo —un instrumento al que había tomado últimamente gran afición— y, si bien no cabía decir que mi entrecejo se frunciese con gravedad, tampoco podía afirmarse lo contrario de un modo absoluto. Acaso la expresión «estaba pensativo» defina bien mi estado de ánimo en aquellos momentos. Me parecía notorio que se perfilaba ante mí una situación fecunda en embarazosas posibilidades.

—¿Sabe usted lo que pasa, Jeeves? —dije.

—No, señor.

—¿No sabe a quiénes vi anoche?

—No, señor.

—A J. Washburn Stoker y a su hija Paulina.

—¿Sí, señor?

—Puesto que los he visto, deben de estar en Londres.

—Así parece, señor.

—Es enojoso, ¿eh?

—Opino que, después de lo sucedido en Nueva York, quizá fuese desagradable para usted hablar a la señorita Stoker, señor. Pero creo que no es inevitable que se presente el caso.

Ponderé sus palabras.

—Cuando uno empieza a pensar en las cosas molestas que pueden ocurrir, el cerebro vacila y se pierde en una niebla, Jeeves. ¿Se da cuenta de que me es preciso no aparecer en el camino de esa muchacha?

—Sí, señor.

—¿Y evitar su presencia?

—Sí, señor.

Arranqué al banjo cinco notas de *El viejo del río* con cierto abandono. Las expresiones de Jeeves me habían serenado un tanto. Su razonamiento me parecía comprensible. Al fin y al cabo Londres es una ciudad grande y, si uno no quiere, no tiene por qué encontrarse con la gente.

—De todos modos, la cosa me impresionó mucho.

—Lo concibo, señor.

—Y con más motivo por el hecho de que les acompañaba Sir Roderick Glossop.

—¿Sí, señor?

—Sí. Fue en la «Parrilla del Savoy». Los tres estaban en una mesa junto a una ventana. Y hay un aspecto raro en la situación, Jeeves. Con los tres estaba Mirtila, la tía de Lord Chuffnell. ¿Qué haría con ellos?

—Posiblemente su señoría será amiga de la señorita Stoker, del señor Stoker o de Sir Roderick, señor.

—Sí, puede ocurrir. Pero confieso que la coincidencia me sorprendió.

—¿Habló usted con ellos, señor?

—¿Yo? No, Jeeves. Salí de allí como una bala. Aparte de mi deseo de rehuir a los Stoker, ¿imagina usted que soy capaz de buscar deliberadamente la conversación de Glossop?

—En realidad, señor, Sir Roderick no se ha mostrado hasta ahora un gran amigo de usted.

—Si hay en el mundo un hombre con quien yo no desee volver a cruzar la palabra, es ese viejo.

—Olvidaba decirle, señor, que Sir Roderick ha estado esta mañana a visitarle.

—¿Cómo?

—Como digo, señor.

—¿A visitarme?

—Sí, señor.

—¡Me asombra usted!

—Sí, señor. Le dije que no estaba usted levantado aún y anunció que volvería.

—¿Sí, eh? —exclamé con una risita. (Una risita irónica, ¿entienden?)—. Pues cuando vuelva, suéltele el perro.

—No tenemos perro, señor.

—Pues vaya al piso de abajo y pida prestado a la señora Tinkler-Moulke su pomerania. ¡Hacerme una visita de cumplido después de cómo se portó conmigo en Nueva York! ¡En mi vida he oído cosa semejante! ¿Y usted, Jeeves?

—Confieso que, dadas las circunstancias, la presencia de ese caballero me sorprendió, señor.

—Lo creo. ¡Dios mío! ¡Santos cielos! Ese hombre debe tener la epidermis tan dura como un rinoceronte.

Cuando les cuente a ustedes toda la historia, reconocerán que mi acaloramiento estaba justificado. Expongamos los hechos.

Unos tres meses antes, notando en tía Ágata cierta animosidad contra mí, juzgué prudente desaparecer y esperar en Nueva York a que se le pasase el arrebato. Y hacia mediados de la primera semana, después de mi llegada a América, en el curso de cierta reunión en Sherry-Netherland, conocí a Paulina Stoker.

Me flechó en el acto. Su belleza me enloqueció como el vino.

—Jeeves —dije a éste al volver a nuestras habitaciones—, ¿quién era el sujeto que, al mirar a no sé qué cosa, se sentía como otro que miraba a no sé cuál otra? Aprendí el párrafo en la escuela, pero se me ha olvidado.

—Presumo, señor, que se refiere usted al poeta Keats, quien comparaba su emoción al leer por primera vez a Homero, con la del férreo Cortés al mirar con sus ojos de águila el mar Pacífico[1].

—¿El Pacífico, eh?

—Sí, señor. Parece que aquellos españoles miraban ante sí con enorme sorpresa, desde lo alto de una cumbre, en Darien.

—Claro. Ahora recuerdo. Pues así me he sentido yo esta tarde al ser presentado a Paulina Stoker. Esta noche plánchemе los pantalones con especial cuidado, Jeeves. Voy a cenar con Paulina.

Siempre he visto que en Nueva York marchan muy de prisa las cosas sentimentales. Debe flotar en el aire algo que las estimula. A las dos semanas me declaré a Paulina. Y me aceptó. Pero ¿saben?, antes de cuarenta y ocho horas hubo quien se interpuso en el asunto y todo se vino abajo.

La mano que produjo la catástrofe fue la de Sir Roderick Glossop.

Como ustedes recordarán, he tenido frecuente ocasión de mencionar en mis Memorias a ese viejo perverso. Es un tipo calvo, de cejas como breñales, que pasa aparentemente por especialista en nervios, pero que en realidad se dedica a curar alienados. Semejante personaje lleva años enteros atravesándose en mi camino, y siempre con los más trascendentales resultados. Y dio la coincidencia de que se hallaba en Nueva York al aparecer en los periódicos la noticia de mi próximo enlace con Paulina.

El motivo de su estancia allí era hacer una de sus visitas regulares a un tal Jorge, primo segundo del señor J. Washburn Stoker. Aquel Jorge era un ciudadano que, después de pasarse la vida arrumando a viudas y huérfanos, empezaba a sentir el cerebro un poco flojo. Decía cosas muy raras y tenía una curiosa tendencia a andar a gatas. Sir Roderick le asistía desde varios años atrás y solía ir a visitarle en Nueva York cada cierto tiempo. En la ocasión a que me refiero llegó con la oportunidad justa para leer en el periódico, después del café y los huevos del desayuno, la noticia de que Paulina Stoker y Bertram Wooster iban a aterrizar, juntos, en el aeródromo matrimonial. Y, según mis informes, se lanzó al teléfono y habló con el padre de la presunta desposada.

No sé lo que diría a Washburn, pero presumo que debió hablarle de que yo, en una ocasión, había estado comprometido para casarme con Honoria, la hija del propio Glossop. Y que éste resolvió anular el compromiso por juzgar que yo andaba algo mediano de la sesera. Sin duda citó el lance de los gatos y el pez en mi dormitorio, y acaso el episodio del sombrero robado, así como mi costumbre de bajar a veces desde las ventanas por los canalones. Hasta puede que relatara el deplorable suceso de la botella de agua caliente que yo perforé mientras nos hallábamos en casa de Lady Wickham.

Siendo Glossop muy amigo de J. Washburn y hombre que merecía la confianza de dicho J. W., creo que debió de tener pocas dificultades para persuadirle de que yo no habría de ser un yerno ideal. En cualquier caso, el hecho fue que, a cuarenta y ocho horas de distancia del sagrado momento, se me notificó que podía prescindir de encargar frac nuevo y una gardenia, porque el compromiso quedaba cancelado.

¡Y tal era el hombre que tenía la incalificable frescura de aparecer en el piso de Wooster! ¿Qué les parece?

Resolví mostrarme muy altivo con él.

Me hallaba tocando el banjo cuando él llegó. Quienes conocen a Bertram Wooster saben que es hombre de arranques repentinos y entusiastas, y que si uno de éstos le domina, se convierte en una máquina inflexible, en un ser absorto, tenso, sólo dedicado a lo que le atrae. Desde que cierta noche, en el «Alhambra», el virtuosismo que Ben Bloom y sus Dieciséis Chicos de Baltimore desplegaban en el banjo me incitó a consagrarme al estudio de tal instrumento, no había pasado un solo día sin que yo dedicase dos horas a practicar asiduamente tan importante estudio. Y estaba templando las cuerdas, como un inspirado, cuando se abrió la puerta y Jeeves hizo entrar al avieso y mezquino especialista a que antes aludí.

En el intervalo transcurrido desde la primera noticia de su llegada a la visita presente, yo, reflexionando, había alcanzado la conclusión de que el sujeto, pensando en su comportamiento, creía oportuno presentarme excusas. Por tanto, el Bertram Wooster que se levantó para hacer los honores de su casa estaba bastante suavizado.

—Buenos días, Sir Roderick —dije.

Imposible superar la cortesía con que le hablé. Júzguese, pues, de mi sorpresa cuando su única respuesta fue un desagradable gruñido. Comprendí que mi diagnóstico de la situación era equivocado. Allí no apareció ningún leal caballero ansioso de disculparse. Sir Roderick hubiera mirado con más gusto si yo fuera el germen de la *dementia praecox*.

Bueno. Si aquella actitud era la que elegía, allá él. Mi amabilidad se desvaneció. Me erguí, muy rígido, y enarqué severamente una ceja. Y ya iba empezar con él: «¿A qué debo esta visita…?», y demás, cuando profirió:

—¡Deberían encerrarte!

—¿Cómo?

—Eres una amenaza pública. Parece que llevas semanas enteras amargando la vida a tus vecinos con no sé qué abominable instrumento musical. Y ahora te he visto con él en la mano. ¿Cómo te atreves a tocarlo en una casa respetable, endiablado loco?

Me mantuve frío y digno.

—¿Ha dicho «endiablado loco»?

—Sí.

—Pues permítame decirle que el hombre que no sienta la música en el alma…

Me asomé al pasillo para llamar a Jeeves.

—Jeeves: ¿de qué dice Shakespeare que es capaz el hombre que no siente la música en el alma?

—De traiciones, intrigas y maldades, señor.

—Gracias, Jeeves. Es capaz de traiciones, intrigas y maldades —declaré a Glossop.

Él adelantó hacia mí un par de pasos.

—¿Sabes que la persona que vive en el piso de abajo es la señora Tinkler-Moulke, una de mis pacientes y mujer que se encuentra en un estado de grave tensión nerviosa? He tenido que aplicarle sedantes, y…

Alcé la mano.

—Evíteme charlas sobre dementes —dije con aire distante—. ¿Puedo, a mi vez, preguntarle si sabe que la Tinkler-Moulke tiene un perro de Pomerania?

—No quiero bromas.

—No bromeo. Ese animal se pasa ladrando todo el día, y a menudo parte de la noche. ¿Y todavía tiene cara su dueña para quejarse de mi banjo? ¡Ah! Ven la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio —declamé, bíblico.

Glossop se amoscó visiblemente.

—No he venido a hablar de perros. Deseo que me garantices que vas a dejar de torturar a esa infortunada señora.

Moví la cabeza.

—Lamento que sea una oyente tibia, pero mi arte es antes que todo.

—¿Es ésa tu última palabra?

—Lo es.

—Muy bien. Ya oirás hablar de mí.

—Y esa mujer oirá esto —repuse, blandiendo al banjo.

Toqué el timbre.

—Jeeves —dije—, acompañe a la puerta a Sir R. Glossop.

Confieso que me sentía satisfecho de mi modo de comportarme durante aquel torneo de cerebros y voluntades. En otras ocasiones, ¿comprenden?, la aparición del viejo Glossop en mi casa me habría hecho esconderme como un conejo. Pero después de lo de Nueva York, ya aquel tipo no me infundía un terror indecible, como antes. Muy contento de mí mismo, ejecuté en el banjo *La boda de la muñeca pintada, Cantando bajo la lluvia, Tres palabritas, Buenas noches, amor mío, La prueba de mi amor, Aquí está la primavera, ¡Qué niña eres!* y parte de *Quiero un automóvil con una bocina que haga tú-tú-tú*. Toqué las piezas por el orden enumerado y llegaba al final de la última cuando sonó el teléfono.

Descolgué el aparato. Según escuchaba, mi faz volvíase fría y dura.

—Muy bien, señor Manglehoffer —dije glacialmente—. Puede usted informar a la señora Tinkler-Moulke y a los demás que opto por lo segundo.

Pulsé el timbre.

—Jeeves —dije—, ha surgido cierta complicación.

—¿Sí, señor?

—La antipatía levanta su torva faz en este edificio. Noto también falta de ese espíritu del hoy por ti y mañana por mí, y absoluta ausencia de la tolerancia mutua propia de vecinos. El administrador de la casa acaba de llamarme por teléfono y me ha presentado un ultimátum. Dice que o dejo de tocar el banjo, o debo cambiar de residencia.

—¿Sí, señor?

—Parece que han presentado quejas de mi banjo la honorable señora Tinkler-Moulke, del cuarto; el teniente coronel J. J. Bustard, del B 5, y Sir Everard y Lady Blennerhassett, del B 7. Está muy bien. Como quieran. Vamos a librarnos de esos Bustard, y esos Tinkler-Moulke, y esos Blennerhassett. Los abandono sin el menor sentimiento.

—¿Se propone mudarse de casa, señor?

Enarqué las cejas.

—Presumo, Jeeves, que no se le ocurrirá otro remedio.

—Temo que encuentre usted análoga hostilidad en cualquier sitio, señor.

—Donde pienso instalarme, no. Me propongo vivir en el retiro del campo. Espero hallar una casita en algún sitio remoto y recoleto y allí continuaré mis estudios.

—¿Una casita en el campo, señor?

—Sí, Jeeves. Y, a ser posible, cubierta de madreselvas.

Lo que ocurrió un instante después me produjo tal efecto que se me hubiera podido derribar con un mondadientes. Tras una breve pausa, Jeeves, aquel Jeeves a quien yo había albergado en mi seno, por decirlo así, durante años y años, tosió ligeramente y sus labios profirieron estas increíbles palabras.

—En ese caso, señor, deploro tener que notificarle mi propósito de dejar su servicio.

Hubo un tenso silencio. Miré al individuo.

—Jeeves —dije con una voz donde si ustedes aseguraran que había estupefacción, no estarían muy lejos de la verdad—, ¿le he oído bien?

—Sí, señor.

—¿Se propone abandonarme?

—Muy a pesar mío, señor. Pero si usted proyecta tocar ese instrumento en los angostos límites de una casita en el campo…

Le interrumpí, frío:

—Ha dicho usted «ese instrumento», Jeeves, con una voz muy desagradable. ¿Debo entender que no le gusta mi banjo?

—Así es, señor.

—Pues lo ha soportado hasta ahora.

—No sin grandes esfuerzos, señor.

—Pues sepa que hombres que valían más que usted han soportado cosas que valían menos que mi banjo. ¿No sabe que cierto búlgaro llamado Elías Gospodinoff estuvo una vez tocando la gaita durante veinticuatro horas? Ripley lo asegura en su *Créanlo o no*.

—¿Sí, señor?

—Sí. ¿Y cree que el criado de Gospodinoff se sintió molesto? Nada de eso. En Bulgaria los sirvientes son otras cosas. Tengo la certeza de que durante las veinticuatro horas estuvo ayudando a su señor a batir la marca europea de toque de gaita, aplicándole de vez en cuando compresas heladas y otros estimulantes. Siéntase búlgaro, Jeeves.

—Lamento, señor, tener que rectificar mi decisión.

—¿Cómo? ¿La rectifica?

—Ha sido un error. He querido decir que lamento tener que ratificar mi decisión.

Medité.

—¿Lo dice de corazón, Jeeves?

—Sí, señor.

—¿Lo ha pensado debidamente, pensando el pro y el contra?

—Sí, señor.

—¿Y está usted resuelto?

—Sí, señor. Si su intención es seguir tocando ese instrumento, no tengo más remedio que despedirme.

La sangre de Wooster hirvió en sus venas. Circunstancias ocurridas en los últimos años me habían hecho colocar a aquel Jeeves en la posición de un Mussolini doméstico, pero, dejando esto aparte y ateniéndome a los hechos escuetos, ¿qué era Jeeves, al fin y a la postre? Un criado. Un sirviente a sueldo. Y un hombre no debe dejarse havasayar. (A propósito: ¿se dice «havasayar»? Desde luego estoy seguro de que es una palabra que empieza con hache.) No debe dejarse havasayar, o sea dominar, eternamente por un criado. Hay momentos en que uno recuerda que sus antecesores se batieron como el primero en la batalla de Crecy, y un momento de esos había llegado.

—¡Pues despídase, qué demonio!

—Muy bien, señor.

II

Reconozco que me sentía algo sombrío cuando, cogiendo el bastón, el sombrero y los guantes color de limón, salí media hora después a la calle. Pero, aunque no comprendiese lo que mi existencia pudiera ser sin Jeeves, estaba determinado a no masticar flaquezas. Al desembocar en Piccadilly sentíame firme como el acero bien templado y casi estaba a punto de gruñir para mí, si no lanzar en voz alta, el antiguo grito de guerra de los Wooster, cuando vi perfilarse en el horizonte una figura conocida.

Dicha conocida figura era la de mi amigo de la niñez, el quinto barón Chuffnell, es decir, el sujeto —¿recuerdan?— a cuya tía Mirtila viera yo la noche antes en compañía del cerdo de Glossop.

El verle me recordó que me hallaba en busca de una casita campestre. Y aquel tipo podía procurármela.

¿Les he hablado ya del simpático Chuffy? Si lo he hecho, avisen. Es un muchacho a quien conozco casi desde siempre. Estuvimos juntos en el mismo colegio particular, y luego en Eton y en Oxford. Ahora no nos vemos mucho porque él vive casi siempre en sus fincas de Chuffnell Regis, en la costa de Somersetshire, donde posee un enorme palacio, con cosa de ciento cincuenta habitaciones, y varias millas de onduloso parque.

No deduzcan de eso que Chuffy sea de mis más opulentos camaradas. El pobre hombre anda muy apretado, como casi todos los propietarios rurales, y si vive en su palacio la mayor parte del año es porque no puede vivir en otro lugar. Si alguno le ofreciese comprarle el caserón, Chuffy le besaría, agradecido, en ambas mejillas. Pero ¿quién va a comprar en estos tiempos un edificio de esas dimensiones? No hay quien pueda ni siquiera alquilarlo. De modo que Chuffy pasa casi el año entero en su casa, sin tener a nadie con quien hablar, no siendo el párroco y el médico del pueblo, amén de su tía Mirtila y el hijo de ésta, Seabury, un mozo de doce años, que vive con su madre en una casa del parque. Es, pues, una vida bastante ingrata para quien, en la Universidad, prometía ser un pájaro de los buenos.

Chuffy posee también la aldea de Chuffnell Regis, lo que es como no poseer nada. Quiero decir que entre las reparaciones y la contribución apenas saca con las rentas para pagar los gastos, y en resumen su propiedad no le vale para maldita la cosa. No obstante, como propietario de la aldea, tiene docenas de casas y seguramente —me dije— le agradaría alquilar una a persona de tanta solvencia y prestigio como yo.

—Eres el hombre que necesito, Chuffy —dije después del inicial «¿Qué hay?»—. Vamos a «Los Zánganos» a tomar un bocado. Quiero proponerte un negociejo.

Movió la cabeza.

—Me alegraría aceptar, Bertie, pero de aquí a cinco minutos tengo que estar en el «Carlton» para comer con un individuo.

—Dale plantón.

—No puedo.

—Pues tráelo y comeremos juntos los tres.

Chuffy sonrió.

—No creo que te agradase, Bertie. Es Sir Roderick Glossop.

Quedé turbado. Siempre es desconcertante acabar de ver al tipo A antes de encontrarse con el tipo B y descubrir que el tipo B saca a colación al tipo A.

—¿Sir Roderick Glossop?

—Sí.

—No sabía que le conocieras.

—Sólo le he visto un par de veces. Pero es muy amigo de mi tía Mirtila.

—Eso lo explica todo. Los vi cenando juntos anoche.

—Pues si hoy vas al «Carlton» me verás comer con él.

—¿Pero crees, Chuffy, que obras con prudencia? ¿Con tacto? Compartir la mesa de ese hombre es una prueba muy dura. Lo sé. Lo he hecho.

—Me consta, pero tengo que apechar con la tarea. Ayer recibí un telegrama suyo pidiéndome que viniese a verle sin falta y presumo que quiere alquilarme el palacio por el verano, o que conoce a alguien que desea lo mismo. No me telegrafiaría de no ser por un motivo importante. No me queda solución, Bertie. Pero puedo comer contigo mañana.

Yo hubiese aceptado si las circunstancias fueran diferentes, mas tuve que rehusar. Había formado mis cálculos y planes y no deseaba alterarlos.

—Lo siento, Chuffy. Me voy de Londres mañana.

—¿Sí?

—Sí. El administrador de mi casa me ha dado a escoger entre marcharme de ella o dejar de tocar el banjo. He optado por marcharme. Quiero tomar una casita en el campo, y por eso dije que quería proponerte un negociejo. ¿Puedes facilitarme una casa?

—Puedes elegir entre media docena.

—La deseo tranquila y apartada. Voy a tocar el banjo durante muchas horas.

—Tengo lo que deseas. Está junto a la bahía y sin vecinos en una milla a la redonda, excepto Voules, el sargento de policía. Y éste toca el armonio. De modo que formaréis un dúo.

—¡Admirable!

—Además este año hay en el lugar una orquesta de negros. Puedes estudiar su técnica.

—¡Divino! Y tú y yo podremos vernos con frecuencia.

—Bueno; pero no vengas a tocar el banjo cerca de casa.

—No, muchacho. Ahora, que me dejaré caer a comer contigo casi todos los días.

—Gracias.

—No hay de qué.

—A propósito: ¿qué opina Jeeves de eso? Me extraña que consienta en irse de Londres.

Asumí un talante altivo.

—Jeeves no tiene por qué objetar nada. Deja mi servicio.

—¡Cómo!

Yo había esperado ya que la noticia le pasmara.

—Sí —dije—. De hoy en adelante, Jeeves irá por su camino y yo por el mío. Ha tenido la apoteósica desvergüenza de decirme que si yo no prescindía de tocar el banjo, él se despedía. Y le he contestado que podía despedirse.

—¿Es posible que le dejes marcharse?

—Sí.

—¡Vaya, vaya, vaya!

Agité la mano, con negligencia.

—Son cosas de la vida. No es que lo sucedido me agrade, pero sabré resistirlo. Mi dignidad no me permite aceptar una conminación así. A un Wooster no se le puede llevar tan lejos. Sólo le dije: «Muy bien, Jeeves. Seguiré su futura carrera con el mayor interés». Y esto fue todo.

Anduvimos un trecho, sin hablar.

—¿Conque te separas de Jeeves? —insistió al fin Chuffy, pensativo—. ¡Vaya, vaya, vaya! ¿No te molestará que vaya a despedirme de él?

—No.

—Sería una atención…

—Sí.

—Siempre he admirado la inteligencia de Jeeves…

—Y yo. Es único.

—Iré a tu casa después de comer.

—Obra como quieras.

Mis maneras eran naturales y hasta indiferentes. El separarme de Jeeves me producía el efecto de haber sido destrozado por una bomba y hallarme recogiendo mis propios pedazos; pero los Wooster sabemos morir con la sonrisa en la boca.

Comí en «Los Zánganos» y pasé allí la tarde. Tenía muchas cosas en'.qué pensar. La noticia de que había una banda de negros tocando en Chuffnell Regis había inclinado la balanza definitivamente en favor de las ventajas del lugar. El hecho de poder hallarme en contacto con aquellos virtuosos y acaso adquirir algunas

enseñanzas sobre su modo de tocar el banjo, me prestaba fortaleza bastante para afrontar a la distinguida viuda Lady Chuffnell y a su hijo Seabury. Con frecuencia había pensado en lo triste que debía ser para el pobre Chuffy tener encima constantemente semejante par de pestes. Opino que aquel bendito niño —el tal Seabury— debería de haber sido estrangulado en la cuna. Aunque no poseo pruebas concluyentes, he tenido siempre la convicción de que fue él quien metió un lagarto en mi cama cierta noche en que yo dormí en el palacio.

Pero, como digo, estaba decidido a afrontar a la pareja a cambio de estar en estrecha comunicación con auténticos tocadores de banjo. Ya se sabe que casi todos esos músicos negros manejan el instrumento como quien lava. Por tanto, no era el pensar en ellos lo que, cuando volví a casa a fin de vestirme para la cena, llenaba mi ánimo de honda tetricidad.

No. Los Wooster sabemos ser sinceros con nosotros mismos. Lo que me tenía abrumado era reflexionar en que Jeeves se alejaba para siempre de mi vida. Decíame, sombrío, a mí mismo que no existía otro como Jeeves. Una oleada de varonil sentimentalidad me acometía. Me hallaba dolorido. Y cuando terminé de vestirme y contemplé, en el espejo, el pantalón impecablemente planchado, adopté una rápida decisión y la puse en práctica.

Salí del gabinete y toqué el timbre.

—Dos palabras, Jeeves —dije.

—Sí, señor.

—Respecto a nuestra conversación de esta mañana.

—Sí, señor.

—Creo, Jeeves, que los dos nos hemos precipitado un poco. Olvidemos lo pasado y quédese.

—Es usted muy bondadoso, señor; pero… ¿se propone seguir tocando ese instrumento?

Me torné glacial.

—Sí, Jeeves.

—Entonces, señor, lamento…

Era bastante. Asentí con majestad.

—Muy bien, Jeeves. No hablemos más. Desde luego le daré un certificado inmejorable.

—Gracias, señor. Ya no es preciso. Esta tarde he entrado al servicio de Lord Chuffnell.

Me sobresalté.

—¿De modo que ese Chuffy vino arteramente a engatusarle?

—Sí, señor. Me voy con él a Chuffnell Regis de aquí a una semana.

—¿Sí? Pues acaso le interese saber que yo estaré mañana en Chuffnell Regis.

—¿Es posible, señor?
—Sí. He tomado una casita allí. En Filipos nos encontraremos, Jeeves.
—Sí, señor.
—¿O me he equivocado de lugar?
—No, señor. Está bien dicho «en Filipos».
—Muy bien, Jeeves.
—Muy bien, señor.

Tal fue la sucesión de acontecimientos que condujeron a Bertram Wooster a hallarse, en la mañana del 15 de julio, a la puerta de una casa llamada «Miramar», en Chuffnell Regis, contemplando el paisaje a través del humo de un aromático cigarro.

III

Cuantos más años tengo, ¿entienden?, más me convenzo de que la gran cosa en la vida es saber bien lo que se quiere hacer, y hacerlo a pesar de todos los tipos que se empeñen en creer que ellos entienden mejor que uno lo que a uno le conviene. Cuando, durante mi último día de estancia en la capital, anuncié en «Los Zánganos» que me proponía retirarme al campo por un indeterminado período, todos me pidieron, casi con lágrimas en los ojos, que renunciase a un proyecto tan descabellado, asegurándome que me moriría de aburrimiento.

Pero yo ejecuté el plan adoptado, y en la quinta mañana de estar en mi nueva residencia me hallaba muy contento de mí mismo. El sol era brillante. El cielo azul. Y Londres parecía a muchas millas de distancia, como se encontraba en efecto. No exagero si digo que una gran paz circuía mi alma.

Una cosa que nunca sé hacer cuando escribo es definir un paisaje. He preguntado la técnica de esto a uno o dos escritores que trato, y sus opiniones difieren. Un sujeto al que conocí bebiendo cócteles en Bloomsbury dice que él es partidario de describir cocinas infectas y helados dormitorios y miseria en general, pero las bellezas de la Naturaleza, no. Y Freddie Oaker, socio de «Los Zánganos» —un tipo que escribe narraciones de puro amor para los semanarios, con el seudónimo de Alicia Seymour — me dijo una vez que él calculaba que las praderas floridas, sólo en tiempo de primavera, le rendían al menos cien libras al año.

Personalmente, me inclino a ser conciso en las descripciones paisajísticas y así pienso seguir haciéndolo. Cuando me hallaba allí aquella mañana, tenía ante la vista lo siguiente: un retazo de jardín compuesto de un arbusto, un árbol, un par de arriates de flores, un pequeño estanque conteniendo la estatuilla de un niño desnudo, y a la derecha un seto. Por encima de este seto, Brinkley, mi nuevo sirviente, charlaba con nuestro vecino, el sargento de policía Voules, que le había interpelado con el loable propósito, al parecer, de venderle huevos.

Delante había otro seto, con la puertecilla de entrada, y allende ese seto se divisaban las plácidas aguas de la bahía, que era aproximadamente como todas las bahías son, si se exceptúa el detalle de que por la noche había anclado en ella un yate de gran tamaño. De cuantos objetos aparecían ante mis ojos, el yate merecía mi aprobación más que ninguno. Blanco, de dimensiones semejantes a las de un transatlántico en pequeño, prestaba decididamente muy buen aspecto a la costa de Chuffnell Regis.

Tal era el panorama. Añádase un gato bufando ante un caracol en el camino, y a mí a la puerta, fumando un cigarro, y se tendrá una descripción completa. Pero miento, porque había dejado en la carretera mi coche de dos asientos y me cabía divisar su parte superior. Y en aquel momento el silencio estival fue roto por un

bocinazo, y yo corrí hacia la puerta con toda la prisa posible, temeroso de que algún diablo en forma humana fuese a causarme algún desaguisado. Al llegar a mi destino, hallé un niño en el asiento delantero del coche, oprimiendo con gravedad la bocina, y ya iba a asestarle un pujo en la cabeza, cuando reconocí a Seabury, el primo de Chuffy, y me contuve.

—Hola —dijo.

—¿Qué hay? —repliqué.

Mi tono era reservado. El recuerdo de aquel lagarto en mi cama persistía aún. ¿No les ha ocurrido a ustedes meterse en el lecho dispuestos a echar un sueñecito y sentir un lagarto que se desliza por la pernera izquierda del pijama? Es una experiencia que graba perennemente su huella en quien la sufre. Y, aunque, como dije, yo no tenía prueba legal de que aquel mozo hubiera sido el autor de la broma, mis sospechas rayaban casi en certidumbre. De modo que no sólo le hablé con acusada frialdad, sino que le miré con ojos glaciales, ¿entienden?

Ello no pareció afectarle. Siguió mirándome con aquella su mirada despectiva que tantas antipatías le granjeaba entre la gente de recto sentir. Era un chicuelo menudo, pecoso, con orejas como aeroplanos, y le miraba a uno como si uno fuese alguna cosa estrafalaria que él hubiese encontrado en el curso de un viaje de exploración. En mi galería de niños repulsivos, creo que le correspondía el tercer lugar, ya que no era tan abominable como Tomás, el hijo de tía Ágata, o como el vástago de Blumenfeld, pero sí superaba con mucho a Sebastián Moon, a Bonzo, el hijo de tía Dalia y a los restantes.

Tras mirarme durante un instante con expresión delatora de que me creía cambiado en mal sentido desde nuestra última entrevista, dijo:

—Ya sé que va usted a comer con nosotros.

—¿Ha vuelto Chuffy?

—Sí.

Desde luego, puesto que Chuffy había vuelto, yo estaba a su disposición. Di una voz a Brinkley anunciándole que comía fuera, salté al coche y lo puse en marcha.

—¿Cuándo ha regresado Chuffy?

—Anoche.

—¿Comeremos solos?

—No.

—¿Quién más habrá?

—Mamá y yo y otras personas.

—¿Sí? Entonces más valdrá que me cambie de traje.

—No.

—¿Te parece bien éste?

—Me parece una porquería, pero no hay tiempo.

Y, asentado este punto, se sumió en silencio durante un rato. Era un rapaz meditativo. Salió de su mutismo para darme algunos informes de interés local.

—Mamá y yo vivimos otra vez en el palacio.

—¿Cómo?

—Porque en la otra casa había cierto olor…

—Y ahora que no estás tú, ¿lo sigue habiendo? —dije yo, ingenioso como siempre.

No pareció muy satisfecho.

—Déjese de bromas. Creo que el olor se debe a mis ratones.

—¿Tus qué?

—Mis ratones. Estoy criando allí ratones y cachorrillos. Pero mamá atribuye el olor a la humedad. ¿Puede usted darme cinco chelines?

Me era difícil seguir el hilo de sus palabras. Su conversación me producía ese sentimiento de desconcierto que se nota en los sueños a veces.

—¿Cinco chelines?

—Cinco chelines.

—¿Qué quieres decir con eso de cinco chelines?

—Quiero decir cinco chelines.

—Ya, ya… Pero lo que te pregunto es cómo has traído eso a colación. Estábamos hablando de ratones y tú sales hablando de cinco chelines.

—Es que quiero cinco chelines.

—Admitiendo que tú deseases esa suma, ¿por qué diablos te la voy a dar?

—Como ayuda.

—¿Qué?

—Ayuda.

—¿Cómo?

—Ayuda.

—Pues no cuentes con esos cinco chelines.

—Bueno.

Tras un breve silencio dijo, con acento ensoñador:

—Suelen ocurrir cosas a los tipos que niegan su ayuda pecuniaria…

Y con este toque de misterio concluyó la conversación, pero llegábamos al palacio y Chuffy aparecía esperándonos en la escalera. Frené el coche y me apeé.

—Hola, Bertie —dijo Chuffy.

—Bienvenido seas a esta mansión —agregué. Y, viendo que el niño había desaparecido, inquirí—: ¿Qué le pasa a ese rapaz?

—Nada. ¿Por qué lo dices?

—Porque creo que no está en sus cabales. Me ha pedido cinco pavos y me ha hablado no sé qué de ayudas…

Chuffy rió a mandíbula batiente.

—Es su última idea —explicó.

—¿Qué quieres decir?

—Ha estado viendo películas de bandidos.

Las escamas cayeron de mis ojos.

—¿Se dedica a la coacción?

—Sí. Se esfuerza en sacar ayudas de todos, con arreglo a los medios de cada uno. E invierte el dinero bien. Es un chico emprendedor. Yo, en tu lugar, le daría los cinco chelines.

Me sentí sorprendido. No tanto por la noticia de que el indecente niño hubiese dado una nueva muestra de la debilidad de su mente como por la actitud de divertida tolerancia de Chuffy. Le miré con fijeza. Ya desde el principio me habían parecido extrañas sus maneras. Normalmente, siempre se encuentra a Chuffy pensando en su situación económica y sus ojos aparecen apagados y su entrecejo delata graves preocupaciones. Así le había visto en Londres cinco días atrás. ¿Qué le hacía, pues, tener aquel aire insólito y hablar de Seabury con tono peligrosamente similar a una cariñosa condescendencia? Olfateando un misterio, resolví aplicar la prueba del agua regia.

—¿Cómo está tu tía Mirtila?

—Muy bien.

—Vive ahora en el palacio, ¿no?

—Sí.

—¿Indefinidamente?

—Sí.

Aquello era bastante. Debo mencionar que una de las cosas que hacía tan amarga la suerte del pobre Chuffy consistía en la actitud de su tía hacia él. Porque su tía no había podido aún acostumbrarse a la idea de que Chuffy heredase el título baronicio. Seabury no era hijo del difunto Lord Chuffnell, cuarto barón de tal nombre y tío de Chuffy, sino una cosa que Lady Chuffnell se había encontrado de camino en el curso de un matrimonio anterior. Por tanto Seabury no tenía derecho a alegar a lo que la Pairía llama parentesco de sangre. Y sin ese parentesco no hay sucesión. Por tanto, cuando el cuarto barón subió al cielo, fue Chuffy quien cargó con títulos y bienes. Todo clarísimo, como se ve, pero uno no puede hacer que las mujeres comprendan ciertas cosas, y la tía Mirtila, según Chuffy me contaba a menudo, se ponía muy desagradable respecto a aquello. Solía estrechar entre sus brazos a Seabury y mirar reprochativamente a Chuffy, sin decir nada, claro, pero con la actitud de una mujer que se considera víctima de una injusticia flagrante.

El resultado era que Lady Chuffnell no figuraba entre las gentes predilectas de Chuffy. Sus relaciones eran definidamente tirantes, y cuando yo mencionaba aquel

tema las bien formadas facciones de Chuffy se contraían y sus ojos parpadeaban, como quien siente el dolor de una antigua herida.

Y ahora sonreía. Ni siquiera mi alusión a que su tía moraba en el palacio le había inmutado. Era obvio que allí se encerraban misterios. A Bertram le estaban ocultando algo.

Yo abordé la cuestión con franqueza.

—Chuffy, ¿qué significa esto?

—¿El qué?

—Ese optimismo que te rodea. A mí no me engañas. Nada escapa a los ojos de halcón de Wooster. Hablemos claro, muchacho. ¿Qué es esta felicidad que se respira aquí?

Vaciló un instante y me miró fijamente.

—¿Serás capaz de guardarme un secreto?

—No.

—De todos modos no importa mucho, puesto que la noticia saldrá en el *Morning Post* de aquí a un par de días. ¿Sabes lo que pasa, muchacho? Que me quito de encima a tía Mirtila.

—¿Va a casarse con alguien?

—Sí.

—¿Quién es el insensato?

—Tu antiguo amigo Sir Roderick Glossop.

Quedé estupefacto.

—¿Es posible?

—También yo me sorprendí.

—¡Pero ese tipo no puede pensar en casarse!

—¿Por qué no? Es viudo hace dos años.

—No es eso. Quiero decir que no me parece un hombre indicado para andar navegando entre flores de azahar y pasteles de boda.

—Pues la cosa es como te digo.

—Estoy asombrado.

—Claro.

—Una cosa hay cierta, querido Chuffy. Y es que ese Seabury tendrá un padrastro imponente y que Sir Roderick tendrá un hijastro tal como se lo deseo. Los dos se merecían una cosa así hace años. Pero ¡que haya una mujer capaz de unir su suerte a la de ese viejo! ¡Oh, las ironías anónimas!

—Creo que hay heroísmo por ambas partes. Mitad y mitad. Además, Glossop tiene también buenas cualidades…

Con esto no pude estar acorde. Me pareció absurdo.

—Escucha, muchacho. Aun admitiendo que te libre de tía Mirtila…

—Y de Seabury.

—Y de Seabury, cierto. Pero, aun así, ¿qué ves de bueno en ese viejo infecto? Acuérdate de las cosas que te he contado de él en diversas ocasiones y que le presentan a una luz muy dudosa.

—Pues, sea como fuere, me va a prestar un gran servicio. ¿Sabes por qué quería verme cuando me telegrafió llamándome a Londres?

—No.

—Pues porque ha encontrado un americano que, según él cree, acaso me compre el palacio.

—¿De verdad?

—Sí. Y si todo sale bien me desembarazaré por fin de este caserón y podré reunir algún dinero. Y todo ello se deberá al tío Roderick, como ya me complace llamarle. Así, Bertie, procura refrenarte cuando hables de él, y sobre todo no le menciones poniéndole al mismo nivel que a Seabury. Piensa en mí y acostúmbrate a estimar al tío Roderick.

Moví la cabeza.

—No, Chuffy; siento no poder rectificar mi opinión.

—Pues vete al diablo entonces —dijo simpáticamente Chuffy—. Por mi parte me considero tan obligado a él como si me hubiese salvado la vida.

—Pero ¿estás seguro de que el asunto saldrá bien? ¿Para qué va a comprar un americano un edificio como éste?

—Porque el sujeto es muy amigo de Glossop. Él pondrá el dinero y Glossop destinará la casa a una especie de sanatorio de sus enfermos neuróticos.

—¿Y cómo Glossop no te lo alquila? Sería más sencillo.

—Mi querido burro, no tienes idea del estado en que se encuentra el edificio. Hablas como si bastara venir acá e instalarse. Pero la mayoría de las habitaciones no se usan desde hace cuarenta años. Sólo para reparaciones harán falta lo menos quince mil libras. O más. Y luego muebles, instalaciones… Si un millonario como ese americano no me compra la casa, tendré que cargar con ella todo el resto de mi vida.

—¡Ah! ¿Es un millonario?

—Sí. Sobre eso no hay duda. Lo único que debe preocuparme es conseguir que firme la escritura de compra. Hoy come aquí, y va a comer bien. Eso le pondrá de buen humor, ¿verdad?

—A no ser que sufra de dispepsia. Muchos millonarios americanos la padecen. Quizá tu hombre sea uno de esos que sólo pueden tomar un vaso de leche y un bizcocho.

Chuffy rió jovialmente.

—Éste no. El buen Stoker no.

Y de pronto comenzó a agitarse y poco menos que a saltar como un corderino en

primavera, mientras exclamaba:

—¡Hola, hola, hola!

Un coche se había parado junto a los escalones y de él salía un grupo de pasajeros.

El pasajero A era J. Washburn Stoker. El pasajero B, su hija Paulina. El pasajero C, Dwight, el hermanito de Paulina. Y el pasajero D, Sir Roderick Glossop.

IV

Puedo asegurar que me encontré en un apuro. Era uno de los tragos más acerbos que probara en muchos años. Encontrar en Londres aquel fragmento del pasado hubiese sido ya bastante grave. Hallarlo allí, con la perspectiva de un alegre festín por delante, era endiabladamente peor. Procuré afrontar el drama con tanta gracia y cortesía como pude, pero la turbación sonrojaba mi faz y mi boca se abría en estertores agónicos.

Chuffy desempeñaba su papel de anfitrión simpático:

—¡Hola, hola, hola! ¡Ya están todos aquí! ¿Cómo está usted, señor Stoker? ¿Cómo está usted, Sir Roderick? Hola, Dwight. Bue… buenos días, señorita Stoker. Señor Stoker, le presento a mi amigo Bertie Wooster. Dwight, mi amigo Bertie Wooster. Señorita Stoker, mi amigo Bertie Wooster. Sir Roderick, mi amigo Bertie… ¡Ah, pero si veo que se conocen todos!

Yo me hallaba como cloroformizado. Convendrán ustedes conmigo en que el golpe era para abrumar a cualquiera. Miré a la multitud. El viejo Stoker me contemplaba. El viejo Glossop me contemplaba. El joven Dwight me contemplaba. Sólo Paulina no parecía encontrar turbadora la situación. Estaba tan serena como una ostra en su media concha. No lo hubiera estado más de habernos reunido de común acuerdo. Mientras Bertram no acertaba sino a iniciar un débil: «¿Có…co…co…mo estás?», ya ella se adelantaba de un salto, hablando con vehemencia y tendiéndome con afecto la mano.

—¡Bueno, bueno, bueno! ¡El amigo Wooster en persona! ¡Mira que encontrarte aquí, Bertie! Te telefoneé a tu casa, en Londres, pero me dijeron que te habías trasladado.

—Sí. He venido aquí.

—Ya lo veo, bobo. ¡Me alegro mucho! Y tienes muy buena cara. ¿Verdad que sí, papá?

Stoker parecía poco deseoso de erigirse en juez de la belleza masculina. Emitió un sonido semejante al de un cerdo cuando encuentra una col, pero no fue más lejos de aquello. Dwight, un niño solemne, me devoraba con la vista. Sir Roderick, que se había puesto encendido, comenzaba a adquirir un tono de tez más suave, pero aun así daba la impresión de que sus sentimientos se hallaban sometidos a una dura prueba.

En aquel momento sobrevino Lady Chuffnell. Era una de esas mujeres enérgicas que pueden ser comparadas en cuestión de capacidad de mando al capitán de un buque, y a la sazón manejó todas las cosas con tranquila eficiencia. Antes de que yo me diese cuenta de nada, los recién llegados estaban dentro y yo me hallé solo con Chuffy. Éste me miraba de un modo curioso y se mordía repetidamente el labio inferior.

—No sabía que conocieras a esa gente, Bertie.

—Me los presentaron en Nueva York.

—¿Solías verte allí con Paulina Stoker?

—A veces.

—¿Sólo a veces?

—Sólo.

—Me pareció que te saludaba con mucho calor.

—No. Lo normal.

—Pues parecéis muy buenos amigos.

—Sólo buenos compañeros. Ella hace lo mismo con todos.

—¿Sí?

—Sí. Es una chica de mucho corazón.

—Tiene un carácter delicioso, generoso, impulsivo, espontáneo y sincero, ¿verdad?

—Eso es.

—Una chica muy mona, Bertie.

—Mucho.

—Y encantadora.

—Sí.

—Muy atractiva.

—Por completo.

—La he tratado mucho en Londres.

—¿Sí?

—Estuvimos juntos en el parque zoológico y en casa de madame Tussaud.

—Ya. ¿Y qué opina de la compra de la casa?

—La aprueba.

—Dime, muchacho —inquirí, ansioso de apartar la conversación de unos derroteros tan subjetivos—: ¿crees que las perspectivas de que Stoker se decida son favorables?

El ceño de Chuffy se frunció.

—Sí y no.

—¡Ah!

—Está indeciso.

—Comprendo.

—Ese Stoker me pone nervioso. A veces parece un gran amigo de uno y de pronto lo echa todo a rodar. ¿Puedes decirme si hay algún tema especial que convenga eludir en el trato con él?

—¿Un tema especial?

—Sí. Ya sabes lo que pasa con los extranjeros. A lo mejor les dices que hace muy

buen día y ellos se ponen lívidos y se callan, recordando que en un día muy bueno su mujer se escapó con el chófer.

Medité.

—Yo en tu lugar no le hablaría mucho de B. Wooster. Eso, en el supuesto de que te propusieses alabarme…

—No me lo propongo.

—Stoker no simpatiza conmigo.

—¿Por qué?

—Se trata de una de esas antipatías sin causa… Y creo, chico, que valdría más que yo no comiese con vosotros. Puedes decir a tu tía que me ha dado una jaqueca.

—Si el verte va a enfurecer a Stoker… Pero ¿qué le hiciste para indignarle así?

—No lo sé.

—De todos modos me alegro de que me lo hayas dicho. Más vale que te largues.

—Me largaré.

—Y que yo me reúna con mis huéspedes.

Entró mientras yo paseaba lentamente por el jardín. Me alegré de estar solo. Me interesaba meditar en la actitud de Chuffy respecto a Paulina.

Usted, lector, ¿no ha observado, con los ojos de la mente, la parte de nuestro coloquio que versó sobre la muchacha?

¿Y no encuentra en esa parte algún elemento curioso?

¿No?

Claro que para apreciar el hecho en todo su significado tendría usted que haber estado presente. Yo soy hombre que sé leer en los semblantes y el de Chuffy me había parecido sugestivo. No sólo su expresión, al hablar de Paulina, había sido la de una rana disecada, más un toque de alma próxima a despertar, etcétera, sino que el color de sus mejillas se habían vuelto intensamente carmesí. En sus maneras se notaba turbación. Como resultado, juzgué que mi antiguo condiscípulo había picado, ¿entienden? Un poco de prisa, cierto, puesto que sólo conocía a la muchacha desde pocos días atrás, pero Chuffy es así. Impulsivo y con la sangre ardiente. Procúresele la muchacha y él se encargará del resto.

Por mi parte, bien. Bertram no es el perro del hortelano. Paulina podía entenderse con quien quisiera y mandar al diablo a su antiguo galán. Ya saben lo que pasa en esas cosas. El corazón desgarrado durante algún tiempo y luego la alentadora convicción de que ha sido una suerte salir del asunto. Seguía reconociendo que Paulina era una de las muchachas más lindas que yo había encontrado en mi vida, pero del antiguo fuego que me incitara a poner mi corazón a sus pies una noche, en el «Plaza», no quedaban vestigios.

Analizando esto —si analizar es el verbo adecuado— llegué a la conclusión de que mi cambio de opiniones se debía al hecho de que Paulina era endiabladamente

dinámica. Aunque indiscutiblemente bonita, Paulina pertenecía a esa clase de muchachas que llegan y quieren que uno nade una milla antes de desayunar, o que, cuando uno descabeza un sueñecillo después de la comida, vienen y le despiertan para jugar al tenis. Y ahora que las escamas habían caído de mis ojos, me parecía indudable que la que yo deseara para futura señora de Wooster se parecía en exceso al tipo de mujer simbolizado por Janet Gaynor.

En el caso de Chuffy tales objeciones se venían a tierra. Él mismo es un sujeto dinámico. Nada, cabalga, caza, persigue zorros con jauría y, en general, está siempre ocupado en algo. Él y P. Stoker harían una pareja excelente. Y me dije que si en algo podía yo favorecer su aproximación, lo haría con el mayor placer.

Así, cuando Paulina salió de la casa y se precipitó sobre mí con el palmario propósito de cambiar impresiones, no puse pies en polvorosa, sino que la acogí con un brillante: «¿Qué hay?», y consentí en que me guiara por un camino que conducía a un plantío de rododendros.

Todo ello muestra de lo que es capaz Wooster cuando se trata de ayudar a un amigo, porque lo que menos me interesaba en aquel momento era entablar una charla íntima con la joven. Había pasado el primer sobresalto, pero yo distaba todavía mucho de encontrarme en condiciones de una charla franca con ella. Como nuestras relaciones habían terminado por carta y la última vez que Paulina y yo nos vimos éramos prometidos, no me sentía muy seguro de qué tecla sería más correcto tocar.

Pero la idea de que me iba a ser posible favorecer a Chuffy, me dio valor para afrontar la prueba. Así, aterrizamos en un banco rústico y fuimos al asunto derechamente.

—Ha sido extraordinario encontrarte aquí, Bertie —empezó ella—. ¿Qué haces por estas latitudes?

—Estoy temporalmente retirado del mundo —repuse, satisfecho de ver que el diálogo principiaba sobre una base ajena a toda emotividad—. Yo necesitaba un lugar donde poder tocar el banjo en paz y encontré esa casita.

—¿Cuál?

—Una que tengo junto a la bahía.

—Ha debido extrañarte vernos, ¿eh?

—Mucho.

—Tu extrañeza ha sido mayor que tu placer, ¿verdad?

—Desde luego, chica; me encanta encontrarme contigo, pero cuando te acompañan tu padre y el viejo Glossop…

—Glossop no es uno de tus mayores admiradores, ¿eh? A propósito, Bertie: ¿sigues teniendo gatos en tu dormitorio?

Me amotiné un tanto.

—En cierta ocasión hubo gatos en mi dormitorio, pero el incidente a que aludes

puede fácilmente…

—Bueno, bueno. Dalo por explicado. Pero me gustaría que hubieses visto la cara de papá cuando lo oyó. ¡Ah! Y si yo viese la que ponía ahora, no sabes lo que reiría.

En esto no pude coincidir con ella. Bien sabe Dios que soy tan amigo de reír como el primero, pero la cara de J. Washburn Stoker no me había producido nunca ni una sonrisa. Era un sujeto cuya faz me recordaba siempre la de un antiguo pirata de la Gran España, un tipo macizo, de ojos penetrantes. Lejos de reír, viéndole, yo nunca había conseguido sentirme completamente natural en su presencia.

—Quiero decir —siguió Paulina— si yo viese la cara que él pondría, de llegar por el sendero y hallarnos aquí, juntos. Está convencido de que todavía te aprecio.

—¿Es posible?

—Sí.

—Pero…

—Te digo la verdad. Se parece a uno de esos padres Victorianos que lograban separar a los jóvenes enamorados y ejercían incesante vigilancia para que no se viesen más. No se le ocurre pensar que tú nunca tuviste un momento más dichoso que cuando recibiste mi carta concluyendo el noviazgo.

—No es verdad.

—Sé franco, Bertie. Reconoce que te encantó.

—No.

—No me lo niegues.

—Te aseguro que no. No hables así. Siempre te he tenido en muy elevada estima.

—¿Sí? Oye, ¿y dónde has aprendido esas expresiones?

—Ha debido ser con Jeeves, mi criado anterior. Tenía un vocabulario muy selecto.

—¿Por qué era «anterior»? ¿Se ha muerto?

—Se despidió. No le gustaba oírme tocar el banjo. Tuvimos unas palabras y ahora trabaja con Chuffy.

—¿Chuffy?

—Lord Chuffnell.

—¡Ah!

Hubo una pausa. Ella escuchó por un momento los gorjeos de dos pájaros que se querellaban en una rama próxima.

—¿Hace mucho que conoces a Lord Chuffnell? —preguntó.

—Mucho.

—¿Sois muy amigos?

—Amigos del alma sería *le mot juste*.

—Lo celebro. Quisiera hablarte algo de él. ¿Puedo confiar en ti, Bertie?

—Desde luego.

—Ya lo sabía yo. Es lo que tiene de bueno haber sido novia de un hombre. Cuando se rompe con él, una se siente como si fuese su hermana.

—Yo no te considero como una humana. Yo…

—No te he dicho «humana», Bertie; he dicho hermana.

—Ya. Entonces tú ¿me miras como a un hermano?

—Sí. ¡Qué de prisa comprendes las cosas! Y quiero que ahora obres como un hermano. Háblame de Marmaduke…

—No sé quién es.

—¡Lord Chuffnell, idiota!

—¿Se llama Marmaduke? ¡Vaya, vaya! Con razón se dice que no se saben nunca ni la mitad de las cosas ajenas. ¿Conque Marmaduke, eh? ¡Por algo se mostraba tan reservado en la escuela respecto a su nombre! —exclamé, riendo de muy buenas ganas.

—Pues es un nombre muy bonito —dijo ella, hosca.

Dirigí a Paulina una de esas rápidas y agudas miradas que son peculiares en mí. Aquellas palabras de la muchacha significaban algo. Nadie osaría decir que Marmaduke es un nombre bonito, de no asistirle para ello muy buenas razones. Y noté que Paulina tenía los ojos brillantes y muy sonrojada la faz.

—¡Hola! —dije—. ¡Hola, hola, hola!

—Bueno, bueno —atajó ella, provocadora—. Nada de hacer aquí el Sherlock Holmes. No trato de esconder… Precisamente iba a decirte…

—¿Que quieres a esa…? ¡Ja ja! Perdona, ¿eh? A ese Marmaduke.

—Estoy loca por él.

—Siendo así…

—¿No encuentras adorable la manera que tiene de llevar el pelo un poco levantado por detrás?

—Tengo ocupaciones más importantes que mirar la nuca de Chuffy. Pero iba a decirte que, siendo así, vas a recibir noticias muy satisfactorias. Soy muy buen observador, y hace poco, hablando con Chuffy, saqué la impresión de que está profundamente enamorado de ti.

Ella encogió ligeramente un hombro y aplastó con el pie, distraída, un gusanillo que pasaba por el sendero.

—Ya lo sé, hombre. ¿Crees que las muchachas no nos damos cuenta?

Quedé desconcertado.

—Pues si los dos os queréis, no veo qué inconvenientes…

—Está loco por mí, pero no dice ni esto.

—¿No te habla de…?

—Ni una sílaba.

—Y, después de todo, ¿por qué había de hacerlo? Estas cosas requieren cierta

corrección, cierto decoro. Aún no es oportuno. Te conoce sólo hace cinco días. Pero dale una oportunidad, y…

—Hay veces en que me siento tal como si él, en otros tiempos, hubiera sido un rey en Babilonia y yo una esclava cristiana.

—¿Por qué sientes eso?

—Porque sí.

—Tú lo sabrás mejor… A mí no me ocurre lo mismo. Pero ¿qué quieres que haga yo?

—Tú eres amigo suyo. Hazle una insinuación. Dile que no es necesaria tanta timidez.

—No es timidez. Es delicadeza. Como acabo de explicarte, los hombres en esas cosas tenemos nuestro código propio. Podemos enamorarnos muy de prisa, pero luego sentimos la necesidad de dar marcha atrás. Somos perfectos y gentiles caballeros y nos parece impropio declararnos a una muchacha de repente, como quien entra corriendo en una fonda de estación a pedir una taza de caldo. Porque somos…

—¡Cuántas tonterías! Tú me propusiste que nos casáramos a las dos semanas de conocernos.

—Sí, pero tú tratabas con un fiero Wooster.

—De todos modos, no veo…

—¿No? Pues continúa. Te escucho. Pero ella miraba, más allá de mí, hacia un punto situado al sudeste. Volviéndome, noté que ya no estábamos solos.

Allí, en una actitud cortés, iluminadas por el sol sus bien formadas facciones, se hallaba Jeeves.

V

Le hice un afable movimiento de cabeza. Aquel hombre y yo podríamos haber suspendido nuestras relaciones, pero los Wooster somos siempre benévolos.

—Hola, Jeeves.

—Buenas tardes, señor.

Paulina pareció interesarse.

—¡Ah! ¿Es Jeeves?

—Jeeves.

—¿Y no le gusta a usted que el señor Wooster toque el banjo, Jeeves?

—No, señorita.

No me satisfizo que se discutiese allí tan delicada materia, y en consecuencia intervine, algo bruscamente.

—¿Y qué hay, Jeeves?

—El señor Stoker, señor, pregunta dónde está la señorita Paulina.

En estos casos siempre hay el recurso de mandar al diablo a tales preguntones, pero semejante recurso no me pareció apropiado a la ocasión. Me volví a la muchacha con talante de amable despedida.

—Creo que será mejor que te vayas.

—Sí. ¿No olvidarás lo que te he dicho?

—El asunto —le aseguré— será estudiado a la mayor brevedad.

Ella se alejó y Jeeves y yo quedamos solos. Encendí negligentemente un cigarrillo.

—Vaya, vaya, Jeeves…

—¿Señor?

—Quiero decir que ya nos hemos encontrado.

—Sí, señor.

—En Filipos, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿Está usted contento de Chuffy?

—Mucho, señor. Y su nuevo criado, ¿le satisface?

—Sí. Es un chico muy inteligente.

—Celebro extremadamente saberlo, señor.

Siguió una pausa.

—Jeeves…, —empecé.

Era una cosa rara. Mi intención había sido, después de cambiar aquellos formulismos, despedirme con un leve ademán. Pero es endiabladamente difícil romper una costumbre de muchos años. Allí estábamos Jeeves y yo, allí surgía un problema de los que normalmente requerían su opinión y consejo, y esto bastaba para

que yo me sintiese como clavado en tierra. En vez de mostrarme distante y aislado y alejarme con el leve ademán que dije, me sentía irresistiblemente inclinado a consultar a Jeeves como si entre nosotros no hubiese pasado nada.

—Jeeves…, —repetí.

—¿Señor?

—Si tiene usted tiempo, me gustaría decirle unas palabras.

—A su disposición, señor.

—¿Qué le parece el buen Chuffy?

—Muy bien, señor.

En su faz se pintaba la expresión de inteligencia, reunida a un servicial deseo de complacer que yo viera tantas veces. No vacilé más.

—¿Está usted de acuerdo conmigo en que hay que ayudar al quinto barón?

—No comprendo, señor.

Me impacienté con aquel… (¿Qué diablos era la palabra que quería escribir?)

—Vamos, vamos, Jeeves, ya sabe usted a qué me refiero… Lo sabe tan bien como yo. Menos sutilezas y más espíritu de comprensión, como antaño. No me diga que, después de llevar al servicio de Chuffy cerca de una semana, no ha observado, deducido y formado conclusiones.

—¿Acierto, señor, presumiendo que alude usted a los sentimientos de Su Señoría por la señorita Stoker?

—Exacto.

—He adivinado, desde luego, que Su Señoría experimenta por esa joven sentimientos más ardientes y profundos que los de una amistad corriente, señor.

—¿Exageraré si digo que está chiflado por ella?

—No, señor. La expresión califica el caso adecuadamente.

—Muy bien. Pues sepa, Jeeves, que también ella le quiere.

—¿Sí, señor?

—Me lo dijo taxativamente momentos antes de llegar usted. Afirmó que estaba loca por ese hombre. La pobre está medio trastornada. Mucho. Su intuición femenina le ha hecho leer el secreto de él. Ha leído el amor en sus ojos. Y está conforme con ese amor. Y lo que le disgusta es que él no se explique con franqueza, que sus sentimientos duerman en su interior como… ¿Cómo qué, Jeeves?

—Como una crisálida en su capullo, señor.

—¿Sí? ¿Está usted seguro?

—Segurísimo, señor.

—Pues entonces, digo yo, ¿a qué diablos viene todo esto? Ella le quiere y él a ella. Hace poco, hablando con la muchacha, le he dicho que si Chuffy no se lanza es por delicadeza. Pero no lo creo. Conozco a Chuffy. Es tan rápido en sus cosas como el que más. De no declararse a la chica antes de concluir la primera semana, creería

haber perdido la ocasión. Y, sin embargo, ahí le tiene. ¡No hace nada! ¿Por qué?

—Su Señoría es persona muy escrupulosa, señor.

—¿Y qué?

—Que, sintiéndose escaso de medios, no encuentra delicado declararse a una joven tan rica como la señorita Stoker.

—Pero el amor se burla de… ¡Ah, no, no es de eso! Se burla de condados y cerrojos, ¿verdad, Jeeves?

—Sí, señor.

—Bien: ella no es tan rica, al fin y al cabo. Tiene una buena posición, pero no es muy rica.

—Sí lo es, señor. La fortuna del señor Stoker asciende a cincuenta millones de dólares.

—¿Eh? ¿No habla usted por hablar, Jeeves?

—No, señor. Me he informado de que ésa es la suma que le ha legado en su testamento el difunto Jorge Stoker.

Quedé atónito.

—¡Dios mío, Jeeves! ¿Ha estirado la pata el tío Jorge?

—Sí, señor.

—¿Y dejado al otro Stoker toda su fortuna?

—Sí, señor.

—Ahora lo comprendo. Eso lo explica todo. Ya me preguntaba yo cómo se metería en comprar propiedades tan grandes. Ese yate de la bahía será suyo también, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¡Bueno, bueno, bueno! Pero el tal Jorge debía tener parientes más cercanos.

—Sí, señor. Sólo que estaba a mal con todos.

—Está usted muy enterado.

—Sí, señor. Traté con el sirviente del difunto caballero cuando nos hallábamos en Nueva York. Se llamaba Benstead.

—Ese Jorge era un perturbado, ¿no?

—Algo excéntrico, señor.

—¿No hay posibilidad de que sus otros parientes impugnen el testamento?

—Creo que no, señor. Pero, aun en tal caso, el señor Stoker podría confiar en Sir Roderick Glossop para que atestiguase que el difunto Stoker, si bien era algo original en sus costumbres, estuvo siempre perfectamente cuerdo. El testimonio de un especialista mental tan eminente sería irrebatible.

—O sea que Glossop diría que un hombre cuerdo puede andar a gatas si se le antoja, ¿eh?

—Sí, señor.

—De modo que la señorita Stoker no puede ser sino la heredera de un pajarraco que guarda cincuenta millones de dólares detrás de un ladrillo de la chimenea, ¿verdad?

—En la práctica no puede ser otra cosa, señor.

Medité.

—¡Hum! Y a menos de que Stoker compre el palacio, Chuffy seguirá siendo un hombre sin un chelín. La situación es dramática. Aunque, después de todo, ¿por qué, Jeeves? ¿A qué tanto escrúpulo? Tipos sin un centavo se han casado antes de ahora con chicas cargadas de dinero, ¿no?

—Sí, señor. Pero Su Señoría tiene opiniones muy particulares sobre la materia.

Pensé. «Sí —me dije—, era verdad. Chuffy se había mostrado siempre muy especial en cuestión de dinero». Presumo que ello tiene alguna relación con el orgullo de los Chuffnell. Recordé que año tras año había procurado yo prestarle algo cuando lo necesitaba, y siempre él había rehusado obstinadamente entrar a saco en mi bolsa.

—La cosa es dificultosa —declaré—. De momento no veo salida. Pudiera también ocurrir que usted se engañase, Jeeves. Al cabo, todo son suposiciones.

—No, señor. Su Señoría me ha hecho el honor de depositar su confianza en mí.

—¿Sí? ¿Y cómo ha sido eso?

—El señor Stoker expresó el deseo de que yo entrase a su servicio, y me habló al efecto. Yo consulté a Su Señoría y éste me dijo que mantuviese las esperanzas del señor Stoker.

—¿Es posible que Chuffy consienta en cederle? ¡Ceder a usted!

—No, señor. Precisamente dijo lo contrario, y con mucha vehemencia. Pero no quiere que yo rompa las negociaciones con una negativa rotunda mientras el palacio de los Chuffnell no haya sido vendido.

—Comprendo su táctica. Chuffy desea que usted aliente las esperanzas de Stoker hasta que éste firme los papeles fatales.

—Exacto, señor. Y fue esta plática la que condujo a Su Señoría a revelarme sus sentimientos respecto a la señorita Stoker. En tanto que su situación financiera no se haya afirmado, su dignidad le impide pedir en matrimonio a la joven.

—¡Grandísimo burro!

—Yo no hubiese osado aplicar ese término a Su Señoría, pero confieso, señor, que la actitud de Lord Chuffnell me parece quijotesca en extremo.

—Hay que quitársela.

—Imposible, señor. Ya he tratado de hacerlo, pero mis argumentos fueron inútiles. Su Señoría padece un complejo psicológico…

—¿Un qué?

—Un complejo psicológico. Parece que una vez presenció una opereta en que uno de los *dramatis personae* era cierto Par sin dinero, llamado Lord Wotwotleigh, que se

esforzaba en casarse con una rica heredera americana, y semejante individuo causó una impresión duradera en el ánimo de Su Señoría. Me aseveró que no quería situarse en una posición donde cupiera compararle con ese personaje teatral.

—¿Y si no puede vender la casa?

—En ese caso, señor, temo que…

—La crisálida continúe indefinidamente en el capullo, ¿no?

—Sí, señor.

—Verdaderamente, opino que Chuffy padece ese complejo. ¿Qué cree usted más aconsejable, Jeeves?

—No creo tener nada que sugerir por el momento, señor.

—¡Vamos, vamos, Jeeves!

—No, señor. Como la dificultad es esencialmente psicológica, me encuentro un poco desconcertado. Mientras la imaginación de Lord Wotwotleigh persista en el cerebro de Su Señoría, todo será inútil.

—No lo será. ¿A qué se debe esa debilidad, insólita en usted, Jeeves? Es obvio que el tipo necesita que le estimulen.

—No comprendo, señor.

—Pues es claro. Ahí tenemos al buen Chuffy muriéndose por la chica y estúpidamente refrenado. Necesita un espolazo. Si viera, por ejemplo, que existía grave peligro de que otro ciudadano le birlase la novia, ¿no cree usted que, olvidando todas esas ideas necias, se arrojaría al bulto, lanzando llamas por los ojos?

—Los celos son sin duda una fuerza muy potente, señor.

—¿Sabe lo que voy a hacer, Jeeves?

—No, señor.

—Voy a besar a Paulina procurando que Chuffy me vea.

—Realmente, señor, yo no aprobaría…

—Cállese, Jeeves. Ya tengo definido todo el plan. La cosa se me ha ocurrido como en un relámpago, mientras hablábamos. Después de comer, traeré a este asiento a la señorita Stoker. Arréglese usted para que Chuffy la siga. Esperaré hasta tenerle a mano y entonces abrazaré tiernamente a la muchacha. Si esto no es eficaz, no hay nada que lo sea.

—Creo que correrá usted un verdadero riesgo, señor. Su Señoría es altamente emotivo, y…

—¡Bah! Un Wooster sabe encajar un puñetazo en un ojo si se trata de favorecer a un amigo. No discutamos esto más, Jeeves. Es cosa arreglada. No nos queda sino fijar la hora. Presumo que la comida concluirá hacia las dos y media. Por cierto que yo no voy a comer con ellos.

—¿No, señor?

—No. No soporto a ese grupo. Me quedaré acá. Tráigame unos bocadillos y

media botella del mejor.

—Muy bien, señor.

—Conviene que, puesto que las ventanas del comedor estarán abiertas para que entre fresco, se pasee usted junto a ellas con alguna frecuencia y aplique el oído. Quizá se diga allí algo de importancia.

—Muy bien, señor.

—Ponga mucha mostaza en los bocadillos…

—Muy bien, señor.

—Y a las dos y media informe a Paulina de que deseo hablarle dos palabras. A la misma hora avise a Chuffy de que Paulina quiere decirle dos palabras por su parte. De lo demás me encargo yo.

—Muy bien, señor.

VI

Pasó un considerable intervalo antes de que Jeeves volviera con las provisiones de boca. Me lancé sobre ellas con cierta premura.

—Ha tardado usted endiabladamente.

—Es que, siguiendo sus instrucciones, señor, estuve escuchando junto a la ventana.

—¡Ah! ¿Y con qué resultado?

—No he oído nada que proyecte luz sobre los propósitos del señor Stoker concernientes a la compra de la casa, pero me parece que está en buena disposición, señor.

—Eso promete. Stoker se muestra afable, ¿eh?

—Sí, señor. Invitó a todos los presentes a una reunión en su yate.

—¿Así que se queda aquí?

—Por algún tiempo, señor. Parece que la máquina del barco tiene no sé qué avería.

—Probablemente Stoker la habrá mirado. Y ya se sabe que sólo con verla… ¿Cuál es el motivo de la reunión?

—Resulta que mañana es el cumpleaños del niño Dwight Stoker, señor. Parece que la reunión tendrá por objeto conmemorar tan fausta fecha.

—¿Y fue bien recibida la sugestión?

—Extremadamente bien, señor. No obstante, el joven Seabury pareció mostrar cierto disgusto cuando el joven Dwight apostó a que ésa sería la primera vez que el referido Seabury visitase un yate.

—¿Qué dijo Seabury?

—Que había visitado millones de yates. O, más exactamente, la palabra que empleó fue trillones.

—¿Y qué más?

—A juzgar por cierto ruidillo nasal que emitió, juzgo que Dwight acogió con escepticismo esa aserción, señor. Pero en aquel momento el señor Stoker calmó las turbulentas aguas anunciando que se proponía contratar la orquesta negra para que actuase en la reunión. Parece que Su Señoría había mencionado el hecho de que se hallaba en Chuffnell Regís dicha orquesta.

—¿Y, así, todo se arregló?

—Todo, señor. Sólo que Seabury dijo que apostaba a que Dwight no había oído nunca tocar a una orquesta negra. Fundándome en un comentario hecho poco después por Su Señoría, entiendo que el joven Dwight lanzó una patata a la cabeza del joven Seabury, con lo cual el estado de cosas amenazo durante un rato con trocarse en una situación algo desagradable.

Restallé la lengua.

—Me gustaría que alguien atase juntos a esos dos rapaces. ¡Sería muy divertido!

—La dificultad se despejó pronto, señor. Cuando me alejé, todos estaban muy contentos. Dwight afirmaba que había tirado la patata sin querer y esta excusa fue acogida con amabilidad.

—Pues ahora procure oír algo más.

—Muy bien, señor.

Terminé mis bocadillos y mi media botella y encendí un cigarro, lamentando no haber pedido a Jeeves un poco de café también. Pero a Jeeves sobra decirle cosas así. A su debido tiempo reapareció con una taza humeante.

—La comida acaba de terminar.

—¿Y ha hablado usted con Paulina?

—Sí, señor. Le he manifestado que usted deseaba decirle dos palabras y de aquí a unos momentos se hallará en este lugar.

—¿Y por qué no ahora?

—Su Señoría entabló una conversación con la joven inmediatamente después de transmitir yo el mensaje de usted.

—¿Y ha dicho usted a Chuffy que venga también?

—Sí, señor.

—Malo, Jeeves… Vendrán juntos.

—No, señor, porque puedo parar un momento a Su Señoría cerca de aquí, con cualquier pretexto.

—¿Por ejemplo?

—Sugerir a Su Señoría la conveniencia de comprar algunos calcetines nuevos, señor.

—¿Sí? Cuando empieza usted a proponer compras de calcetines se pasa charlando una hora. No lo haga así hoy. Quiero arreglar esto en seguida.

—Comprendo, señor.

—¿Cuándo ha hablado usted a Paulina?

—Hace unos quince minutos, señor.

—Es raro que no haya venido. ¿De qué estarán tratando?

—No puedo decirlo, señor.

—¡Ah!

Una visión blanca aparecía entre los arbustos. A los pocos instantes llegó Paulina. Se me figuró más bella que nunca. Sus ojos, en particular, lucían como dos estrellas iguales. Pero todo esto no me hizo olvidar que no era yo, sino Chuffy, quien debía casarse con ella. Es curioso que haya chicas que den literalmente el golpe y, sin embargo, le hagan a uno sentir a la vez que sería una catástrofe convertirse en su marido. La vida es así, ¿no?

—Hola, Bertie —dijo Paulina—. ¿Qué era eso de que tenías jaqueca? Porque no parece que hayas comido mal, a pesar de todo.

—Se me ocurrió que podía tomar un piscolabis…, ¿Quiere llevarse estas cosas, Jeeves?

—Muy bien, señor.

—Y no olvide que si Su Señoría desea hablarme estoy aquí.

—No, señor.

Recogió bandeja, botella y taza y esfumóse. No puedo decir si me contrarió o no verle alejarse. Porque me sentía un poco inquieto. Preocupado, ¿comprenden? En ascuas. Para darles una idea de mi estado, les diré que me encontraba poco más o menos como cuando salí a cantar *Sonny Boy* en un círculo parroquial del East End.

Paulina, tomando mi brazo, empezaba a transmitirme una comunicación.

—Bertie… —decía.

Pero entonces avisté la cabeza, de Chuffy por encima de un arbusto y comprendí que había llegado el momento de obrar. Esas cosas o se hacen pronto o no se hacen. Enlazando a la joven con mis brazos, incliné los labios, que fueron a dar en la ceja derecha de Paulina. Confieso que aquel beso no resultó de los más hábiles, pero la cosa era el beso en sí, fuese como fuera, y en todo caso debía producir efecto.

Y lo hubiera producido si el tipo que sobrevenía más allá del arbusto fuese Chuffy. Pero no lo era. Yo había visto un sombrero flexible por encima del follaje y juzgado que se trataba del de Chuffy. Mas había cometido un desliz. El sombrero pertenecía al viejo Stoker y éste fue quien compareció ante nosotros, haciéndome sentir presa de cierto embarazo.

Yo había incurrido, compréndanlo, en una torpeza bastante regular. Tenía ante mí a un inquieto padre que agregaba a su antipatía por mí la idea de que su hija estaba locamente enamorada de Bertram Wooster, y al salir a dar un paseíto después se comer se encontraba con los dos estrechamente abrazados. Ello bastaba para enfurecer a cualquiera, y no me extrañó que su conducta se asemejase a la del férreo Cortés mirando al Pacífico[2]. Un sujeto con cincuenta millones de dólares en la faltriquera no necesita andarse con contemplaciones. Si quiere lanzar a un tipo una mirada atravesada, se la lanza. Y me la lanzó. En sus ojos se leían alarma y angustia. Comprendí que las suposiciones de Paulina sobre la opinión de su padre respecto a nosotros eran fundadas.

Por fortuna la cosa no pasó a mayores. Dígase lo que se quiera contra la civilización, ésta es cosa muy oportuna en momentos de esa índole. Sin duda es un código puramente artificial el que prohíbe a un padre dar un puntapié al ciudadano que besa a su hija, cuando todos se hallan en casa ajena, pero en aquel momento me sentí muy partidario de todos los códigos artificiales habidos y por haber.

Por un momento los dedos de aquel hombre se crisparon y pareció que el ser

primitivo que latía en J. Washburn Stoker iba a salir a la superficie. Mas luego la civilización prevaleció. Con una mera mirada, llevóse a Paulina y un momento después me encontré solo y en libertad de dar por terminada la cosa.

Y así procuraba hacerlo, con ayuda de un aplacador cigarrillo, cuando Chuffy aterrizó en mi selvática soledad. También él parecía inquieto por alguna cosa, porque tenía los ojos notoriamente desorbitados.

—Oye, Bertie —dijo sin preámbulos—, ¿qué es eso de que me acabo de enterar?

—¿De qué te has enterado?

—De que Paulina y tú habéis estado prometidos.

Arqueé una ceja. Me pareció que procedía obrar con un poco de mano de hierro. Cuando se nota que un tipo va a ponerse severo con uno, es conveniente ponerse severo con él antes.

—No te comprendo, Chuffy —repuse, digno—. ¿Querías que te mandase una postal diciéndotelo?

—Podías habérmelo dicho esta mañana.

—No veo para ello razón alguna. ¿Cómo lo has sabido?

—Lo mencionó Sir Roderick Glossop.

—¡Ah, sí! Pues es una autoridad en la materia. Él fue quien echó a rodar el asunto.

—No te entiendo.

—Ese Glossop estaba en Nueva York cuando yo, y en un momento habló con el viejo Stoker y le persuadió de que lo desbaratara todo. Entre la declaración y la ruptura sólo mediaron cuarenta y ocho horas.

—¿Lo juras? —dijo Chuffy, mirándome fijamente.

—Sí.

—¿Sólo cuarenta y ocho horas?

—Menos.

—¿Y no hubo nada entre vosotros?

Su acento no era muy amistoso. Empecé a comprender que en el hecho de que fuera Stoker y no Chuffy, quien había presenciado el reciente abrazo, tenía una considerable intervención el ángel tutelar de los Wooster.

—Nada.

—¿Estás seguro?

—Nada que valiese la pena. Tranquilízate, muchacho —le exhorté, dándole una palmada en el hombro, con el talante benévolo de un hermano mayor—. Sigue los dictados de tu corazón y no temas. La chica bebe los vientos por ti.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Ella.

—¿Ella misma?

—En persona.

—¿Me quiere de verdad?

—Creo que con pasión.

Una expresión de alivio apareció en la preocupada faz del tipo y sus facciones se suavizaron.

—Entonces, bien. Siento haberme puesto algo duro hace unos instantes. Cuando un individuo se promete a una muchacha, es algo desconcertante descubrir que ella ha estado prometida con otro dos meses atrás. Me sentí atónito.

—¿Sois novios? ¿Desde cuándo?

—Desde un momento después de comer.

—Pero ¿y Wotwotleigh?

—¿Quién te ha hablado de Wotwotleigh?

—Jeeves. Me dijo que la sombra de Wotwotleigh gravitaba sobre ti como una sombría nube.

—Jeeves habla más de la cuenta. Además, Wotwotleigh no tiene nada que ver con esto. Poco antes de declararme a Paulina, su padre me había dicho que estaba decidido a comprarme la casa.

—¿De verdad?

—En absoluto. Creo que ha sido gracias al oporto. He sacado uno del año 85.

—Has hecho muy bien. ¿Ha sido tuya la idea?

—No, de Jeeves.

No pude contener un doloroso suspiro.

—Jeeves es una maravilla.

—Un prodigio.

—Qué cerebro.

—Más poderoso que el de cualquier otro hombre, sin duda.

—Como que se alimenta de mucho pescado. Es lástima que tenga tan mal oído para la música —comenté, tristemente.

Y luego procuré olvidar mis pesares para pensar sólo en el contento de Chuffy. Dije con cordialidad:

—Me alegro mucho de lo tuyo. Te deseo que seas muy feliz. Puedo asegurarte sinceramente que siempre he considerado a Paulina como una de las novias mejores que he tenido.

—Te agradecería que dejases de pregonar tanto eso de tu noviazgo.

—Bueno.

—Yo me esfuerzo en olvidarlo.

—Bueno.

—¡Cuando pienso que te has hallado en situación de poder…!

—Pero no pude. No olvides que el noviazgo sólo duró dos días, en el curso de los

cuales estuve en cama con un constipado.

—Pero cuando te dijo que te aceptaba, tú…

—No, porque en aquel momento entró un camarero con una bandeja de bocadillos y se disipó la oportunidad.

—¿Entonces, nunca…?

—Absolutamente nunca.

—Ella debía estar trastornada. Muy fuera de sus cabales. Porque, me pregunto yo, ¿qué motivos pudo tener para decirte que sí?

Me consta que poseo un no sé qué, que hace vibrar una cuerda emocional en el corazón de ciertas mujeres enérgicas. Tal fue el caso cuando me hice novio de Honoria Glossop. Me sorprendió no poco que Chuffy no lo comprendiera.

—Una vez consulté a un entendido —dije—, y me aseguró que el verme flotante por el mundo como una oveja extraviada, despierta el instinto maternal de la mujer. Puede que haya algo de eso.

—Posible —convino Chuffy—. Ea, me voy. Supongo que Stoker querrá hablarme sobre la compra de la casa. ¿Vienes?

—No, gracias. No siento unos deseos frenéticos de afrontar a tus invitados. Puedo resistir a la tía Mirtila, y hasta a Seabury, pero añádeles Glossop y Stoker y el conjunto es excesivo para Bertram. Voy a darme un paseo por tus tierras.

Aquellas tierras, o predio, de Chuffy eran un sitio excelente y hermoso, y presumí que no sin algún disgusto debía su propietario verlos pasar a manos ajenas para convertirse en un manicomio particular. Aunque también juzgué que cuando se halla en un lugar así, año tras año, sin otros vecinos cercanos que una tía Mirtila y un primo Seabury, se acaba perdiendo el gusto por la propiedad.

Pasé dos agradables horas errando por el parque y, ya muy entrada la tarde, la imperiosa necesidad de una taza de té me hizo regresar hacia la puerta posterior del edificio, donde me parecía probable encontrar a Jeeves.

Una fregona me condujo al alojamiento de mi ex criado, y allí me instalé sintiendo la tranquilizadora certidumbre de que me esperaban una humeante tetera y una tostada con manteca. El feliz desenlace de que Chuffy me informara recientemente inducía al optimismo, y una taza de té y una buena rebanada de pan con manteca pondrían sin duda el adecuado colofón a mi contento.

—Incluso creo, Jeeves —dije—, que unos cuantos bollitos no estarían de más en tan señalada ocasión. Es muy satisfactorio saber que el alma de Chuffy, tan duramente maltratada por la tempestad, ha llegado al fin a puerto seguro. ¿Sabe usted que Stoker ha prometido comprar la casa?

—Sí, señor.

—¿Y lo del noviazgo?

—Sí, señor.

—El buen Chuffy debe de estar en la gloria.

—No del todo, señor.

—¿Eh?

—Siento decir, señor, que existe algo semejante a una dificultad.

—¿Cómo? ¿Se han peleado ya?

—No, señor. Las relaciones de los prometidos siguen siendo uniformemente cordiales. Con quien Su Señoría está en términos algo tirantes es con el señor Stoker.

—¡Dios mío!

—Sí, señor.

—¿Qué ha ocurrido?

—El origen del conflicto ha sido una pugna física entre los jóvenes Dwight y Seabury. Creo haberle dicho ya, señor, que en la comida aprecié cierta falta de mutua simpatía entre ambos muchachos.

—Pero me dijo…

—Sí, señor. Las cosas se arreglaron temporalmente, mas resurgieron de nuevo unos cuarenta minutos después de la comida. Los dos niños fueron juntos al cuarto de jugar, y parece que allí el joven Seabury se esforzó en exigir al joven Dwight la suma de un chelín y seis peniques en concepto de lo que él denominaba ayuda.

—¡Es brutal!

—Sí, señor. Tengo entendido que el joven Dwight, con expresiones muy vehementes, se negó al sablazo, según creo que suele decirse, y, de una palabra en otra, se llegó al resultado de que a las tres y media se percibieron, procedentes del cuarto de jugar, sonidos delatores de una refriega. Y habiendo subido los adultos al lugar del suceso, hallaron a los jóvenes en el suelo, rodeados por los restos de un tocador de China que habían derribado en su pendencia. Al llegar las personas mayores, el joven Dwight parecía llevar ventaja, ya que se hallaba sentado sobre el pecho de su contrincante y le golpeaba la cabeza contra la alfombra.

Para dar a ustedes una idea de la grave inquietud que me produjo la noticia, baste decirles que mis sentimientos no fueron los de la lógica alegría que debiera producirme el saber que alguien aplicaba al fin a Seabury el merecido a que se había hecho antes acreedor, sino los de un abatimiento desconsolado. Vi en seguida a qué iba a conducir aquello.

—¡Dios mío, Jeeves!

—Sí, señor.

—¿Qué pasó después?

—La acción se generalizó, si vale la frase.

—¿Qué? ¿Entró en combate la vieja guardia?

—Sí, señor. Y tomó la iniciativa Lady Chuffnell.

Emití un gruñido.

—No me extraña, Jeeves. Siempre me ha dicho Chuffy que la actitud de esa mujer respecto a su hijo es la de una tigresa respecto a su cachorro. Por defender a Seabury se ha sentido siempre inclinada a dar de puntapiés al mundo en pleno, añadiendo un codazo en el estómago. He oído temblar de emoción la voz Chuffy, al contarme que, antes de que él los mandase a vivir en la casa del parque, ella, en el desayuno, elegía siempre el huevo mejor y se lo daba al mocoso. Pero continúe.

—Al advertir la situación, Lady Chuffnell lanzó un grito agudo y golpeó con considerable energía la mejilla derecha del joven Dwight.

—Y entonces, por supuesto…

—Precisamente, señor. El señor Stoker, abrazando la causa de su hijo, dirigió un poderoso puntapié al joven Seabury.

—¿Y lo recibió el pequeño Seabury? ¡Dígame que sí, Jeeves!

—Sí, señor. Estaba incorporándose en aquel momento y se hallaba en magnífica posición para encajar el puntapié. Un instante después surgió un violento altercado entre Lady Chuffnell y el señor Stoker. Lady Chuffnell llamó en su socorro a Sir Roderick y éste (aunque algo a regañadientes, según me pareció) hubo de auxiliar en el combate a dicha dama. Se dijeron palabras muy acaloradas, y el desenlace de todo fue que el señor Stoker, con mucho fuego, informó a Sir Roderick de que si éste creía que, después de lo sucedido, el mencionado señor Stoker iba a comprar el palacio de Chuffnell, el antedicho Sir Roderick padecía un grave error.

Hundí la cabeza entre las manos.

—Después…

—Siga, siga, Jeeves. Ya lo veo todo.

—Sí, señor. Convengo con usted en que el asunto tiene algo de la sombría infalibilidad de la tragedia griega. Al oír aquello, Su Señoría, que hasta entonces se había limitado a escuchar con inquietud, exhortó al señor Stoker a que rectificase sus expresiones. Su Señoría opinaba que, habiéndosele dado palabra de compra, el señor Stoker, como hombre de honor, no podía incumplir esa palabra. Y como el señor Stoker respondiera que le tenía sin cuidado lo que hubiese prometido o dejado de prometer, añadiendo que no gastaría un solo penique en el sentido indicado, lamento decir que Su Señoría se expresó en términos algo fuertes.

Exhalé un par de desolados gruñidos. Yo sabía de lo que era capaz el buen Chuffy cuando se irritaba. Le había oído expresarse pilotando el bote de su colegio, en Oxford.

—¿Qué? Increpó a Stoker, ¿eh?

—Muy vigorosamente, señor. Expuso con extrema sinceridad su opinión sobre el carácter, probidad comercial y aun fisonomía del señor Stoker.

—Eso sería el toque final.

—Creo que se ha producido cierta frialdad, en efecto, señor.

—¿Y luego?

—Así concluyó la deplorable escena, señor. El señor Stoker se volvió al yate con sus hijos. Sir Roderick se ha ido a la fonda del pueblo a buscar habitación para instalarse. Lady Chuffnell está aplicando árnica al joven Seabury, en su dormitorio. Y creo que Su Señoría se ha ido con el perro a pasear por el lado occidental del parque.

Medité.

—Cuando sucedió todo eso, ¿había dicho Chuffy a Stoker que se proponía casarse con su hija?

—No, señor.

—Pues no creo que pueda decírselo ahora.

—El anuncio no sería muy cordialmente recibido. Tal es mi criterio, señor.

—Tendrán que verse los novios a escondidas.

—Será un poco difícil, señor. Debía haberle mencionado el hecho de que, habiendo oído luego unas palabras entre el señor Stoker y su hija, he sacado la impresión de que ese caballero se propone recluirla en el yate mientras dure su obligada estancia en la bahía.

—¿No dice que no sabe lo del noviazgo?

—El motivo en que se funda el señor Stoker para aislar a su hija no es impedir que ésta se vea con Su Señoría, sino con usted, señor. El hecho de que usted la besase ha persuadido al señor Stoker de que ella sigue dedicando a su antiguo prometido el mismo afecto que en Nueva York.

—¿Está usted seguro de haberlo oído así?

—Sí, señor.

—¿Y cómo?

—Me hallaba hablando con Su Señoría junto a unos arbustos, y en el mismo momento se desarrolló al otro lado de ellos la plática entre padre e hija. Era imposible no oír los comentarios del señor Stoker.

Me sobresalté.

—¿Dice que estaba usted hablando con Chuffy?

—Sí, señor.

—¿Y oyó Chuffy todo eso?

—Sí, señor.

—¿Y lo de que yo había besado a Paulina?

—Sí, señor.

—¿Y no se indignó?

—Sí, señor.

—¿Y qué dijo?

—Algo relativo a sacarle a usted los intestinos de su sitio, señor.

Me enjugué la frente.

—Esto exige cuidadosa reflexión, Jeeves.

—Sí, señor.

—Aconséjeme, Jeeves.

—Creo, señor, que sería juicioso que tratase usted de persuadir a Su Señoría de que el beso que usted dio a la señorita era puramente fraternal.

—¿Fraternal? ¿Cree que eso valdría para algo?

—Entiendo que sí, señor. Al fin y al cabo, es usted un antiguo amigo de la joven. Es cosa muy comprensible que usted la besase fraternalmente para felicitarla al saber la noticia de su compromiso con un amigo tan íntimo de usted como Su Señoría.

Me levanté.

—Puede que eso dé resultado, Jeeves. Ahora le dejo. Necesito prepararme para la prueba con previa meditación.

—De aquí a un momento puedo traerle el té, señor.

—Ésta no es ocasión de tés, Jeeves. He de concentrarme y preparar la explicación antes de que llegue Chuffy. Seguramente me visitará pronto, ¿verdad?

—No me sorprendería, señor, que le encontrase esperándole en su casa.

Acertaba en absoluto. Apenas había yo cruzado el umbral cuando se proyectó fuera de una butaca un objeto agitado que resultó ser Chuffy en persona.

—¡Ah! —dijo entre dientes—. ¡Al fin llegas!

Su acento, sus modales, todo en él resultaba muy desagradable y turbador.

Esbocé una afectuosa sonrisa.

—Sí, llego. Lo sé todo. Jeeves me lo ha dicho. Es muy lamentable, muchacho. ¡Qué poco pensé, mientras besaba fraternalmente a Paulina, felicitándola por vuestro compromiso, que a poco iban a estallar tales complicaciones!

Siguió mirándome.

—Fraternalmente, ¿eh?

—De un modo esencialmente fraternal.

—Stoker no parece pensarlo así.

—¿Acaso no sabemos lo que es el viejo Stoker?

—¿Fraternal? ¡Hum!

Exterioricé una varonil contrariedad.

—Tal vez haya hecho mal en besarla…

—Has tenido la suerte de que yo no estuviera delante cuando lo hiciste.

—¡Pero, hombre! Ya sabes lo que le pasa a uno cuando alguien que ha sido compañero de colegio y Universidad de uno se compromete con una chica a la que uno considera como una hermana. Sin darse cuenta, uno…

Era notorio que en el ánimo de mi amigo se libraba una lucha. Gruñó un tanto, y paseó por la habitación un tanto y, hallando un taburete en su camino, lo alejó de un puntapié un tanto. Luego se calmó. Se advertía que la razón recuperaba su trono.

—Bien —dijo—. Pero en lo sucesivo déjate de esas fraternidades.

—Bueno.

—Desarráigalas de ti. Refrena tus impulsos.

—Sí.

—Si quieres tener hermanas, búscalas en otro sitio.

—Eso.

—No me gustaría, estando casado, entrar en casa y hallar en ejecución un acto fraternal.

—Te comprendo muy bien, muchacho. ¿Sigues proponiéndote casarte con Paulina?

—¿Qué si me propongo? ¡Claro que me propongo! Sería un jumento si desistiese de casarme con una chica así. ¿No crees?

—¿Y los escrúpulos de los Chuffnell?

—¿Qué diablos dices?

—Que, si Stoker no te compra la casa, volverás a encontrarte en la situación de antes, obligado a no declarar tu amor, y a dejar que el pensamiento de Wotwotleigh anide en secreto como una crisálida en su capullo, y…

Se encogió ligeramente de hombros.

—Bertie —dijo—, no me recuerdes unos tiempos en que yo era un perfecto idiota. ¡No sé cómo he pensado nunca cosas así! Puedes dar por hecho que mis opiniones han cambiado. Ahora me tiene sin cuidado no poseer un penique y que ella posea una enormidad. Si puedo juntar los siete chelines y seis peniques de la licencia y el par de libras precisas para pagar al ciudadano que nos case, la boda es, definitivamente, cosa hecha.

—Muy bien.

—¿Qué vale el dinero?

—Nada.

—El amor es el amor.

—Nunca has dicho cosa más cierta, muchacho. En tu lugar, yo escribiría a Paulina una carta expresándole esas opiniones. Ahora que ella ve tus finanzas en mal estado, puede temer que te vuelvas atrás.

—Lo haré. Y Jeeves le llevará la carta. Así no habrá posibilidades de que Stoker la intercepte.

—¿Tú crees posible…?

—¡Querido amigo! ¡Si ese Stoker es un intercepta-cartas de nacimiento! Se lee en sus ojos.

—No digo eso. Digo que cómo va Jeeves a llevar la carta.

—¿Y no te he explicado que Stoker quiere tomarle a su servicio y que se despida de mí? Cuando se lo propuso me pareció una enormidad; pero ahora conviene que

Jeeves acepte y se vaya con él.

Comprendí la treta (¿o ardid?).

—Me hago cargo. Al amparo del pabellón de Stoker, Jeeves podrá ir y venir con libertad.

—Exacto.

—Y puede llevarle a ella una carta tuya, y una de ella a ti, y una de ti a ella, y una de ella a ti, y una de ti a ella, y una…

—Sí, sí. Has acertado. Luego, en el curso de esa correspondencia, nos daremos una cita. ¿Tienes alguna idea de cuánto tiempo lleva arreglar una boda?

—No estoy seguro. Creo que, con una licencia especial, pueden hacerse las cosas a la carrera.

—Recabaré una licencia especial. O dos. O tres. Ea, todo está arreglado. Me siento un hombre nuevo. Voy a hablar con Jeeves. Puede irse al yate esta misma noche…

Se interrumpió bruscamente. Su mirada se oscureció de nuevo. Me dirigió una escrutadora mirada.

—¿Me querrá realmente Paulina?

—¿No te lo ha dicho, hombre?

—Sí, me lo ha dicho. Pero ¿quién puede creer lo que dice una muchacha?

—¡Parece mentira, Chuffy!

—Son como niñas grandes. ¡A saber si no estaría burlándose de mí!

—Eres injusto, muchacho.

Reflexionó.

—Me parece algo raro que te permitiese besarla.

—La cogí de sorpresa.

—Podía haberte dado un bofetón.

—¿Por qué? Comprendió que mi abrazo era puramente fraternal.

—Fraternal, ¿eh?

—Totalmente fraternal.

—Puede ser —dijo Chuffy, dudoso—. ¿Tienes hermanas, Bertie?

—No.

—Y si las tuvieses, ¿las besarías?

—Muchas veces.

—Bien, bien… Bien; quizá no haya nada de extraño…

—¿Acaso no crees en la palabra de un Wooster?

—No sé. Recuerdo que una vez, la mañana siguiente a las regatas, cuando estudiábamos segundo en Oxford, dijiste ante un magistrado que te llamabas Eustaquio H. Plimsoll y vivías en «Los Laburnos», carretera de Alleyn, West Dulwich.

—Era un caso especial que requería medidas especiales.

—Sí, claro… Sí; bueno… Quizá tengas razón. ¿Me juras formalmente que no hay nada entre Paulina y tú ahora?

—Nada. Nos hemos reído cordialmente al evocar aquel momento de locura, en Nueva York.

—No me habías hablado de esa risa.

—Pues nos hemos reído… frecuentemente.

—¿Sí? En ese caso… Supongo… Bueno; voy a marcharme y a escribirle la carta…

Durante un rato después de marcharse Chuffy, permanecí sentado, con los pies encima de la chimenea, procurando calmar mi tensión anímica. En conjunto, el día había sido un tanto accidentado y me era preciso reposar de tantas emociones. El reciente intercambio de ideas con Chuffy me había desorganizado un poco los nervios. Y cuando Brinkley, entrando, me preguntó a qué hora me proponía cenar, la idea de sentarme, solo, ante una chuleta y unos fritos, en la desierta casa, no me sedujo. Me sentía inquieto, excitado.

—Voy a cenar fuera, Brinkley —dije.

Aquel sustituto de Jeeves me había sido enviado por una agencia de Londres, y debo decir que no respondía a la clase de sujeto que yo hubiese elegido de haber tenido tiempo para andar buscándolo en persona. No era en verdad el hombre de mis sueños. Tratábase de un ciudadano melancólico, con la cara larga, flaca y llena de granos; con ojos profundos y meditativos; con una acentuada aversión a la agradable cháchara entre amo y criado a que me acostumbrara Jeeves. Yo me había esforzado en establecer con Brinkley relaciones cordiales desde el principio, pero sin éxito. Exteriormente se mostraba muy respetuoso, pero se advertía de modo palmario que en el fondo soñaba con la revolución social y miraba a Bertram Wooster como un tirano y un opresor.

—Sí, Brinkley; voy a cenar fuera.

Nada dijo, limitándose a mirarme de arriba abajo como si me tomase la medida para saber en qué farol debía colgarme cuando llegara el momento.

—He tenido un día de mucho ajetreo y necesito luces y vino. Presumo que podré encontrar ambas cosas en Bristol. Y también se podrá ver algo en el teatro, ¿verdad? Bristol es una ciudad muy atractiva para darse una vuelta por ella.

Suspiró con fuerza. Aquella idea de pensar en su señor asistiendo al teatro no le seducía. Lo que él anhelaba en realidad era verme correr, Park Lane abajo, perseguido por una turba de revolucionarios, todos con cuchillos goteantes de sangre.

—Me llevaré el coche. Usted puede salir un rato, después de cenar.

—Muy bien, señor.

Prescindí de él. Aquel hombre me enojaba. Yo no tenía objeción alguna que formular a que proyectase matanzas en masa de burgueses, pero ¿por qué no las proyectaba sonriendo alegremente a la vez? Le despedí con un ademán y fui a sacar el coche.

Había cosa de treinta millas hasta Bristol, y me quedaba tiempo para tomar un buen bocado antes de ir al teatro. En éste resultó representarse una opereta que ya había visto yo en Londres; pero no me contrarió volver a presenciarla, y al regresar a casa me sentí animado y optimista.

Debía ser cosa de medianoche cuando volví a mi rústico retiro, y, sintiendo no pocas ganas de dormir, no perdí tiempo en encender luz para subir la escalera. Recuerdo que al abrir la puerta de mi alcoba pensaba ahincadamente en lo agradable que iba a serme poder echar un sueño, y me dirigí al lecho con una canción en los labios, por decirlo así. De repente un objeto se incorporó en la cama.

La bujía que había encendido al entrar en la estancia se me cayó de las manos y todo quedó sumido en tinieblas. Pero yo había visto ya lo suficiente.

El contenido de mi lecho, según se iba por él a mano derecha, consistía en Paulina Stoker vistiendo mi pijama color de heliotropo con un ribete dorado.

VII

LA actitud de los individuos que encuentran a una muchacha en su dormitorio varía según los caracteres. A unos les agrada. A otros no. A mí no me gusta. Esto debe atribuirse a algún toque de mezcla puritana en la sangre de los Wooster. Me erguí, censuratorio, y dirigí una severa mirada hacia el lecho. Una mirada inútil, desde luego, porque estábamos totalmente a oscuras.

—¿Qué… qu… qué…?

—No pasa nada.

—¿Nada?

—Nada.

—¡Oh! —dije.

No oculto que lo dije con acritud. A propósito.

Me incliné para recoger la bujía y en el acto exhalé un grito.

—No chilles así.

—¡Hay un cadáver en el suelo!

—No lo hay. Lo habría visto yo.

—Te digo que lo hay. Me he inclinado a recoger la vela y tocado una cosa fría, inmóvil y estremecedora.

—Es mi traje de baño.

—¿Tu traje de baño?

—¿Crees que he venido en avión?

—¿Has llegado a nado desde el yate?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace media hora.

Según mi práctica y sensata costumbre, fui derecho al nudo de la cuestión, preguntando:

—¿Por qué?

Se oyó crepitar una cerilla y se encendió una bujía junto a la cama. Una vez más pude observar mi pijama y convencerme de lo muy elegante que era. Paulina tenía una tez más bien morena y aquel pijama color de heliotropo le sentaba maravillosamente. No me duelen prendas y siempre doy a cada uno lo que le corresponde.

Así, dije:

—Te sienta muy bien esa prenda.

—Gracias.

Apagó la cerilla y me miró escrutadora.

—¿Sabes, Bertie, que deberían tomarse contigo ciertas medidas?

—¿Eh?

—Deberías estar encerrado en una casa de…

—Ya lo estoy —repliqué, fría e ingeniosamente—. En la mía. Y lo que me interesa saber es lo que haces tú en ella.

Con femenil astucia, eludió la contestación.

—¿Por qué demonio se te ocurrió besarme delante de papá? No empieces a asegurarme que te arrebató mi radiante belleza. No; las cosas están bien claras y ahora comprendo por qué Sir Roderick dijo a papá que no te debía dejar andar suelto por el mundo. ¿Qué te pasó antes en el jardín? ¿Sufriste un acceso…?

Los Wooster somos acerbos cuando nos tratan así. Repuse con aspereza:

—El incidente a que aludes es fácil de explicar. Creí que era Chuffy.

—¿Quién creíste que era Chuffy?

—Tu padre.

—Si tratas de insinuar que Marmaduke se parece a papá, estás más loco que un cencerro —dijo ella, con tanto calor como yo.

Comprendí que no era gran admiradora de la apostura de su padre, y no me pareció descabellada su opinión.

—Además —siguió—, no entiendo lo que quieres dar a entender.

Yo me expliqué:

—Quería que Chuffy, viéndome abrazarte, ardiese en generoso fuego y resolviese declararse a ti, por el temor de perderte en caso de no hacerlo.

La joven se suavizó.

—No tratarás de decirme que eso se te ocurrió a ti, ¿eh?

—Se me ocurrió a mí —repliqué, algo embarazado—. No comprendo esa manía de todos de creer que no puedo tener ideas sin ayuda de Jeeves.

—Pues entonces fuiste muy amable.

—Los Wooster somos amables, amabilísimos, cuando está en juego la dicha de un camarada.

—Ahora comprendo por qué te dije que sí en Nueva York —murmuró ella, reflexionando—. Hay en ti una cierta dulzura, una suavidad semejante a la de un patito de lana. De no estar tan loca por Marmaduke, puede que me casara contigo, Bertie.

—¡No, no! —exclamé, con cierta alarma—. No es eso lo que quise decir.

—No, no voy a casarme contigo. Voy a casarme con Marmaduke. Por eso estoy aquí.

—Hablemos de eso —repuse—. Ya volvemos al punto sobre el cual deseo explicaciones. ¿Por qué diablos has venido a nado desde el yate? ¿Por qué has invadido mi hogar? ¿Por qué?

—Porque necesitaba estar en algún sitio hasta que encontrase ropas. No iba a ir a

casa de Marmaduke en traje de baño.

Comencé a comprender el curso de sus ideas.

—¿Vienes a reunirte con Chuffy?

—Claro. Mi padre me retenía prisionera en el yate, y esta noche tu criado Jeeves…

—Mi ex criado Jeeves —precisé.

—Eso. Tu ex criado Jeeves llegó con una carta de Marmaduke. ¡Ay, muchacho!

—¿Qué quieres decir con «¡Ay, muchacho!»?

—¡Qué carta! Lloré tanto como para llenar un cubo.

—Una carta ardorosa, ¿eh?

—Hermosísima. Muy poética.

—¿Sí?

—Sí.

—¿La carta?

—Sí.

—¿La carta de Chuffy?

—Sí. ¿Por qué te extrañas?

Me sentía extrañado, en efecto. El buen Chuffy era un gran chico, pero yo no juzgaba que su punto fuerte fuese el escribir tales cartas. Claro que no había que olvidar el hecho de que, en general, siempre que él y yo nos veíamos, Chuffy consagraba sus actividades a comer chuletas o a maldecir caballos por no correr bastante de prisa. En esas ocasiones el lado poético de un hombre queda escondido.

—Así que la carta te conmovió, ¿eh?

—Más que conmoverme. He comprendido que no puedo pasar un solo día sin verle. ¿De quién es ese poema en que una mujer espera a su amante, que es un genio o un demonio?

—Jeeves debe saberlo.

—De seguro. Por cierto que ese Jeeves es simpatiquísimo.

—¿Te has franqueado con él?

—Sí. Y le dije que iba a venir aquí…

—¿No procuró impedírtelo?

—Al contrario. Me estimuló a ello.

—¿Es posible?

—Me gustaría que le hubieses visto entonces. ¡Una sonrisa más amable! Aseguró que a ti te encantaría ayudarme.

—¿Sí?

—Te elogió mucho.

—¿Sí?

—Mucho. Recuerdo bien sus palabras: «El señor Wooster, señorita, acaso

mentalmente sea poco apreciable, pero tiene un corazón de oro». Me lo dijo así mientras me descolgaba por la borda con una cuerda, después de cerciorarse de que no había peligro a nuestro alrededor. Yo no podía tirarme de cabeza, porque el ruido del agua…

Me mordí los labios, disgustado.

—¿Qué diablos quiso Jeeves insinuar con eso de «mentalmente poco apreciable»?

—Es fácil de comprender. Que tienes la cabeza a pájaros.

—¡Ah… hum!

—¿Estás constipado?

—No estornudaba. He dicho «¡Ah… hum!».

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repuse, muy molesto—. ¿Qué menos puede uno decir que «¡Ah… hum!» cuando el ex criado de uno se dedica a contar a la gente que uno es mentalmente poco apreciable?

—Pero añadió que tenías un corazón de oro.

—No hace al caso el corazón de oro. La cosa es que mi criado, mi ex criado, el hombre a quien he considerado tiempo y tiempo más como una persona de la familia que como un sirviente, se dedica a decir al prójimo que soy mentalmente poco apreciable, y además me llena la alcoba de mujeres…

—¡Bertie! ¿Estás enfadado?

—¡Enfadado!

—Me lo parecía. Y no veo el motivo. Creo que debía satisfacerte poder prestarme tu ayuda para reunirme con el hombre a quien amo. Puesto que tienes ese corazón de oro…

—Aquí no tiene nada que ver mi corazón de oro. Hay muchas personas que tienen un corazón de oro y se sentirían muy indignadas encontrando en su alcoba a una muchacha, a estas horas de la noche. Porque lo que ni tú ni Jeeves habéis considerado al trazar vuestros insanos proyectos, es que yo tengo una reputación que conservar y un nombre inmaculado al que he de mantener en su prístina pureza. Y eso no es fácil de conseguirlo cuando hay muchachas que irrumpen en el cuarto de uno a medianoche, sin pedir permiso siquiera, y se apoderan de los pijamas que hallan a mano…

—¿Querías que me acostase con el traje de baño, todo húmedo?

—… Muchachas que además se acuestan en la cama de uno…

—¡Ah! —exclamó Paulina—. ¿Sabes lo que me recuerda eso? El cuento de los tres osos. ¿No te lo contaron de niño? ¿No era el oso grande el que decía: «Hay alguien en mi cama…»?

Fruncí, meditabundo, el entrecejo.

—Creo que se hablaba algo de un potaje. «¿Quién se ha comido mi potaje?».

—Tengo la seguridad de que se trataba de una cama.

—¿De una cama? No recuerdo ninguna cama. En cambio, de lo del potaje, estoy absolutamente… Pero ya nos alejamos de lo esencial. Estaba diciéndote que un soltero de reputación íntegra, como yo, es natural que se quede atónito al encontrar en su lecho muchachas vestidas con pijamas de color heliotropo.

—Pues me has dicho que me sentaba bien.

—Y es verdad.

—Que estaba guapa con él.

—Estás guapa con él, pero otra vez esquivas lo importante. Lo importante es…

—¿Cuántas cosas importantes encuentras tú en esto? Llevo contadas lo menos una docena.

—Hay una sola, que me estoy esforzando en hacerte comprender. Hablando en plata, dime lo que pensaría la gente si te encontrasen aquí.

—Pero no me encontrarán.

—¿Lo crees así? ¿Y Brinkley?

—¿Quién es Brinkley?

—Mi criado.

—¿Tu ex criado?

—Mi nuevo criado. Mañana a las nueve me traerá el té.

—No veo ningún mal en eso.

—Lo traerá a este cuarto. Se acercará al lecho. Lo pondrá sobre la mesilla.

—¿Para qué?

—Para que yo tenga bien a mano la taza.

—¡Ah! Quieres decir que pondrá el té sobre la mesilla. Creí que era el lecho lo que iba a poner sobre ella.

—No he dicho tal cosa.

—Lo has dicho. ¡Y muy claramente!

Traté de hacer entrar en razón a la muchacha.

—Escucha, hija, Brinkley no es un patán. Es un sirviente educado y nunca se tomaría la libertad de poner un lecho encima de una mesilla de noche. ¿Y por qué había de hacerlo? Ni siquiera se le ocurrirá tal idea. Porque…

Ella interrumpió mi razonamiento.

—Espera un poco. ¡Tanto hablar sobre Brinkley y aquí no hay ningún Brinkley!

—Hay un Brinkley. Y que un Brinkley entre a las nueve de la mañana con el desayuno, y te encuentre en la cama, es cosa susceptible de promover un escándalo que haga vacilar a la Humanidad sobre sus cimientos.

—Quiero decirte que ese Brinkley no está en la casa.

—Sí está en la casa.

—Pues entonces debe ser sordo. He hecho suficiente ruido para despertar a seis

criados a la vez. Además de haber roto el cristal de una ventana de un cuarto trasero…

—¿Has roto el cristal de una ventana?

—¿Cómo iba a entrar, si no? Es la ventana de una especie de alcoba del piso bajo.

—El dormitorio de Brinkley.

—Pues no estaba allí.

—¿Cómo demonios no va a estar? Le di permiso para pasar la velada fuera, pero no la noche.

—Ya comprendo. Se habrá emborrachado en algún sitio y no volverá en varios días. Papá tenía un criado que hizo eso una vez. La tarde de un 4 de abril salió con permiso de nuestra casa de la calle 67, en Nueva York, vistiendo sombrero «Derby», guantes grises y un traje nuevo, y la primera noticia que tuvimos de él fue un telegrama expedido el 10, en Portland, Oregón, diciendo que se había retrasado algo y volvería pronto. Eso debe pasarle a Brinkley.

Confieso que la sugestión me pareció no poco confortadora.

—Esperémoslo así —dije—. Realmente, si trata de ahogar todas sus penas en vino, necesitará para ahogarlas semanas enteras. Porque, a juzgar por su cara…

—Ya ves que estás haciendo un monte de lo que no merece la pena. Como siempre digo yo…

Pero no tuve el placer de oír lo que siempre decía ella. Porque en aquel momento se interrumpió, lanzando un grito agudo. Habían llamado a la puerta de la casa.

VIII

Permanecimos silenciosos, mirándonos en consternada sorpresa, petrificados, sintiéndonos perdidos, solos en aquel piso de una casa de Chuffnell Regis. El temible sonido, surgiendo insólito, en medio de la tranquila noche de verano, era bastante para extinguir una charla en los labios del más valiente. Y lo que más ingrato lo hacía para nosotros dos era que entrambos, simultáneamente, habíamos llegado a la misma y lúgubre conclusión.

—¡Es papá! —cuchicheó Paulina. Y extinguió con los dedos la llama de la vela.

—¿Por qué apagas? —dije, algo mohíno, sintiéndome aún más a disgusto en la oscuridad.

—Para que no vea la luz por la ventana. Si cree que estás durmiendo, acaso se marche.

—¡Vaya una esperanza! —contesté al oír que la llamada, tras una breve interrupción, se repetía apremiante.

—Más vale que bajes —dijo la muchacha, con voz contenida—. ¿O no sería mejor —añadió, con repentina animación— volcarle encima un cubo de agua desde la ventana de la escalera?

Me estremecí. La muchacha había hecho la sugestión como si fuese una de sus mejores y más brillantes ocurrencias. Comprendí de pronto lo que una muchacha de aquel temperamento y personalidad entendía por ser hospitalaria. Y parecióme evocar bajito yo oyera o leyese sobre la inquietud que domina a la generación juvenil.

—¡No sueñes en ello! —cuchicheé—. Expulsa de tu mente ese pensamiento para siempre y en definitiva.

Porque un J. Washburn Stoker enjuto y buscando a su hija descarriada, era cosa bastante grave de por sí sola. Aumentar su acritud mediante un cubo de H2O vaciado en su cabeza, ofrecía una perspectiva que no quise afrontarla. Bien sabían los dioses que no me halagaba el proyecto de pasar la velada con tal hombre, pero si para evitar esto iba su amado retoño a calarle hasta los huesos, debiendo luego esperar ambos a que él echase los muros abajo y nos encontrara, parecióme muy preferible aceptar lo primero.

—Tengo que recibirle —dije.

—Ándate con cuidado.

—¿Cómo?

—Con cuidado. Claro que quizá venga sin escopeta…

—¿Podrías decirme exactamente qué posibilidades hay de que venga con o sin arma? —dije tragando saliva.

La joven reflexionó.

—Estoy tratando de recordar si papá es meridional o no.

—¿Por qué?

—Sé que ha nacido en un sitio llamado Carterville, pero no me acuerdo de si es Carterville de Kentucky o Canterville de Massachusetts.

—¿Qué demonios importa una cosa u otra?

—Es que si papá es meridional y tú mancillas el honor de una familia meridional, te pegará un tiro.

—¿Consideraría tu padre mancillado el honor de su familia encontrándote aquí?

—Creo que no tendría más remedio.

No pude dejar de sentirme acorde con ella. Era evidente que un puritano quizá diera en considerar empañado su honor. Pero tampoco pude ponderar bien aquel extremo, porque la llamada se repitió con acrecentado ímpetu.

—¡Bien, maldita sea! —dije—. Así tu condenado padre haya nacido en un sitio u otro, no tengo más remedio que bajar y recibirle. Si no, no tardará en derribar la puerta.

—Procura no acercarte mucho a él.

—Lo procuraré.

—De joven era un gran luchador.

—No hace falta que me cuentes más cosas acerca de tu padre.

—Es para que te cuides de no caer entre sus manos. ¿Hay algún sitio donde yo pueda esconderme?

—No.

—¿Y por qué no?

—No lo sé —repuse, con cierta violencia—. No es costumbre construir casas de éstas con habitaciones secretas y galerías subterráneas. Cuando me oigas abrir la puerta, suspende hasta la respiración.

—¿Quieres que me asfixie?

Un Wooster no es capaz de expresar verbalmente una sugestión así, pero confieso que la idea me pareció excepcionalmente buena. Sin contestar, bajé los escalones y me dirigí a la puerta. Abrí con la mayor precaución, sin soltar la cadena.

—¡Hola! —dije—. ¿Qué hay?

Creo que jamás ha sentido ser alguno el alivio de espíritu que descendió sobre mí un momento después.

—¡Hola! —dijo una voz—. ¿Por qué tarda tanto? ¿Qué le ocurre, joven? ¿Está sordo o qué?

La voz no sonaba precisamente muy musical, ya que era gruesa y un tanto ronca. De ser yo propietario de aquella voz, probablemente hubiera hecho que me reconociesen las amígdalas. Pero poseía un supremo mérito que contrabalanceaba sus demás defectos. No era la voz de J. Washburn Stoker.

—Lo siento mucho —dije—, pero estaba pensando en mis cosas. Una especie de

meditación, ¿sabe?

La voz habló otra vez, no sin una agradable suavización.

—Perdóneme, señor. Creí que era usted el joven Brinkley.

—Brinkley ha salido —respondí, pensando que, de haber estado mi criado ya de vuelta, me gustaría decirle unas palabritas sobre las horas a que recibía a sus amistades—. ¿Quién es usted?

—El sargento Voules, señor.

Abrí la puerta. A pesar de la oscuridad pude reconocer muy bien al brazo de la ley. Aquel Voules era de una estructura semejante a la de Albert Hall: mucha dimensión por el medio y muy poca cosa por arriba.

—Bien, bien, sargento —dije.

Despreocupado, bonachón. Como si en la cabeza de Bertram no hubiese otra cosa que el cabello.

—¿En qué puedo servirle, sargento?

Mis ojos, que empezaban a habituarse a la oscuridad, descubrieron otros interesantes objetos cercanos. Uno de ellos era un segundo policía, alto, delgado y nervudo.

—Mi sobrino, el guardia Dobson.

Yo no me sentía muy animado a tener una reunión en aquel momento, y pensé que si el sargento deseaba presentarme a su familia y que todos nos tratásemos como camaradas, bien podía haber elegido otra ocasión; pero aun así hice un ademán amable e incliné levemente la cabeza ante el joven diciendo: «Bien, Dobson», y hasta creo que comentando algo a propósito de que hacía una buena noche.

Mas resultó que allí no se trataba de una reunión de placer.

—¿No ha notado usted que hay un cristal roto en una ventana, señor Wooster? Mi sobrino lo ha descubierto y me ha parecido oportuno acudir y practicar investigaciones. Es una ventana del piso bajo. Está roto un cristal entero.

—¡Ah, sí! —dije indiferente—. Ese bestia de Brinkley lo rompió ayer.

—¿De modo que ya lo sabía, señor?

—Sí, sí, ¡Sí! Claro, claro, sargento.

—Yo no soy quién para meterme en sus cosas, señor; pero permítame decirle que por esa ventana puede entrar algún merodeador.

El ciudadano guardia intervino:

—Me ha parecido ver entrar a uno, tío Ted…

—¡Cómo! ¿Y por qué no me lo has dicho antes, cabezota? Y no me llames tío Ted estando de servicio.

—Está bien, tío Ted.

—Conviene que nos deje buscar en la casa, por si acaso, señor Wooster —sugirió el sargento.

Pero a esto yo opuse el veto presidencial.

—No, sargento —dije—. Eso está completamente fuera del caso.

—Sería preferible, señor.

—Lo siento —persistí—, pero no.

Voules pareció sentirse descontento y algo ofendido.

—Como guste, señor Wooster, mas créame que está usted dificultando la acción de la policía. Y en estos tiempos se dificulta demasiado la acción de la policía. Ayer venía un artículo en el periódico sobre eso. ¿Lo ha leído?

—Iba en la página central. Y aconsejaba que no se dificultase la acción de la policía, ya que en toda la Gran Bretaña existe una alarma creciente ante el incremento de la criminalidad de los apartados distritos rurales. He recortado el artículo para ponerlo en mi álbum. Allí se dice que el número de delitos punibles ha aumentado de 13.458 en 1929 a 14.703 en 1930, con el notable aumento del 7 por 100 en crímenes de sangre. ¿Y es debido a negligencia de la policía ese grave estado de cosas?, pregunta el artículo.

No, sino a que se ponen muchas dificultades a la acción de la policía.

No cabía duda de que el sujeto era de los obtusos; Endiabladamente terco.

—Lo lamento —dije.

—Pero más lo lamentará, señor, cuando suba a su cuarto y un malhechor le degüelle.

—Deseche tan sombrías imágenes, mi querido sargento. Ahora mismo bajo de mi dormitorio y no hay ningún malhechor en él.

—Probablemente estará escondido, señor.

—Acechando el momento —corroboró el guardia Dobson.

Voule exhaló un profundo suspiro.

—Sentiría mucho, señor Wooster, que le ocurriese algún mal a un amigo tan íntimo de Su Señoría. Pero si se empeña…

—¿Qué va a suceder en un sitio como Chuffnell Regis?

—No sea tan confiado, señor. Chuffnell Regis está echándose a perder. Nunca pensé que llegara un momento en que hubiese de ver una orquesta de negros cantando coplas cómicas a un tiro de piedra del puesto de policía.

—¿Le son sospechosos los negros?

—Ha habido varias desapariciones de gallinas —dijo Voules—. Varias. Y yo tengo mis sospechas. Ea, vámonos, guardia. Puesto que se dificulta nuestra acción, no podemos hacer más que marcharnos. Buenas noches, señor Wooster.

—Buenas noches.

Cerré la puerta y volví al dormitorio. Paulina, sentada en la cama, parecía llena de congoja.

—¿Quién era?

—La policía.

—¿Qué deseaban?

—Te vieron entrar…

—¡Cuántas molestias te estoy dando, Bertie!

—No, nada. Encantado de servirte. En fin, creo que, en vista de las circunstancias, debo irme.

—¿Irte?

—En un caso así —repuse con cierta frialdad—, y no pudiendo dormir en mi alcoba, tendré que dormir en él garaje.

—¿No hay abajo un sofá?

—Sí, un sofá contemporáneo de Noé. Desembarcó con él en el Monte Ararat. Estaré más cómodo durmiendo en el coche.

—¡Ay, Bertie, qué de molestias!

Me sentí suavizado. En resumen, la pobre chica no merecía reproches. Como Chuffy dijera por la tarde, el amor es el amor.

—No te preocupes, mujer. Los Wooster sabemos soportar las fatigas cuando se trata de unir dos corazones enamorados. Pon la cabecita en la almohada, encoge tus piececitos, duérmete y no te preocupes de mí.

Sonreí afablemente, salí y, bajando las escaleras, abrí la puerta exterior y hundíme en la noche perfumada. No había andado doce yardas cuando una pesada mano cayó sobre mi hombro causándome tanto dolor mental como físico, y una forma tenebrosa dijo:

—¡Eh!

—¡Ah! —dije yo.

La forma tenebrosa se reveló entonces como el guardia Dobson, de la policía de Chuffnell Regis. En seguida me presentó excusas.

—Perdone. Creí que era usted el malhechor.

Traté de mostrarme comprensivo y amable, como un joven gran señor con la gente humilde.

—Nada, guardia, nada… Salía a dar un paseíto…

—A tomar un poco el aire, ¿eh?

—Justo. A tomar el aire, como usted sagazmente señala. ¡La casa es tan reducida!

—Mucho, señor.

—Tan ahogada…

—Sí. Buenas noches, señor.

—Buenas, guardia.

Continué mi camino, sintiéndome algo turbado. Había dejado abierta la puerta del garaje, y penetré en él, en demanda de mi coche. Me satisfacía volver a hallarme solo al fin. Sin duda en cierto sentido la compañía de Dobson podía encontrarse

interesante y grata, pero en aquella noche concreta yo hubiera preferido su ausencia. Me introduje en el coche y, recostándome, traté de acomodarme para dormir.

No puedo garantizar si lo hubiera conseguido. El punto es muy dudoso. Como coche de dos asientos, el mío no tenía defecto alguno, pero parecía increíble el número de durezas y protuberancias que sobresalían en él al tratar de convertirlo en lecho. Y no sé cómo hubiera podido descansar allí ocho horas seguidas.

De todos modos, no tuve oportunidad de hacer el ensayo. No había tenido ni el tiempo de contar veinte, para dormirme, cuando me iluminó el rostro la claridad de una linterna y una voz me ordenó que saliese.

Me incorporé.

—¡Ah, sargento! ¿Usted?

Otro encuentro embarazoso. Turbación mutua.

—¿Es usted, señor?

—Si.

—Siento molestarle.

—Nada, nada…

—No se me ocurrió que estuviese aquí.

—Quería ver si echaba un sueñecillo en el coche, sargento.

—Sí, señor Wooster.

—¡Hace una noche tan calurosa!

—Exacto, señor.

Su voz era respetuosa, pero no pude vencer la sospecha de que el hombre empezaba a parecer algo preocupado. Sin duda consideraba al buen Bertram un poco excéntrico.

—Se ahoga uno dentro de casa.

—¿Sí, señor Wooster?

—En verano duermo en el coche con frecuencia.

—¿Sí, señor Wooster?

—Buenas noches, sargento.

—Buenas noches, señor.

Ya saben lo que pasa cuando le despiertan a uno en el acto de empezar a dormirse. El hechizo se rompe, ¿entienden? Volví a acomodarme, pero pronto reparé en que todos mis esfuerzos para dormir allí serían infructuosos. Conté hasta cosa de doscientos cincuenta pero sin resultado. Era preciso encauzar el asunto en otra dirección.

Aunque yo no hubiese explorado muy detenidamente mis dominios, cierta mañana un brusco chubasco me había obligado a buscar el refugio de una especie de cobertizo o pabellón en el ángulo sudeste de la finca. Allí solía el jardinero —quien sólo acudía de vez en cuando— guardar sus herramientas, tiestos y qué sé yo qué

más. Y, o mucho me engañaba mi memoria, o en un rincón del cobertizo había una pila de sacos.

Dirán ustedes que una pila de sacos, examinada en concepto de lecho, no es precisamente cosa muy normal, y tendrán perfecta razón. Pero después de pasar media hora en el asiento de un coche pequeño, hasta los sacos se presentan como muy tentadores. Cierto que aquella pila era áspera al contacto y que allí olía mucho a ratones y a tierra cavada, mas el lugar presentaba ciertas ventajas también, como, por ejemplo, la de poder estirar las piernas. Y ello era lo que más necesitaba yo a la sazón.

A más del olor a ratones y tierra, los sacos, a los dos minutos de hallarse tendidos en ellos, pareciéronme despedir un cierto acentuado aroma, peculiar del jardinero, y no pude dejar de preguntarme si aquel aroma no era intenso en demasía. No obstante, uno se acostumbra a todo, y así, al cabo de quince minutos, semejante conjunto de perfumes me complacía ya más que lo contrario. Como a la media hora, una dulce somnolencia empezó a descender sobre mí.

Y a los treinta y cinco minutos la puerta se abrió y la tan familiar linterna brilló de nuevo.

—¡Ah! —dijo el sargento Voules.

El guardia Dobson dijo lo mismo.

Comprendí que era ya ocasión de mostrarme enérgico con aquellos dos latosos. No es que me guste dificultar la acción de la policía, pero si la policía se dedica a rondar la casa de un pacífico ciudadano interrumpiéndole siempre en el momento justo de conciliar el sueño, el dificultar su acción no es sino una cosa muy lógica.

—Bien —exclamé, con cierta aristocrática imperiosidad—. ¿Qué pasa ahora?

El guardia Dobson empezaba a describir a su tío que me había visto en la oscuridad y seguídome, cauto como un leopardo, y Voules, que era hombre que sabía hacer guardar las distancias a sus sobrinos, empezaba a su vez a contestarle que él había sido el primero en verme y en seguirme, tan leopárdicamente cauteloso como él; pero mis vigorosas palabras los redujeron a repentino silencio.

—¿Es usted otra vez, señor Wooster? —preguntó Voules con voz que me sonó un tanto extraña.

—¡Sí, lo soy, maldita sea! ¿Quieren decirme a qué viene este incesante husmear? ¡Así no es posible que le dejen dormir a uno!

—Lo siento mucho, señor. No se me ocurrió que pudiera ser usted.

—¿Por qué no?

—Porque dormir en un cobertizo…

—¿Negará usted que el cobertizo es mío?

—No, señor. Pero parece curioso…

—¿Qué hay de curioso en esto?

—El tío Ted quiere decir extraño, señor Wooster.

—Déjate de adivinar las intenciones del tío Ted. Y no me llames tío Ted estando de servicio. Queríamos decir, señor, que nos parecía algo original.

—No puedo coincidir con su opinión, sargento —expuse severamente—. Tengo derecho a dormir donde se me antoje, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Exacto. Podía haber sido en la carbonera. O a la puerta de casa. Da la casualidad de que ha sido en este cobertizo. Y ahora, sargento, le agradecería que se retirase. A este paso no voy a dormirme hasta que sea de día.

—¿Se propone pasar aquí el resto de la noche, señor?

—Ciertamente. ¿Por qué no?

La victoria era mía. Voules quedó desconcertado.

—Desde luego, no veo razón para que, si lo desea… Pero me parece…

—Extraño —dijo Dobson.

—Original —dijo Voules—. Me parece original que, teniendo usted una cama…

Le interrumpí en seco, harto ya.

—No soporto las camas. Las odio. No las he tolerado nunca.

—Bien, señor. —E hizo una pausa—. Ha hecho un día muy caluroso, ¿verdad?

—Mucho.

—Mi sobrino ha estado a punto de coger una insolación. ¿Verdad, guardia?

—Sí —dijo Dobson.

—Llegó a casa con la cabeza loca.

—¿Sí?

—Sí. Casi desbarraba.

Resolví explicarle sin exceso de brusquedad que la madrugada no era momento oportuno para tratar de la salud de su sobrino.

—Otro día me hablará del estado clínico de toda su familia —indiqué—. De momento deseo quedar solo.

—Sí, señor. Buenas noches, señor.

—Buenas noches, sargento.

—¿Me permite preguntarle, señor, si no siente una especie de ardor en las sienes?

—No entiendo.

—¿No le duele la cabeza, señor?

—¡Ya empieza a dolerme!

—¡Ah! Muy bien, muy bien. Le repito las buenas noches, señor.

—Buenas noches, sargento.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches, guardia.

—Buenas noches, señor.

Cerraron la puerta suavemente. Les oí cuchichear durante unos segundos, como dos especialistas que se consultan en voz baja a la puerta de un enfermo. Luego parecieron alejarse, porque todo quedó silencioso. Sólo se oía el romper de las olas en la orilla. Y por Dios que aquel rumor ejercía un efecto tan sedante que, a los diez minutos de empezar a hacerme a la idea de no poder conciliar el sueño más en mi vida, me dormí tan dulcemente como un niño chupando el biberón.

Pero no por largo rato. ¿Cómo podría suceder ello en Chuffnell Regis, una aldea que contenía más investigadores por pie cuadrado que cualquier otro lugar de Inglaterra? Mis primeros recuerdos posteriores a dormirme sobrevinieron cuando me sentí cogido por un brazo.

Me incorporé. Allí estaba otra vez la linterna de marras.

—¡Escuchen…! —empecé, con generoso brío.

Pero las palabras se helaron en mi boca. El tipo que me sujetaba el brazo era Chuffy.

IX

Con razón puede afirmarse de Bertram Wooster que es hombre que siempre acoge a sus amigos con la sonrisa en los labios y un espíritu afable. Pero, si bien esto es correcto, hago una excepción: que las circunstancias sean adecuadas. Y en la ocasión presente no lo eran. Cuando la prometida de un antiguo compañero está embotellada en la cama de uno, y tiene puesto el pijama de uno, no se puede acoger a ese antiguo compañero con amistoso abandono si el antiguo compañero surge en la vecindad de uno.

Por tanto no le recibí con afabilidad, ni aun pude esbozar una sonrisa. Miré al tipo, preguntándome cómo estaría allí, cuánto tiempo se propondría permanecer y qué número de probabilidades habría de que Paulina, abriendo de pronto la ventana, me diese una voz pidiéndome que acudiese a librarla de un ratón o cosa de este orden.

Chuffy se inclinaba sobre mí como quien se inclina sobre un enfermo. Al fondo, Voules se movía con el talento de una experta enfermera. El guardia Dobson se había desvanecido. Pensar que hubiera muerto era una perspectiva demasiado lisonjera, y en consecuencia di por hecho que se le había reproducido la insolación.

—No te preocupes, Bertie —dijo Chuffy, afectuoso—. Soy yo, muchacho.

—Encontré a Lord Chuffy junto a la bahía —explicó el sargento.

Comprendí lo sucedido. Cuando uno es un enamorado del calibre de Chuffy, no se conforma con menos de pasar las noches al pie de la ventana de su dulce tormento. Y si el dulce tormento está en un yate anclado en medio de una bahía, no hay más medio de acercarse a su ventana que andar por la playa, infectando de amor las aguas próximas. Todo justo y natural, pero en las actuales circunstancias endiabladamente inoportuno, por no decir otra cosa peor. Y lo que me enojaba más era pensar que, de haber ido Chuffy a la orilla un poco antes, hubiese encontrado a su amada en el acto de arribar a tierra, librándonos a todos de las dificultades ulteriores.

—El sargento estaba inquieto por ti, Bertie. Le pareció que procedías de un modo raro. Así que me trajo para echarte una ojeadita. ¡Una ocurrencia muy sensata, Voules!

—Gracias, Milord.

—Una decisión lógica.

—Gracias, Milord.

—No podía haber hecho nada más acertado.

—Gracias, Milord.

Yo estaba harto de oírlos.

—Y así que has sufrido una insolación, ¿eh, Bertie?

—No he sufrido ninguna condenada insolación.

—Pues Voules cree que sí.

—Voules es un borrico.

—Perdón, señor —dijo el sargento, notoriamente tascando el freno—, pero usted mismo me dijo que le dolía la cabeza, y yo deduje que tenía el cerebro alterado.

—Exacto —ratificó Chuffy—. Que estabas un poco fuera de seso, ¿comprendes? Porque, ¿qué otra cosa puede significar el dormir aquí?

—¿Y por qué no he de dormir aquí?

Chuffy y Voules cambiaron una mirada de inteligencia.

—Porque tienes una alcoba. Una buena alcoba, ¿verdad? ¿No es cierto que estarás más a gusto en tu camita?

Los Wooster poseemos gran agilidad mental. Comprendí que urgía explicar mi situación.

—Es que hay una araña en mi dormitorio…

—Una araña, ¿eh? ¿Roja?

—Roja.

—¿Con las patas largas?

—Largas.

—¿Y muy peluda?

—Muy peluda.

Los rayos de la linterna iluminaban el rostro de Chuffy, y yo noté en éste un sutil cambio de expresión. Un momento antes había sido el solícito doctor Chuffnell, muy preocupado por el paciente que visitaba. A la sazón sonrió desagradablemente, y, levantándose, llevóse aparte a Voules y le dijo unas palabras que me hicieron comprender que mi amigo daba al caso una interpretación muy errónea.

—No le pasa nada, sargento. Es que está más bebido que una cuba.

—Sin duda, Chuffy creía hablar a media voz, pero yo percibí sus palabras, así como la réplica del sargento.

—¿Cree usted, Milord? —dijo Voules, con el tono propio de un sargento cuando todas las cosas se le aparecen repentinamente claras.

—Eso es todo. Está borracho. ¿No ha notado lo turbios que tiene los ojos?

—Sí, Milord…

—Yo le he visto así otra vez. Una noche, en Oxford, después de una cena muy animada, insistió en asegurar que era una sirena, y quería meterse en el estanque y tocar el arpa.

—Ya se sabe lo que son los jóvenes —manifestó Voules, con la voz indulgente de un hombre de mente comprensiva.

—Tenemos que llevarle a la cama. Me incorporé. Abrumado de horror. Temblando como una hoja…

—¡No quiero irme a la cama!

Chuffy me dio en el brazo una palmada afectuosa.

—No te preocupes, Bertie. No es raro que te hayas asustado. Es una araña bestialmente grande. Bastante para asustar a cualquiera. Pero ahora Voules y yo iremos a tu cuarto y la mataremos. ¿No le asustan las arañas, verdad, Voules?

—No, Milord.

—¿Oyes, Bertie? Voules te defenderá. Voules se atreve con cualquier araña. ¿Cuántas me dijo usted que aplastó una vez en la India, Voules?

—Noventa y seis, Milord.

—Y grandes, si no recuerdo mal.

—Inmensas, Milord.

—Ea, Bertie, ya ves que no hay motivo de susto. Tómele por este brazo, sargento. Yo le sostendré por el otro. No te esfuerces en andar derecho, Bertie. Nosotros te ayudaremos.

Pensando ahora en el caso, no estoy seguro de haber acertado en la decisión que tomé en tal coyuntura. Quizás unas cuantas palabras inteligentes hubiesen aclarado las cosas. Pero ya saben lo que pasa con esas palabras: nunca se le ocurren a uno cuando se necesitan.

En consecuencia, al sentir la zarpa del sargento en mi brazo, le asesté un golpe en el estómago y me lancé a la carrera en busca del campo libre.

Pero no es fácil desarrollar una velocidad muy elevada en un cobertizo lleno de útiles de jardinero. Seguramente había media docena de cosas susceptibles de hacerme tropezar y caer. Y la que detuvo mi fuga fue concretamente una regadera. Me desplomé con fragoroso estrépito, y cuando la razón hubo recuperado su trono, me hallé conducido, en la noche de verano, en dirección a casa. Chuffy me sostenía por los sobacos y Voules por los pies. Y, en esta forma, cruzamos el umbral y subimos las escaleras. Sin que la situación fuese precisamente humillante, se acercaba a ello lo suficiente para herir con profundidad mi *amour propre*.

Pero de momento yo no pensaba en *amour propre* alguno, sino en lo que ocurriría cuando Chuffy, abriendo la alcoba, descubriese lo que ésta contenía.

—Chuffy —dije con emoción—: ¡no entremos ahí!

Pero no es fácil hablar persuasivamente cuando le llevan a uno con la cabeza colgando hacia atrás y la lengua, por tanto, tropieza con las muelas. De modo que mis palabras no fueron sino sonidos inarticulados, que Chuffy interpretó equivocadamente.

—Ya lo sé, ya —dijo—. No importa. Ahora mismo te pondremos cómodo, ¿eh?

Su acento me pareció ofensivo, y así se lo hubiera dicho de no haber el asombro disipado, valga la frase, toda palabra en mis labios. Porque los dos me habían dejado caer de golpe en la cama, y allí no se encontraba otra cosa que una manta y una almohada. De muchachas con pijamas de color de helio tropo no había ni rastro.

Chuffy encendió la bujía. Miré a mi alrededor.

Paulina había desaparecido completamente. Sin dejar tras ella restos del naufragio, como Jeeves dijo una vez no sé sobre qué. Muy notable.

Chuffy despidió a su auxiliar.

—Gracias, sargento. Ahora ya me arreglaré solo.

—¿Está usted seguro, Milord?

—Sí. En estas ocasiones se duerme en seguida.

—Entonces me voy, Milord. Es algo tarde ya.

—Eso: váyase. Buenas noches.

—Buenas noches, Milord.

El sargento bajó las escaleras, con tanto cuidado como si fuesen dos sargentos a la vez y Chuffy, afectuoso como una madre inclinada sobre su hijo dormido, me quitó las botas.

—¡Aja! —dijo—. Ahora estáte tranquilo, Bertie, y a dormir. ¡A dormir, hijito!

Me he preguntado a menudo si no debía yo haber expresado en alta voz mi desaprobación de aquel tono, insufriblemente protector, con que me llamó «hijito». De momento me dije que era inútil expresar mi opinión si no encontraba una frase reciamente mordaz, y estaba pensando cuál sería la indicada, cuando la puerta de una amplia alacena que había fuera de la alcoba, se abrió, y Paulina entró en la estancia tan despreocupadamente como si no tuviese una sola inquietud en su vida. Incluso parecía de muy buen humor.

—¡Qué noche, Bertie! —dijo riendo—. ¡Y qué visita tan inoportuna! ¿Quiénes eran esos hombres que acabo de oír bajar? —Y entonces avistó de pronto a Chuffy, emitió un sonido jadeante y la luz del amor se encendió en sus ojos como si alguien hubiera dado vuelta a un conmutador.

—¡Oh, Marmaduke! —exclamó, mirándole asombrada.

Pero quien estaba asombrado en realidad era mi pobre amigo. He visto gente asombrada en mi vida, pero nadie se acercaba ni en una milla al asombro de Chuffy. Sus cejas se arqueaban indefinidamente, su boca se abría como un inmenso buzón y los ojos le salían dos pulgadas cada uno de sus respectivas órbitas. Se esforzó en hablar, pero fracasó lamentablemente. Nada emanó de su boca, salvo un sibilante sonido no tan fuerte como el que surge de la radio cuando uno gira demasiado de prisa el botón, pero sí muy semejante.

Entretanto, Paulina avanzaba cual si fuese la mujer a punto de reunirse con el demonio o genio a quien ama, y en el noble pecho de Wooster nació una tierna piedad por la muchacha. Quiero decir que, según cualquier observador hubiese podido advertir, Paulina enfocaba la situación de un modo totalmente falso. Yo leía en Chuffy como en un libro y veía claramente que su novia se engañaba del todo en lo que creía ser su emoción al hallarla. Aquel sonido de Chuffy no era una exclamación de amor, como ella parecía creer, sino el severo y censuratorio gruñido del hombre

que encuentra a su prometida en la habitación de un tercero, vistiendo un pijama de color heliotropo. O sea que se sentía herido en el corazón, desgarrada el alma, abrumado de angustia.

Pero la pobre boba no comprendía que, dadas las circunstancias, el placer que ella sentía viéndole podía no ser retribuido con análogo placer por parte de Chuffy. Y por tanto, cuando él, cruzándose de brazos, dio un paso atrás y la miró con expresión sarcástica, dijérase que la había golpeado en la frente con un ardiente tizón. El resplandor de la faz de Paulina se apagó y en toda ella exteriorizóse la expresión lastimada y sufriente de una bailarina que, ejecutando descalza la danza de Salomé, se clava una tachuela que hubiera en el suelo.

—¡Marmaduke! —exclamó.

Chuffy repitió el silbido de antes.

—¡Ah! —dijo, recobrando al fin el habla, si a aquello podía llamársele hablar.

—¿Qué? ¿Por qué te pones así?

Me pareció oportuno mediar. Habíame levantado del lecho al entrar Paulina, y llevaba un rato ponderando la conveniencia de emprender la fuga en busca del campo libre. Pero, en parte opinando que era impropio de un Wooster huir en tal coyuntura, y en parte acordándome de que Chuffy me había quitado las botas, me quedé. E intervine con unas cuantas palabras adecuadas.

—En una ocasión como ésta, Chuffy —dije—, no necesitas tener sino sencillamente fe, muchacho. El poeta Tennyson asegura…

—¡Cállate! —conminó Chuffy—. No me interesa oírte.

—Bueno —repuse—. Pero acuérdate de que vale más tener fe que sangre normanda en las venas. Y esa verdad no la puedes negar.

Paulina parecía algo desconcertada.

—¿Fe? ¿Qué…? ¡Oh! —se interrumpió de pronto.

Su rostro se había puesto carmesí.

—¡Oh! —repitió.

Y sus mejillas se encendieron. No era ya el pudor lo que las sonrojaba. El primer «¡Oh!», según yo entendí, se refería a la natural vergüenza de una muchacha que es sorprendida en pijama y en una situación equívoca. Pero el «¡Oh!» número dos era el de una mujer más furiosa que una avispa.

Ya saben lo que pasa, ¿no? Una chica sensitiva y muy animosa se lanza a una endiablada empresa para reunirse con el tipo a quien ama, y en el curso de su aventura abandona yates, nada a través de aguas condenadamente frías y se introduce en casas, se adueña de pijamas ajenos y luego, al llegar al fin de su viaje, por decirlo así, cuando espera dulces sonrisas y tiernas palabras a media voz, halla fruncimientos de cejas, labios desdeñosos, ojos delatores de desconfianza y, en una palabra, la oca. Naturalmente, una muchacha en tal situación se siente algo trastornada.

—¡Oh! —dijo por tercera vez, rechinando los dientes de un modo muy desagradable—. ¿De modo que te figuras…?

Chuffy meneó la cabeza con impaciencia.

—No.

—¡Que no!

—No.

—Sí, te lo figuras.

—No —persistió Chuffy—. Bien sé que Bertie ha sido…

—Escrupulosamente correcto en su conducta —sugerí.

—… ha sido hallado durmiendo en un cobertizo del jardín —dijo Chuffy (y les aseguro que su versión me pareció mucho menos elevada que la mía)—. Pero no se trata de eso. Se trata de que, a pesar de ser mi novia y fingir esta tarde que estabas satisfechísima de serlo, tanto quieres aún a Bertie que no puedes permanecer lejos de su lado. Crees que no sé que fuisteis novios en Nueva York, pero estoy enterado de todo. No es que me queje —agregó con voz semejante a la de san Sebastián en el acto de recibir la decimoquinta flecha—. Tienes el derecho de amar a quien te se antoje…

—A quien se te antoje —corregí yo, que por influencia de Jeeves soy muy puritano en cuestión de gramática.

—¡Cállate!

—Sí, sí…

—No haces más que meter el cuezo en…

—Lo siento, lo siento. No lo repetiré.

Chuffy, tras mirarme con tal expresión como si anhelara agredirme con un instrumento cortante, miró a Paulina como si deseara agredirla con otro instrumento análogo.

—Pero… —dijo Chuffy.

Se detuvo y añadió, algo confuso:

—Me has hecho olvidar lo que iba a decir.

Paulina saltó al palenque. Seguía enfurecida aún y sus ojos despedían relámpagos. Los ojos de tía Ágata suelen relampaguear así cuando se empeña en abordarme a raíz de alguna cosa que ella imagina —sin razón— ser un disparate mío. El radiante amor de antes se había disipado del rostro de la muchacha.

—Pues ahora vas a oírme a mí. Supongo que no tendrás inconveniente en escucharme.

—Ninguno —repuso Chuffy.

—Ninguno, ninguno —aseveré yo.

Paulina estaba próxima al paroxismo. Sus dedos se crisparon.

—En primer lugar estoy harta de ti.

—¿Sí?

—Sí. En segundo, no quiero volver a verte ni en este mundo ni en el otro.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. Te aborrezco. No quiero verte más delante de mí. Eres más cerdo que todos los cerdos que crías en tu puerca casa.

La observación me interesó.

—No sabía que criases cerdos, Chuffy.

—Cerdos negros, del Berkshire —contestó Chuffy, distraídamente—. Si ésa es tu última palabra…

—Los cerdos dan muchas ganancias, Chuffy.

—Sí —continuó Chuffy—. Si no opinas de ese modo está bien…

—¡Ya lo creo que está bien!

—Pues bien: está bien.

—Sí, porque mi tío Enrique…

—¡Bertie! —dijo Chuffy.

—¿Qué?

—No me interesa hablar de tu tío Enrique. No quiero nada con tu tío Enrique. Si tu condenado tío Enrique resbala y se rompe el cráneo, me tendrá completamente sin cuidado.

—Ya no puede ser, chico. Murió hace tres años. Sólo iba a decirte que también criaba cerdos. Y ganaba mucho.

—¿Quieres callarte?

—Y tú también —saltó Paulina—. ¿Vas a pasar la noche aquí? ¿Por qué no te largas?

—Eso voy a hacer.

—Pues hazlo.

—Buenas noches —murmuró Chuffy.

Se dirigió a la meseta de la escalera.

—Pero antes he de decir una última palabra… —manifestó iniciando un amplio y apasionado ademán.

Sólo que uno no puede hacer tales amplios ademanes en esas antiguas casas pueblerinas. Los nudillos del pobre hombre tropezaron en una viga saliente, dio una pirueta de congoja al borde del primer peldaño, se balanceó y un instante después rodaba las escaleras, camino del piso bajo, como un saco de carbón. Paulina, corriendo a la barandilla, miró.

—¿Te has hecho daño? —dijo.

—¡Sí! —aulló Chuffy.

—Me alegro —declaró Paulina.

Volvió a entrar en el dormitorio. Y la puerta de la casa se cerró con un portazo que parecía el estallido de un abrumado corazón.

X

Exhalé un profundo suspiro. La marcha de la mitad del elemento masculino antes presente, parecía haber despejado la atmósfera de la habitación. Chuffy había sido siempre un gran camarada, pero durante la reciente escena no me pareció amistoso en exceso. No hubo un instante, mientras nos acompañó, en que yo no sintiera lo que debió sentir Daniel en la cueva de los leones.

Paulina respiraba con fuerza. No diré que gruñía, pero desde luego se acercaba mucho al borde de tal posibilidad. Sus ojos brillaban con dureza. Estaba profundamente airada. Recogió el traje de baño.

—Sal, Bertie —dijo.

Yo esperaba una plática tranquila, un examen de los diversos puntos pendientes, un acuerdo sobre lo que convenía hacer a continuación.

—Escucha…

—Necesito mudarme.

—¿De qué?

—Ponerme el traje de baño.

—¿Por qué? —dije sin comprenderla.

—Porque me voy a ir nadando.

—¿Nadando?

—Nadando.

Quedé atónito.

—¿Vas a volver al yate?

—Voy a volver al yate.

—Yo quería hablarte de Chuffy.

—Y yo no quiero volver a oír su nombre.

Juzgué oportuno obrar como prudente componedor.

—¡Vamos, vamos!

—¿Adónde?

—Al decir «¡Vamos!», quiero indicar que no es posible que despidas en definitiva al pobre chico por una pequeña riña de enamorados.

Me miró de un modo inquietante.

—¿Qué has dicho? Repite, por favor, las tres últimas palabras.

—Una riña de enamorados.

Respiró con fuerza. Volví a sentirme en la cueva de los leones.

—No creo entenderte bien —declaró.

—Quiero decir que dados: *a)* una muchacha, y *b)* un sujeto, y supuesto que algún motivo altere sus generosas naturalezas, el uno y el otro se dicen palabras que no sienten.

—Ya. Pues entérate de que he dicho cuanto sentía. Le dije que no quería verle más y no quiero. Que le aborrecía y verdaderamente le aborrezco. Que es un cerdo, y lo es.

—Me extraña eso de los cerdos de Chuffy. No sabía que los criara.

—¿Por qué no? Ellos y él son pájaros del mismo plumaje.

No me pareció que el tema de los cerdos reservase muchos más horizontes.

—¿No crees que has estado un poco dura?

—¿Yo?

—¿Y algo enérgica con Chuffy?

—¿Yo?

—¿No crees que la actitud de él es excusable?

—No.

—Entrar aquí y encontrarte, tiene que haber causado una impresión muy fuerte al pobre chico.

—Bertie…

—¿Qué?

—¿Te han dado alguna vez con una silla en la cabeza?

—No.

—Pues van a darte muy pronto.

Comprendí que Paulina no estaba de inmejorable humor.

—¡Ah, bueno!

—¿Quieres decir con eso lo mismo que con «¡Vamos!»?

—No; sólo iba a comentar que es una pena que dos corazones amantes se separen para siempre.

—¿Sí?

—Claro que si uno opina de ese modo, uno opina de ese modo; ¿eh?

—Pasemos a lo de volverte nadando. ¿No es un poco original?

—No veo que ahora me retenga nada aquí.

—No. Pero después del chapuzón de antes… Otro ahora. ¡Vas a coger un catarro!

—Y seguramente de nariz. Pero no importa.

—¿Y cómo vas a subir a bordo?

—Puedo subir por esa cosa de donde cuelgan el ancla. Lo he hecho otras veces. ¿Quieres largarte y dejarme que me mude?

Salí al rellano. Ella apareció en seguida, en traje de baño.

—No hace falta que me acompañes a la puerta.

—Sí te acompañaré, si es que realmente te vas.

—Sí, me voy.

—Puesto que te empeñas…

En la puerta advertí que el aire era frío. Sólo el pensar en las aguas de la bahía me

hizo tiritar. Pero a ella la cosa no le produjo efecto alguno. Desapareció en las tinieblas, sin una palabra, y yo subí a acostarme.

Creerán ustedes que después de mis vagabundeos por garajes y cobertizos debiera haberme dormido en el acto, pero no pude. Cuanto más lo intentaba, más se volvía mi mente al recuerdo de la tragedia en que yo participara hacía tan poco. Reconozco que me dolía el caso de Chuffy. Y el de Paulina. Sentía lástima de los dos.

Porque fíjense en las cosas. Dos tipos verdaderamente predestinados para ser el uno del otro por toda la eternidad, van y se mandan mutuamente a paseo sin causa alguna. Lamentable. Lúgubre. Y sin provecho para nadie. Cuanto más pensaba en ello, más estúpido me parecía.

Pero así era. Habían mediado palabras fuertes. Se habían interrumpido las relaciones. Todo se iba al demonio.

En tales circunstancias, el espectador simpatizante sólo tiene un remedio. Me censuré la locura de no haberlo puesto en práctica antes. Me deslicé fuera de las sábanas y bajé.

En el aparador estaba la botella de whisky, el sifón y el vaso. Me compuse un saludable brebaje y sentéme. Entonces vi en la mesa una hoja de papel.

Era una nota de Paulina y rezaba:

Querido Bertie:

Tenías razón en lo de que el agua estaba fría. No me atrevo a cruzarla a nado. Pero hay un bote junto al embarcadero, y voy a irme al yate remando. He vuelto a fin de llevarme tu gabán. Para no molestarte, he entrado por la ventana. Tendrás que despedirte de la prenda, porque, naturalmente, habré de arrojarla al mar cuando llegue a bordo. Lo siento.

Paulina

¿Ven ustedes qué estilo? Conciso. Nervioso. Delator de un corazón herido y un ánimo abrumado. La compadecí más que nunca, pero celebré a la par que se evitase un constipado a la cabeza. En cuanto al abrigo, un indiferente encogimiento de hombros, y listo. No había por qué censurarla, aunque era un gabán nuevo y a medida. Incluso me satisfizo esta actitud que adopté ante la situación.

Rompí la nota y volví a mi vaso.

No hay cosa como un w. con s., bien fuerte, para calmar los nervios. Al cuarto de hora, me sentía tan tranquilizado, que incluso pude pensar que tenía ocho probabilidades contra tres de conciliar el sueño.

Levánteme, por tanto, y ya me preparaba a trepar las escaleras cuando por segunda vez en la noche sonó una puerca llamada en la puerta exterior.

No sé si ustedes me tendrán por un hombre irascible. Creo que no. Pregunten en «Los Zánganos» y allí les dirán que, si el tiempo no lo impide, Bertram Wooster es un modelo de suavidad. Pero, cual me vi obligado a mostrar a Jeeves en el asunto del banjo, no se me puede llevar demasiado lejos. Fue, pues, con adusto ceño y severos ojos cómo a la sazón abrí la puerta. Me disponía a dar a Voules —¿quién podía ser sino él?— uno de esos rapapolvos que hacen época.

«Voules —me preparaba a decirle—: ¡basta! Esta persecución policíaca es monstruosa. No estamos en Rusia, Voules. Recuerde, Voules, que me cabe tomar cierta medidas fuertes, como, por ejemplo, enviar una carta abierta al *Times*».

Una cosa semejante me proponía decirle, y si no lo hice no se debió a flaqueza ni a piedad, sino a la circunstancia de que quien ahora llamaba no era Voules. Era J. Washburn Stoker, y me miraba con una especie de hirviente rabia contenida que, de no ser por el hecho de saber que su hija había desaparecido de mi mansión, me hubiera hecho estremecer un tanto.

Pero como tenía la certeza de la ausencia de Paulina, le afronté con serenidad.

—¿Qué hay? —dije.

Tanta fría extrañeza y tanta altivez puse en la frase, que otro hombre cualquiera hubiese retrocedido, como alcanzado por una bala. Mas J. W. S. encajó el golpe sin pestañear. De un empujón me hizo entrar en la casa, y luego me aferró por un hombro.

—¡Pronto! —ordenó.

Con glacial talante me desembaracé de su opresión. Cierto que para ello tuve que dejarle en la mano la chaqueta de mi pijama, pero el caso fue que lo conseguí.

—¿Qué dice?

—¿Y mi hija?

—¿Su hija Paulina?

—No tengo más que una hija.

—¿Y por qué me pregunta a mí donde está?

—Porque sé que está aquí.

—Y entonces, ¿por qué lo pregunta?

—¡Está aquí!

—Pues déme la chaqueta de mi pijama y llame a su hija —repuse.

Nunca he oído a un hombre rechinar los dientes con ira, y no puedo concretar si eso fue lo que hizo Stoker en aquella coyuntura. Quizá los rechinase con ira. O quizá no. Pero puedo decir con certeza que sus mandíbulas empezaron a moverse como si estuviese mascando goma. No era un espectáculo grato, más, merced a la coincidencia de que yo había puesto muy fuerte mi mezcla de soda con whisky, a fin de dormirme mejor, podía afrontar la situación con flema y fortaleza.

—¡Está en esta casa! —dijo, persistiendo en su movimiento mandibular.

—¿De que saca usted eso?

—Yo se lo diré. He estado en el cuarto de mi hija hace media hora y lo encontré vacío.

—¿Y por qué diablos supone que había de venir aquí?

—Porque sé lo idiotizada que está por usted.

—Nada de eso. Me mira como a un hermano.

—Voy a registrar la casa.

—Regístrela.

Subió las escaleras y yo volví a mi vaso. No al de antes. A otro. Juzgué que, en tales circunstancias, estaba justificada una repetición. Y a poco mi visitante bajó, manso como un cordero, después de haber ascendido como un león. Presumo que un padre que se interna, a media noche, en casa de una persona casi desconocida, en busca de una hija descarriada, y no la encuentra, debe sentirse, poco más o menos, un asno. Esto era claro para mí, y debía serlo para Stoker, porque se presentó bastante turbado y juzgué notorio que el vapor o cualquier otra que fuese la fuerza motriz de su furia, había amainado muchísimo.

—Le presento mis excusas, señor Wooster.

—No se preocupe.

—Cuando vi que Paulina no estaba, di por hecho…

—Olvídelo, señor Stoker. Son cosas que pueden ocurrirle a cualquiera. Todos cometemos errores, ¿en? ¿Quiere tomar algo antes de irse?

Me parecía prudente retenerle, para dar tiempo a Paulina a que llegase al buque. Pero Stoker no se dejó tentar. Sin duda su ánimo estaba harto confuso para pensar en bebidas.

—No puedo comprender a dónde se ha ido —dijo, con voz sorprendente por su blandura y hasta por su patetismo. Era como si Bertram se viese visitado por un viejo amigo que fuera a contarle sus cuitas. Aquel hombre parecía definitivamente traspasado. Hasta un niño hubiese hecho de él lo que quisiera. Traté de sugerirle algún consuelo.

—Habrá ido a tomar un baño.

—¿A estas horas de la noche?

—Las jóvenes hacen cosas muy raras.

—Sí; mi hija hace muchas. Por ejemplo, el estar idiotizada así por usted.

Tal aserción me pareció falta de tacto. Y sin duda hubiese yo fruncido el entrecejo de no recordar mi deseo de desengañar a Stoker, si desengañar es la palabra que quiero escribir.

—Rectifique esa idea de que su hija está fascinada por mí —dije—. ¡Si se ríe de mí sólo con verme!

—No lo parecía así esta tarde.

—¿Eso? Una cosa fraternal. Y no sucederá de nuevo.

—Más vale que no suceda —repuso él, tornando por un instante a su aspecto primitivo—. En fin, no quiero entretenerle más. Perdóneme. He sido un necio.

No le di una palmada en la espalda, pero sí esbocé el ademán.

—Nada de eso —afirmé—. Nada de eso. ¡Si yo tuviera una libra por cada vez que he hecho el necio en mi vida!

Y en tan cordiales términos nos despedimos. El se alejó por el sendero del jardín y yo, tras esperar unos diez minutos la posible llegada de alguna nueva visita de cumplido, vacié mi vaso y me marché a la alcoba.

Todo lo sucedido se conjuraba para incitar a una noche de reposo, si cabe reposar en un sitio lleno de Stoker, Paulinas, Voules, Dobson y Chuffys. Apenas me acosté, mis fatigados párpados se cerraron y quedé dormido.

Por increíble que parezca, dado lo que era la vida nocturna de Chuffnell Regis, la siguiente cosa que me despertó no fue una muchacha incorporándose en el lecho, o un padre con los ojos inyectados en sangre, o un sargento de policía batiendo el aldabón de la puerta, sino el canto de los pájaros presagiando un nuevo día.

Digo presagiando, pero de hecho eran ya las diez y media de una buena mañana de verano, y el sol, entrando a raudales por la ventana, parecía invitarme a probar qué podría yo hacer con unos huevos, una lonja de jamón y la consabida taza de café.

Báñeme apresuradamente, me afeité y descendí a la cocina lleno de *joie de vivre*.

XI

Sólo después de haber desayunado, y cuando llevaba un rato tocando el banjo en el jardín, me reprochó mi conciencia aquel optimismo matutino. Porque durante la noche se habían producido oscuras escenas. La tragedia había descendido sobre la casa. Menos de diez horas antes yo había sido testigo de un espectáculo capaz de conmover las fibras de todo hombre bondadoso, y de alejar para siempre de mi vida la luz del sol. Dos corazones amantes, uno de los cuales había sido mi compañero en Oxford, habían disputado en mi presencia, separándose para toda la eternidad. Y he aquí que yo, despreocupado y endurecido, tocaba tranquilamente en el banjo *He levantado el dedo y he dicho pin-pin*.

Malo, malo. Empecé a tocar Cuerpo y alma, y una serena tristeza se abatió sobre mí.

Había que hacer algo. Convenía tomar medidas y explorar los ámbitos de la situación.

Pero no podía ocultárseme que tal situación era compleja. Según mi experiencia usual, cuando un ciudadano rompía sus relaciones diplomáticas con una muchacha, o viceversa, tal suceso solía producirse en una casa de campo, o al menos en Londres, donde existía siempre la posibilidad de fraguar un encuentro y exhortar a los reñidos a que se estrechasen de nuevo las manos con benévola sonrisa. Mas en el caso Chuffy-P. Stoker, los hechos variaban. Ella estaba en un yate, virtualmente prisionera. Él, en el palacio, tres millas tierra adentro. Cualquiera que desease enlazar sus manos y reunirlos necesitaba una fuerza movilizatoria muy superior a la mía. Cierto que mi entrevista con Stoker durante la noche había mejorado las cosas un tanto, pero no hasta el punto de que justificase una visita a su buque. Tantas probabilidades me parecía tener de verme con Paulina como si ésta no se hubiese movido de América.

Mal asunto, ¿eh? Y en él estaba reflexionando cuando la puerta del jardín se abrió y Jeeves irrumpió en el sendero.

—¡Ah, Jeeves! —exclamé.

Si mi acento le pareció algo distante, conste aquí que lo hice a propósito. Lo que Paulina me dijera respecto a los libres y ofensivos comentarios de Jeeves, me había lastimado hondamente. No era la primera vez que Jeeves emitía opiniones semejantes, y uno tiene su dignidad, ¿no?

Pero si él advirtió mi altivez, fingió ignorarla, y hablóme con voz plácida y serena.

—Buenos días, señor.

—¿Viene usted del yate?

—Sí, señor.

—¿Está allí la hija de Stoker?

—Sí, señor. Apareció a la hora del desayuno. Me sorprendió verla, porque yo creía que deseaba quedarse en tierra y establecer comunicación con Lord Chuffnell.

Reí acremente.

—¡La han establecido!

—¿Señor…?

Dejé en tierra el banjo y miré al hombre con severidad.

—¡Gran labor la de usted anoche, Jeeves! —dije.

—¿Señor?

—¿No puede dejarse de tanto «Señor»? ¿Por qué diablos no impidió usted a la chica que viniese ayer, nadando, a mi casa?

—No podía, señor, tomarme la libertad de obstaculizar a la señora en una empresa en que ella ponía todo el corazón.

—Pues ella dice que usted la animó con palabras y gestos.

—No, señor. Me limité a expresar simpatía por sus propósitos.

—Le dijo que yo la ayudaría con mucho gusto.

—Ella había decidido ya buscar refugio en casa de usted, señor. Yo me limité a aventurar la opinión de que usted haría todo lo posible para ayudarla.

—¿Pues sabe cuáles fueron las consecuencias? ¡Que me persiguió la policía!

—¿Sí, señor?

—Sí. Naturalmente, yo no podía dormir en una casa con todos los rincones plagados de mujeres, y me fui al garaje. No llevaba allí diez minutos cuando llegó el sargento Voules.

—No trato al sargento Voules, señor.

—Y el guardia Dobson.

—Un muchacho muy simpático, señor. Suele acompañar a María, la doncella del palacio. Una chica de pelo rojo.

—Déjeme de chicas con pelo rojo, Jeeves —atajé, frío—. No es cosa adecuada al caso. Aquí lo esencial es que pasé la noche en vela, perseguido por la gendarmería.

—Lamento saberlo, señor.

—Luego apareció Chuffy y, haciendo de la situación un diagnóstico totalmente erróneo, insistió en llevarme a mi cuarto, quitarme las botas y acostarme. En tal momento llegó Paulina, vestida con mi pijama color de heliotropo.

—Una situación delicada, señor.

—Justo. Y tuvieron una disputa del demonio, Jeeves.

—¿Sí, señor?

—Ojos relampagueantes, voces fuertes… ¡Tremendo! Luego Chuffy, casualmente, rodó por las escaleras y desapareció en la noche. Y aquí la cosa es ésta: ¿qué cabe hacer?

—La situación requiere minucioso estudio, señor.

—¿Todavía no se le ha ocurrido ninguna idea?

—Sólo ahora he sabido los hechos, señor.

—Es verdad. ¿Ha hablado esta mañana con Paulina?

—No, señor.

—Pues no veo, por lo pronto, ninguna utilidad en que vaya usted a visitar a Chuffy. He pensado en ello y me parece notorio que es sólo Paulina la que necesita palabras persuasivas, bien razonados argumentos, mucho jabón, en resumen… Anoche Chuffy hirió profundamente sus sentimientos y hará falta mucha labor para lograr que Paulina cambie de opinión. Comparado con el de ella, el problema de Chuffy es sencillo. No me extrañaría que ahora estuviese mesándose los cabellos al mero pensamiento de haberse portado como un perfecto idiota. Un día de serena meditación bastará para convencerle de que no tuvo motivos contra la muchacha. De modo que ir a razonar con Chuffy es perder el tiempo. Dejémosle solo y la naturaleza obrará. Más vale que se vuelva usted al yate y consagre su actividad a aplacar a la parte antagónica.

—No he desembarcado con el propósito de hablar a Lord Chuffnell, señor. Una vez más me permito repetirle que sólo ahora me he enterado de lo sucedido. Al presentarme aquí, lo hacía con el objeto de entregarle una carta del señor Stoker.

—¿Una carta?

—Ésta, señor.

La abrí y, leyendo su contenido, no me hallé mucho más informado que antes.

—¡Qué raro, Jeeves!

—¿Señor…?

—Es una carta de invitación. Querido señor Wooster, escribe, poco más o menos, papá Stoker no sabe cuanto le estimaría que viniese al yate y tomara unas cuantas cosejas con nosotros esta noche. No se vista de etiqueta. Es innecesario. ¡Muy curioso, Jeeves!

—Imprevisto en verdad, señor.

—Olvidaba decirle que entre mis visitas de anoche estuvo el propio Stoker. Apareció gritando que su hija estaba en mi casa y lo registró todo.

—¿Es posible, señor?

—No encontró hija ninguna, porque ella estaba ya regresando al yate, y comprendió que había sido un perfecto burro. Se separó muy apaciguado, hablándome cortésmente… Yo hubiese apostado once contra cuatro a que era hombre incapaz de hacer tal cosa. No obstante, ¿qué puede explicar este súbito ramalazo de hospitalidad? Anoche tenía más de un hombre que se excusa que de un amigo del alma. No daba muestra alguna de querer iniciar una de esas grandes camaraderías que…

—Quizás una conversación que yo he tenido esta mañana con el señor Stoker,

señor…

—¡Ah! ¿Ha sido usted quien ha despertado en él ese afecto hacia Bertram?

—Inmediatamente después del desayuno, el señor Stoker me hizo llamar para preguntarme si yo le había servido a usted. Añadió que recordaba haberme visto en Nueva York. A mi contestación afirmativa, procedió a interrogarme sobre ciertos incidentes del pasado…

—¿Los gatos en el dormitorio?

—Sí, señor.

—¿Y la botella de agua caliente?

—Sí, señor.

—¿Y el sombrero robado?

—Sí, señor. Y también lo de cuando usted bajó por un canalón, señor.

—¿Y usted…?

—Yo afirmé que Sir Roderick Glossop había presentado un aspecto tendencioso de tales sucesos y procedí a relatar la verdadera historia.

—¿Y él…?

—Pareció satisfecho, señor. Como si le hubiese juzgado a usted mal. Dijo que no debía haberse fiado de Sir Roderick, a quien mencionó como un cabezota hijo de algo que por el momento ha escapado a mi memoria. Creo que debió ser a poco de eso cuando escribió la carta invitándole.

Me agradó el comportamiento de Jeeves. Cuando Bertram Wooster halla en alguien el viejo y buen espíritu feudalístico, lo aprueba y no le importa reconocerlo. Dije:

—Gracias, Jeeves.

—De nada, señor.

—Ha hecho usted bien. Mirando las cosas desde cierto punto de vista, no importa nada que papá Stoker me juzgue un loco o no. Quiero decir que un tipo pariente de otro que tenía la costumbre de andar a gatas no es personaje idóneo para considerarse, en cuestión de demencia, como un…

—¿*Arbiter elegantiarum*, señor?

—Eso. Así que en cierto sentido me es igual lo que el viejo Stoker piense de mí. Me encojo de hombros al respecto. Pero, esto aparte, confieso que su cambio de opinión es bien acogido por mí. Y llega con oportunidad. Aceptaré su invitación como…

—¿Una rectificación honrosa, señor?

—Iba a decir como la rama de olivo, Jeeves.

—O como la rama de olivo. Virtualmente, ambos términos son sinónimos. Acaso yo me sienta inclinado a considerar la otra frase como ligeramente más exacta, en el sentido de que implica remordimiento y deseo de restituir en justicia. Pero si usted

prefiere la expresión «rama de olivo», empléela, señor.

—Gracias, Jeeves.

—De nada, señor.

—¿Sabe que me ha hecho usted olvidar lo que iba a decir?

—Perdón, señor. No debí haberle interrumpido. Si no recuerdo mal, mencionaba usted su propósito de aceptar la invitación del señor Stoker.

—¡Ah, sí, eso! Que se trate de una rectificación honrosa o de una rama de olivo es completamente secundario y no importa un condenado ardite, Jeeves…

—No, señor.

—¿Y sabe por qué voy a aceptar la invitación?

Porque eso me permitirá hablar con Paulina y abogar por Chuffy.

—Comprendo, señor.

—No es fácil, por supuesto.

—Si me permite una sugestión, señor, creo que la joven respondería satisfactoriamente a la noticia de que Su Señoría estaba delicado de salud, señor.

—Bien sabe Paulina que Chuffy es fuerte como un roble.

—Pero puede indicársele que la actitud adoptada por ella ha afectado la salud de Lord Chuffnell, señor.

—¡Ah! ¿Qué se halla desesperado?

—Precisamente, señor.

—¿Pensando en el suicidio?

—Exactamente, señor.

—¿Y cree que el dulce corazón de Paulina se conmovería sabiéndolo?

—Es muy probable, señor.

—Pues trabajaré en ese sentido. La invitación habla de comer a las siete. ¿No parece algo temprano?

—Presumo que se ha hecho así pensando en que el joven Dwight se acueste pronto, señor. Como ayer le informé, hoy es el día del cumpleaños del niño.

—Sí. Y tocarán los músicos negros, ¿no?

—Sí, señor. Los negros estarán presentes.

—¿Habría la posibilidad de hablar con alguno que tocase el banjo? Quisiera consultarle sobre ciertos detalles de ejecución.

—Sin duda podrá arreglarlo eso, señor.

Notando que Jeeves hablaba con cierta reserva, comprendí que la plática tocaba un punto escabroso. Rozaba la antigua llaga, claro. Pero en esas ocasiones yo he comprobado que lo mejor es mostrarse franco y directo. .

—Estoy haciendo grandes progresos en el banjo, Jeeves.

—¿Si, señor?

—¿Le gustaría oírme tocar *Eso que llaman amor*?

—No, señor.
—Sus opiniones sobre el instrumento, ¿siguen invariables?
—Sí, señor.
—Bien. Es lástima que no nos entendamos en ese sentido.
—Sí, señor.
—Pero ¿qué remedio queda? No nos enfademos por eso.
—No, señor.
—Aunque es lamentable.
—Lamentabilísimo, señor.
—Bueno. Diga al viejo Stoker que a las siete estaré allí como un clavo.
—Sí, señor.
—¿O sería mejor dirigirle una nota breve y cortés?
—No, señor. Me encargaron que llevase respuesta verbal.
—Entonces, bien.
—Muy bien, señor.

A las siete llegué a bordo y tendí mi sombrero y gabán de entretiempo a un sirviente que pasaba. Al hacerlo, encontrados sentimientos batallaban en mi pecho. Por un lado, el saludable ozono de Chuffnell Regis me había despertado el apetito, y mis recuerdos de Nueva York me decían que J. Washburn Stoker trataba bien a sus invitados. Por otro, nunca me había sentido tranquilo en compañía de aquel hombre, y ahora tampoco. Si quieren, pueden ustedes definir el caso diciendo que la carne de Wooster anticipaba el festín con placer, mientras su alma retrocedía ante la sacudida inminente.

Sé por experiencia que existen dos clases de americanos entrados en años. Uno de los dos tipos, el grueso y con gafas de concha, es un ser amistoso y sociable. Le acoge a usted como si usted fuese su hijo predilecto, empieza a agitar la coctelera antes de que se dé usted cuenta de dónde se halla, le hace apurar dos vasazos, con una risa alegre, le da a usted una palmada en la espalda, le explica un cuento dialectal de dos irlandeses llamados Pat y Mike, y, en resumen, convierte la vida en un grandioso y dulce poema.

El otro tipo, generalmente de ojos pardos y fríos y mandíbula cuadrada, parece mirar con desdén a su hermano británico. No es jovial. Rumia ideas. Habla poco. Respira con talante disgustado. Y cada vez que los ojos de uno encuentran los de él, se siente la impresión de tropezar con una ostra cruda.

J. W. Stoker había sido siempre vicepresidente perpetuo, por derecho propio, de la última clase de tipos. No sin considerable alivio hallé, pues, aquella noche, que se había suavizado bastante. Aunque sin ser precisamente afable, parecía emplear cuanta afabilidad poseía.

—No le disgustará una tranquila comida en familia, ¿eh, señor Wooster? —dijo, estrechándome la mano.

—No. Ha sido usted endiabladamente amable al convidarme —repuse, no queriendo verme superado en cortesía.

—No seremos más que usted, Dwight y yo. Mi hija está en cama, con un poco de jaqueca.

Esto me sonó inquietante. Dijérase que en ello se encerraba toda la clave de aquella expedición.

—¡Ah! —exclamé.

—Creo que el ejercicio que hizo anoche fue excesivo para ella —prosiguió papá Stoker.

Noté en sus ojos la antigua y glacial expresión y, leyendo entre líneas, creí comprender que Paulina había caído en desgracia y sido enviada a la cama sin cenar. El viejo Stoker no era un hombre moderno, de mente amplia. Como yo tuviera ocasión de advertir ya antes, había un algo del severo y pétreo padre peregrino en él. En resumen, en sus tratos familiares, se inclinaba al anacrónico sistema de gobernar con mano dura.

Aquella su expresión hacía un poco difícil el formular preguntas amables.

—¿Así que… us… ella…?

—Sí. Anoche tenía usted razón. Paulina había ido a tomar un baño.

Una vez más, mirándole, atisbé en él una expresión glacial. Era obvio que el papel de Paulina estaba muy bajo aquella tarde. Hubiérame complacido deslizar algún argumento en pro de la infeliz. Pero, fuera de la idea de comentar lo ya sabido respecto a las muchachas —idea que deseché inmediatamente—, no se me ocurrió cosa alguna.

En aquel momento un grave mayordomo anunció la cena y pasamos al comedor.

Debo confesar que, mientras comíamos, lamenté los sucesos que habían desembocado en la ausencia a bordo de los demás reunidos el día antes en el palacio de Chuffy. Podrán ustedes contrarrestar esta aserción diciendo que todo lo que se requiere para que una reunión resulte agradable, es la no asistencia a ella de Sir Roderick, Lady Chuffnell y su hijo Seabury. No obstante, sostengo mi opinión. Flotaba en el ambiente una sensación ingrata que hacía volverse los manjares en mi boca tal que cenizas o poco menos. De no ser porque aquel Stoker me había invitado espontáneamente, se diría que mi presencia le producía un dolor en la nuca. Pasó casi todo el tiempo hundido en sombrío silencio, como un hombre gravemente preocupado. Y cuando hablaba lo hacía con un acentuado… lo que ustedes quieran decir. No afirmo que precisamente gruñendo, pero sí muy cerca.

Aunque hice lo posible por estimular una charla amena, sólo cuando Dwight dejó la mesa y nosotros encendimos nuestros cigarros logré dar en un tema interesante,

elevado y oportuno.

—Este barco es muy hermoso, señor Stoker —dije.

Por primera vez apareció en su rostro una cosa semejante a la animación.

—No vale gran cosa.

—He viajado pocas veces en yate. Y sólo una vez he embarcado en uno de este tamaño.

Aspiró una bocanada de humo y me miró. Luego aspiró una segunda bocanada.

—Hay ciertas ventajas en poseer, un yate —dijo.

—¡Ya lo creo!

—Tiene uno en él sitio suficiente para alojar a sus amigos.

—¡Suficientísimo!

—Y una vez alojados en un yate, no les es tan fácil marcharse como cuando están en tierra.

Me pareció un modo raro de plantear la cosa, pero me dije que un hombre como Stoker debía encontrar dificultades para retener mucho tiempo a sus invitados. El pasado, a ese respecto, debía encerrar para él penosas experiencias. Desde luego, nada hay más perturbador para un anfitrión que recibir a alguien en su casa contando retenerle una larga temporada y descubrir, durante el desayuno del siguiente día, que el personaje se ha esfumado, rumbo a la más cercana estación de ferrocarril.

—¿Quiere usted visitar el buque? —me preguntó.

—Muy bien.

—Tendré mucho gusto en enseñárselo. La estancia en que estamos es el salón principal.

—¡Ah!

—Ahora le mostraré camarotes.

Me condujo a lo largo de pasillos y otros lugares. Al llegar a una puerta abrióla y encendió la luz.

—Éste es uno de los camarotes grandes que reservamos para nuestros huéspedes.

—Es muy bonito.

No había mucho que ver que no pudiera distinguir desde el umbral, pero uno debe ser amable en estas ocasiones. Penetré y di una ojeada al lecho.

Mientras lo hacía, la puerta se cerró de golpe. Me volví. El ciudadano Stoker había desaparecido.

Algo raro. Tal fue mi veredicto sobre la situación. Realmente rara en realidad. Me acerqué a la puerta y empuñé el pestillo. La maldita puerta estaba cerrada.

—¡Eh! —llamé.

Ninguna respuesta.

—¡Eh, señor Stoker!

Silencio. Un inmenso silencio.

Me senté en el lecho. Lo ocurrido merecía reflexión profunda.

XII

No puedo decir que me satisfaciera el aspecto de las cosas. Además de estar completamente confuso y no poder discernir bien el enfoque de la situación, me sentí un tanto inquieto. ¿Han leído ustedes un libro que se titula *Los siete enmascarados*? Pues es una de esas novelas que le ponen a uno la carne de gallina, y allí aparece un personaje, Drexdale Yeats, policía privado, que hallándose buscando huellas en una bodega, una noche, cuando apenas ha encontrado un par de ellas, ¡paf!, oye cerrarse la trampa con un ruido metálico y moverse, encima, a un malvado sujeto. Por un momento, el corazón de Yeats se paralizó, y el mío a la sazón también. Salvo el movimiento sobre la trampa (que bien podía Stoker estar ejecutando en otra parte sin que yo le oyese), parecíame que mi caso se asemejaba al de Yeats como una gota de agua a otra gota. Cual el buen Drexdale, yo sentía la inminencia de un lúgubre peligro.

Claro que si la situación se hubiese planteado en una casa de campo, y la mano que echó la llave al camarote fuese la de un compinche mío, todo estaría claro y diáfano. Yo sería entonces víctima de una broma pesada. Mi círculo de amistades pulula de sujetos que consideran infernalmente divertido encerrarle a uno con llave en una habitación. Pero en aquel caso concreto no me parecía que ello explicase las cosas. El viejo Stoker no tenía nada de bromista. Pensárase de él lo que se pensase, no cabía juzgarle amigo de chanzas. Si papá Stoker secuestraba a sus invitados, ello había de obedecer a un propósito siniestro. No es de extrañar, pues, que, mientras Bertram se sentaba al borde de una cama, fumando un cigarro, se sintiera inquieto. El recuerdo de Jorge, primo segundo de Stoker, se perfiló en mi mente. Estaba chiflado, sin duda. ¿Y quién me garantizaba que la chifladura no fuese una enfermedad de familia? Quiero decir que no mediaba un paso entre Stoker encerrando a sus invitados en un camarote y un Stoker apareciendo, fiera la faz y encendidos los ojos, para causar algún desaguisado al prójimo con el cuchillo de cortar la carne.

Por tanto, cuando la puerta se abrió, con un chirrido, y mi anfitrión apareció en el umbral, confieso que me hallaba preparado para lo peor.

No obstante, el talante de Stoker era bastante tranquilizador. Tenía la faz congestionada, sí, pero no era un diablo en forma humana y demás cosas inherentes. Sus ojos brillaban con serenidad y no echaba espuma por la boca. Además seguía fumando su cigarro, lo que me pareció prometedor. No he solido tratar a locos poseídos de la manía homicida, pero presumo que su primer impulso antes de despachar a una persona debe ser tirar el cigarro.

—¿Qué, señor Wooster?

Nunca he sabido a punto fijo qué contestar cuando un ciudadano me interpela: «¿Qué?», y entonces no lo supe tampoco.

—Perdóneme por haberle abandonado tan bruscamente —siguió Stoker—, pero tenía que dar órdenes de que empezase el concierto.

—Espero ese concierto con interés —dije.

—Es lástima —repuso—, porque no va a asistir a él. Me miró, reflexionando.

—En mis tiempos, cuando era joven, le hubiese roto a usted el cráneo, ¿comprende?

No me gustó el sesgo que tomaba la plática. Al fin y al cabo, un hombre es tan joven como se siente, ¿y quién me garantizaba que Stoker no podía sentirse arrebatado por una de esas…? ¿Cómo se llaman? ¿Ilusiones de juventud? Yo había tenido un tío de setenta y seis años que, bajo el influjo del oporto añejo, solía dedicarse a trepar a los árboles.

—Escuche —dije cortésmente, pero con cierto apremio—, comprendo que voy a excederme un poco, pero, ¿puede explicarme qué significa esto?

—¿No lo sabe?

—Que me cuelguen si lo sé.

—¿No lo adivina?

—Que me condenen si lo sé.

—Entonces me hubiese valido más explicárselo desde el principio. ¿Recuerda mi visita de anoche?

Repuse que no la había olvidado.

—Yo creía que mi hija estaba en casa de usted. Y la busqué sin encontrarla.

Agité, magnánimo, una mano.

—Todos cometemos errores.

Asintió.

—Sí. Y por eso me marché. ¿Y sabe lo que me sucedió al llegar a la puerta de su jardín, señor Wooster? Que el sargento de la policía local me dio el alto. Parecía estar lleno de sospechas.

Hice un ademán de simpatía con el cigarro.

—Hay que tomar alguna medida con ese Voules. ¡Es una verdadera peste! Supongo que le hablarla usted con acritud.

—No. Pensé que estaba cumpliendo su deber. Le dije quién era yo y dónde habitaba, y cuando supo que procedía del yate me pidió que le acompañase al puesto de policía.

—¡Cómo! ¿Le detuvo?

—No. Quería solamente que identificase a cierta persona que se hallaba vigilada en dicho lugar.

—Una torpeza, de todos modos. ¿Qué diablo tenía que ver usted con una cosa así? ¿Por qué infiernos tenía que identificar a nadie? Una persona extraña a la región… ¡Qué cosa tan rara!

—En este caso, muy sencilla. La persona detenida era mi hija Paulina.

—¡Cómo!

—Sí, señor Wooster. Parece que ese Voules, anoche, estaba en la parte posterior del jardín de usted (que es contiguo al del sargento) y vio salir una figura por una de las ventanas. Corrió al jardín y apresó a tal persona, la cual era mi hija. Iba con traje de baño y con un abrigo propiedad de usted. Como ve, no me engañó, señor Wooster, al decirme que mi hija habría ido a tomar un baño.

Quitó la ceniza de su cigarro. No me pareció necesario imitarle.

—Paulina estuvo con usted hasta momentos antes de mi llegada. Acaso comprenda ahora, señor Wooster, por qué le he dicho que, de haber sido más joven, le habría roto el cráneo.

No encontré gran cosa que decir. A veces pasa eso.

—Ahora soy más sensato —continuó— y prefiero procedimientos más suaves. Pienso que Bertram Wooster no es el yerno ideal que yo hubiese elegido, pero la cosa no tiene remedio. Además, no es usted el definitivo idiota que yo creía. Celebro decírselo. He sabido recientemente que las historias que me impulsaron en Nueva York a hacer que mi hija rompiese su compromiso con usted, eran falsas. Por tanto, pongámonos en la idea de que las cosas están como hace tres meses y demos por no escrita la carta de mi hija.

Uno no puede caer sentado cuando ya lo está al borde de una cama. De no ser por eso, yo hubiese, en efecto, caído sentado. Experimentaba la impresión de que una mano escondida acababa de asestarme un directo en el plexo solar.

—¿Quiere usted decir…?

Me miró con unos ojos terribles, a la vez helados y llameantes, si se hacen ustedes cargo de lo que quiero decir. Si aquéllos eran esos «Ojos del Jefe» tan mencionados en los anuncios de la Prensa americana, que me maten si veo por qué un joven empleadillo ha de sentirse anheloso de que reparen en él. Tan seguro me sentí de la absurdidad de ese anhelo que, reflexionando en él, perdí la ilación de las palabras.

—Presumo —continuó Stoker— que desea usted casarse con mi hija…

Yo… Quiero decir, ¡maldita sea…! Bien; el caso es que, ¿qué va uno a contestar a una pregunta así? Me limité a articular esta sentencia:

—¡Ah! ¡Oh!

—No tengo la entera certidumbre de comprender su «¡Ah, oh!» —dijo él.

¿Se dan ustedes cuenta? Aquel hombre sólo gozaba desde hacía veinticuatro horas del trato de Jeeves y ya hablaba como él, salvo que Jeeves hubiera dicho «absoluta» y no «entera», e intercalado en sus palabras un «señor» o dos. Así son las cosas. Recuerdo que una vez tuve en mi piso al joven Catsmeat Potter-Pirbright, y que al segundo día ya salió habiéndome de la posibilidad de sondear las latentes capacidades de no sé quién. Y Catsmeat es un individuo que siempre se juzga víctima

de una broma cuando alguien le dice que en el vocabulario existen palabras de más de una sílaba. Así son las cosas, sí. Y eso demuestra…

Pero ¿en qué estábamos?

—No tengo la entera certidumbre de comprender su «¡Ah, oh!» —dijo el señor Stoker—, pero doy por hecho que desea casarse con ella. No fingiré hallarme arrebatado de júbilo, pero no siempre uno hace lo que desea. ¿Cuáles son sus intenciones respecto a las medidas a tomar, señor Wooster?

—¿Medidas?

—¿Se propone ejecutarlas lentamente o con rapidez?

—Verá…

—Yo me inclino a la rapidez. Esta boda ha de efectuarse lo antes posible, para dar el asunto de lado. Creo que aquí no se puede sencillamente ir al primer sacerdote que haya a mano, como en mi país. Existen ciertos requisitos previos. Mientras se tramitan será usted, desde luego, mi huésped. Lamento no poder ofrecerle libres movimientos por el barco porque es usted un joven atolondrado, y podría recordar cualquier cita que le estimulase a privarnos de su compañía. Pero haré todo lo posible para que pase usted cómodamente los días inmediatos. En este anaquel tiene libros (porque creo que debe usted saber leer), y cigarrillos en esa mesa. De aquí a unos minutos enviaré a mi criado con un pijama y algunos efectos precisos. Y ahora buenas noches, señor Wooster. Me voy a oír el concierto. No puedo faltar a la fiesta en honor de mi hijo. No, ni aun por el placer de estar en compañía de usted.

Alejóse, cerró y quedé solo.

Era aquella la tercera vez en mi vida en que me hallaba recluido y oía cerrar con llave las puertas de mi celda. La primera vez fue la aludida por Chuffy, cuando me vi en la precisión de afirmar a un magistrado que me llamaba Plimsoll y era de West Dulwich. La segunda había sido —y por cierto que también con motivo de una regata nocturna— cuando yo y mi buen amigo Oliverio Sipperley resolvimos llevarnos, como recuerdo, el casco de un guardia, sólo para descubrir que había un guardia dentro del casco. En dos ocasiones, pues, me había hallado entre rejas, y ustedes presumirán que un pájaro carcelario como Bertram Wooster debía estar acostumbrado ya a la reclusión.

Pero la cosa presente era algo diversa. Antes yo había afrontado la perspectiva de un moderado arresto. Ahora se me presentaba una condena a perpetuidad.

Un observador imparcial, reparando en la notoria belleza de Paulina y en el hecho de que ésta poseía la cualidad de ser heredera de más de cincuenta millones de pavos, podía considerar las torturas mentales en que yo me debatía al pensar en el horizonte de casarme con la antedicha muchacha, como estar convirtiendo en una montaña un grano de arena. Sin duda tal observador hubiese deseado hallarse en situación de

poder quejarse de la mitad de tan grave infortunio. Pero el hecho es que yo me debatía en torturas.

Aparte del detalle de que yo no deseaba casarme con Paulina, existía la endiabladamente seria dificultad de que me constaba que ella no quería casarse conmigo. Podía la joven haber despedido a Chuffy con vehemencia y furor en su reciente disputa, pero yo estaba seguro de que en su fondo seguía agitándose el antiguo amor, y bastaría un ligero esfuerzo para hacerlo aflorar a la superficie; y Chuffy, por mucho que hubiese rodado por la escalera y desaparecido en la noche, continuaba amándola. De modo que, pesando todos los elementos en pro y en contra, resultaba que, de casarme con la chica, no sólo yo me echaba bonitamente la cuerda al cuello, sino que por ende desgarraba el corazón de Paulina y de un viejo amigo. Y si esto no justifica las torturas de un ciudadano, me gustaría saber qué puede justificarlas.

Sólo un hilillo de luz brillaba en tan sombrías tinieblas, y era la promesa de Stoker de enviarme a su criado con útiles para la noche. Quizá Jeeves encontrase una solución.

Y eso que concebir en qué forma podría nadie, ni aun el propio Jeeves, sacarme del aprieto, era cosa que superaba a mis capacidades mentales. Así, sintiendo lo que siente un corredor de apuestas cuando nota que las probabilidades en contra son de ciento a uno, terminé mi cigarro y me tendí en el lecho.

Un instante después se abrió la puerta y una tos respetuosa me notificó que Jeeves estaba a la vista. Traía los brazos llenos de ropas de diversas especies. Las dejó en una silla y contemplóme con un aire que puedo definir como de conmiseración.

—El señor Stoker me ordenó traerle estas prendas, señor.

Emití un cavernoso gruñido.

—No necesito esas prendas, Jeeves, sino las alas de una paloma. ¿Está usted enterado del reciente acontecimiento?

—Sí, señor.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Mi informadora fue la señorita Stoker, señor.

—¿Ha hablado usted con ella?

—Sí, señor, y me transmitió un bosquejo de los planes imaginados por el señor Stoker.

Brotó entonces en mi pecho la primera llamarada de esperanza que se encendía desde el comienzo de aquel tétrico asunto.

—Se me ocurre una idea, Jeeves. Veo que las cosas no están tan mal como yo pensaba.

—¿No, señor?

—No. Ya puede el viejo Stoker hablar…

—¿Despreocupadamente, señor?

—O como quien tiene los triunfos en la mano.

—Despreocupadamente o como quien tiene los triunfos en la mano, señor. A su gusto.

—Ya puede el viejo Stoker hablar despreocupadamente y como quien tiene los triunfos en la mano, que no conseguirá nada. La joven puede negarse a colaborar en esos maquiavélicos planes. Puede uno llevar un caballo al altar, Jeeves, pero no obligarle a beber.

—En mi reciente conversación con la señorita, señor, he obtenido la impresión de que no es opuesta a los propósitos de su padre.

—¡Cómo!

—No, señor. Me parece, si puede decirse así, resignada y desafiadora.

—¿Las dos cosas a la vez? ¡Es imposible!

—No, señor. La actitud de la señorita es la de una persona que se resigna a todo, sin importarle nada ya, pero a la vez me ha parecido percibir que se siente influida por el pensamiento de que, contrayendo con usted matrimonial enlace, lanzará lo que yo llamaría un reto a Lord Chuffnell.

—Una provocación, ¿eh?

—Sí, señor.

—Despreciarle a él, ¿eh?

—Precisamente, señor.

—¡Qué endiabladamente estúpida idea! Esa muchacha debe tener la cabeza a pájaros.

—La psicología femenina es notoriamente extraña, señor. El poeta Pope…

—Dejemos al poeta Pope, Jeeves.

—Sí, señor.

—Hay veces en que uno oye con gusto todo lo concerniente al poeta Pope, y otras que no.

—Muy cierto, señor.

—Lo esencial es que, si ella está dispuesta a eso, no veo posibilidad alguna de salvación.

—No, señor. A menos…

—¿A menos…?

—Estaba pensando, señor, si no convendría que obviase usted todos los inconvenientes marchándose del buque.

—¿Qué?

Y proseguí, con la voz estremecida:

—Ya sé que ha dicho usted «buque». Y yo he dicho «qué» Jeeves. No es cosa propia de usted venir en una crisis como ésta agitando las campanillas, por decirlo

así, y hablando insulseces. ¿Cómo demonios voy a marcharme del yate?

—El asunto podría arreglarse fácilmente, señor, si usted se prestase a ello. Implicará, desde luego, ciertas molestias, pero…

—Jeeves —repuse—, salvo salir por el respiradero del camarote, lo cual es imposible, estoy pronto a sufrir cualquier momentánea incomodidad que me libre de esta maldita mazmorra flotante. Pero ¿no hablará usted por el placer de hablar, eh? ¿Tiene realmente algún plan? —inquirí, mirándole anhelosamente.

—Sí, señor. La razón por la cual vacilo en proponérselo es mi temor de que no acceda usted a embadurnarse la cara de betún.

—¿Eh?

—Siendo esencial ahorrar tiempo, señor, no creo aconsejable perderlo en ahumar un corcho.

Aquello era algo definitivo. Volví la cara a la pared.

—Déjeme tranquilo, Jeeves —dije—. Ha bebido usted unas copas.

Y no aseguraría yo que lo que me desgarraba como un cuchillo no fuese, más que la tortura de pensar en mi desvalida situación, el advertir que mis sospechas de tiempo atrás se habían realizado y aquel estúpido cerebro caído, al fin, en la insania. Porque, aun cuando, con mi tacto usual, acababa de insinuar a Jeeves que debía hallarse meramente beodo, no me cabía duda de que aquellas referencias al betún y a los corchos ahumados eran pruebas de que tenía la cebolleta a pájaros. Él tosió.

—¿Me permite explicarle, señor? Los músicos están terminando de tocar y de aquí a poco se marcharán del yate.

Me incorporé. Otra vez más alboreaba la esperanza y el remordimiento me royó, como un cachorro un hueso, al pensar en lo mal que había juzgado a aquel hombre.

—¿Quiere usted indicar…?

—He traído una cajita de betún, señor, previendo la conveniencia de poner en práctica la decisión aludida. Sería fácil aplicar el betún a la cara y manos de usted, de modo que, si el señor Stoker le encontrase, creyera ver a unos de los músicos negros.

—¡Jeeves!

—Yo opino, señor, que si acepta usted mi sugestión, debiéramos esperar a que todos los negros hayan partido del barco. Yo entonces informaría al capitán de que uno de los músicos, amigo particular mío, se había entretenido hablando conmigo y perdido la gasolinera. No creo que el capitán me niegue el permiso de conducirle a usted a tierra en un bote.

Miré a Jeeves. Nuestros años de íntima relación, el recuerdo de las proezas ejecutadas en el pasado, el conocimiento de que se alimentaba de pescado principalmente, teniendo así en el cerebro cuanto fósforo puede albergar un hombre, no me habían preparado, sin embargo, para asistir, sin emocionarme, a aquel supremo esfuerzo.

—Jeeves —declaré—, como a menudo he tenido ocasión de manifestar, es usted único.

—Gracias, señor.

—Otros podrán ser puestos en tela de juicio. Usted no.

—Me ingenio siempre en complacer, señor.

—¿Cree usted que el plan tendrá éxito?

—Sí, señor.

—¿Lo garantiza usted personalmente?

—Sí, señor.

—¿Y dice que ha traído los elementos requeridos?

—Sí, señor.

De un salto me instalé en una silla y dirigí el rostro al techo.

—Embadúrneme, Jeeves —dije—, y prosiga embadurnándome hasta que sus expertos ojos le hagan comprender que estoy embadurnado lo suficiente.

XIII

Por regla general aborrezco las novelas donde el autor, saltando de una cosa a otra, deja a cargo del lector averiguar lo que ha sucedido en el intermedio. Me refiero a esa clase de relatos donde el capítulo diez concluye con el protagonista encerrado en una mazmorra subterránea y el once principia con el mismo protagonista convertido en el alma y la sal de una alegre reunión en la Embajada de España. Y hablando en rigor entiendo que, con arreglo a esa norma, yo debía describir todos los incidentes que me condujeron de nuevo a la salvación y la libertad, si es que entienden ustedes lo que quiero decir.

Pero ello resulta innecesario cuando es un táctico como Jeeves quien se encarga de la ejecución y detalles de una empresa. Describirlos sería perder el tiempo. Si Jeeves se propone llevar a un ciudadano del punto A al punto B, como, por ejemplo, del camarote de un yate a una casa de la costa, lo hace. Sin tropiezos. Sin dificultades. Sin inquietudes. Sin dramatismos. Nada hay que contar. Basta que uno eche mano a la primera caja de betún que encuentre, se ennegrezca la cara, atraviese la cubierta, salte por la borda, se despida amablemente de los miembros de la tripulación que le miran partir y se acomode en un bote, para que, a los diez minutos, se encuentre en su lugar de destino, aspirando el frío aire de la noche en tierra firme. Sin duda, lo más sencillo del globo.

Mencioné esto a Jeeves mientras amarrábamos el bote al embarcadero y me contestó que yo era extremadamente amable al afirmarlo así.

—Nada de eso, Jeeves —insistí—. Ha sido una faena excelente, que le honra.

—Gracias, señor.

—Gracias a usted, Jeeves. Y ahora, ¿qué hacemos?

Nos alejábamos del embarcadero, siguiendo la carretera que pasaba ante mi jardín. Todo estaba sereno. Titilaban las estrellas. Nos hallábamos solos con la naturaleza. No había vestigios del sargento Voules ni del guardia Dobson. Bien podía decirse que Chuffnell Regis dormía. Y, sin embargo, como averigüé mirando mi reloj, sólo pasaban unos minutos de las nueve. Ello me sorprendió. Dadas las emociones atravesadas, parecíame que la noche estaba avanzadísima y no me hubiese extrañado que ya se aproximara el amanecer.

—¿Y ahora qué hacemos, Jeeves? —repetí. Noté una suave sonrisa en su faz. Me sentí molesto. Debía, desde luego, agradecimiento a aquel hombre que me había salvado de un destino peor que la muerte; pero uno debe reprimir esa clase de expresiones. Le miré del modo más grave que yo sé.

—¿Qué es lo que le hace gracia, Jeeves?

—Perdón, señor. No trato de burlarme, pero realmente su aspecto me produce cierta agradable impresión. Resulta usted original, señor.

—Casi todo el mundo lo resultaría si tuviera el rostro embadurnado de betún, Jeeves.

—Sí, señor.

—La misma Greta Garbo, por decir alguien.

—Sí, señor.

—O Dean Inge.

—Muy cierto, señor.

—Prescinda, pues, de comentarios personales y responda a mi pregunta.

—Lamento haberla olvidado, señor.

—Le preguntaba: ¿y ahora qué hacemos?

—¿Se refiere usted al próximo paso que debe adoptar, señor?

—Sí.

—Yo le aconsejaría entrar en su casa y limpiarse la cara y las manos.

—Muy acertado. Precisamente lo que yo pensaba hacer.

—Y después, señor, si yo fuera usted, tomaría el primer tren para Londres.

—Acertado también.

—Tras lo cual, señor, yo le aconsejaría una visita a algún lugar del continente, como París o Berlín, o tal vez la misma Italia.

—¿Y por qué no la radiante España?

—Sí, señor. Tal vez España.

—¿O Egipto?

—El clima de Egipto en esta estación del año quizá sea algo ardoroso, señor.

—No la mitad de ardoroso que Inglaterra si papá Stoker restablece su comunicación conmigo.

—Muy cierto, señor.

—¡Vaya una persona el tal Stoker, Jeeves! ¡Qué ciudadano tan rudo! Ese hombre debe mascar cristales y llevar un clavo en el cuello en vez de botón.

—La personalidad del señor Stoker es decididamente vigorosa, señor.

—¡Válgame Dios, Jeeves! Casi añoro los tiempos en que Glossop me parecía un devorahombres. Y hasta echo de menos a mi tía Ágata. Todos ellos palidecen en comparación de Stoker. Palidecen en verdad. Lo cual nos lleva de nuevo a examinar nuestra situación. ¿Piensa usted volver al yate y continuar tratando con ese avechucho?

—No, señor. Presumo que el señor Stoker no me recibiría cordialmente. Un caballero tan inteligente como él presumirá, sin duda, que he tomado parte en la evasión de usted. Voy a volver al servicio de Su Señoría.

Chuffy se alegrará mucho de recuperarle.

—Es usted muy amable, señor.

—No, Jeeves. Todos dirían igual.

—Le repito las gracias, señor.

—¿Así que se larga al palacio?

—Sí, señor.

—Pues le deseo de todo corazón que descanse. Ya le mandaré dos líneas diciéndole dónde estoy y lo que hago.

—Gracias, señor.

—Gracias a usted, Jeeves. Y dentro del sobre de mi carta irá un pequeño testimonio de mi aprecio.

—Es usted muy generoso, señor.

—¿Generoso, Jeeves? ¿No comprende que, sin duda, yo estaría encerrado ahora en ese odioso yate? ¿Se hace cargo de mis sentimientos?

—Sí, señor.

—A propósito: ¿a qué hora hay tren para Londres?

—A las 10,21. Tiene usted tiempo bastante para alcanzarlo, señor. Sólo que no creo que sea un expreso.

Agité la mano.

—Con tal de que se mueva, Jeeves, me basta. Buenas noches, pues.

—Buenas noches, señor.

Con animoso corazón, entré en mi casa. Y el hecho de descubrir que Brinkley no había retornado aún, no disminuyó mi contento. En concepto de patrón, podía mirar con cierto desagrado el hecho de que, habiendo dado permiso a mi sirviente para salir un rato, él se tomase una noche y un día, pero como ciudadano particular con la cara embadurnada de betún, la ausencia de Brinkley me complacía extremadamente. En tales ocasiones la soledad es fundamental, como diría Jeeves.

Subí a mi dormitorio con toda la rapidez posible, y, tomando el jarro del agua, llené el lavabo, ya que en las casas rústicas de Chuffy no hay cuarto de baño. Luego inmergí el rostro en el líquido y me di una fuerte jabonadura. Imagínese mi abatimiento y disgusto cuando, dirigiéndome al espejo, descubrí que seguía tan negro como antes. Apenas había raspado la superficie de mi capa de betún.

Hay momentos en que un fulano cualquiera necesita pensar un poco, y tal momento habíase presentado. Recordé, así, que en crisis de tal estilo se requiere usar manteca. Y me disponía a bajar a buscarla cuando percibí un ruido repentino.

Ahora bien: un hombre en mi posición —es decir, en el caso de un ciervo acosado —, ha de dedicar considerables reflexiones a propósito de cuál ha de ser su primera medida cuando oye un ruido cercano. Era muy posible que se tratase de J. Washburn Stoker, puesto ya sobre la pista, porque no cabía duda de que, una vez descubierta mi desaparición del camarote, debía buscarme en la casa. De modo que mi actitud al dejar mi alcoba no se asemejaba a la del león abandonando su guarida, sino más bien a la de un, desconfiado caracol asomando la cabeza fuera de su concha durante una

tormenta. Me limité a asomarme al umbral y escuchar.

Por cierto que no faltaban cosas que oír. Quienquiera que fuese el autor del barullo, se hallaba evidentemente en la sala y parecía mantener descomunal combate con todos los muebles. Y creo que fue la reflexión de que un hombre práctico como Stoker no habría de perder el tiempo entreteniéndose con los muebles cuando iba en pos mío, la que me impulsó al extremo de salir de puntillas a la escalera y mirar por encima de la balaustrada.

Lo que he descrito como sala era más bien una especie de vestíbulo bastante liberalmente amueblado para su reducido tamaño, ya que contenía una mesa, un reloj de edad provecta, un sofá, dos sillas y de una a tres urnas de cristal conteniendo pájaros disecados. Desde mi observatorio, podía abarcar de una ojeada todo el lugar. A la luz de una lámpara de aceite que ardía sobre la chimenea, pude observar que el sofá se hallaba volcado, las dos sillas habían sido arrojadas por la ventana, las urnas de las aves estaban rotas y, en aquel preciso momento, una sombra forcejeaba en un ángulo con el reloj. Era difícil decir con certidumbre cuál de los dos combatientes llevaba la mejor parte. De haberme sentido con ánimo deportivo, creo que hubiese apostado por el reloj. Pero no me sentía con semejante ánimo. Un repentino movimiento de los combatientes me acababa de revelar la faz de la sombra, y con considerable emoción pude advertir que se trataba de Brinkley. Como una oveja volviendo al redil, el maldito Brinkley tornaba a casa con un retraso de veinticuatro horas, y palmariamente beodo como una cuba.

El amo de casa despertó en mí. Olvidando lo imprudente que era que me viese nadie, sólo recordé que aquel fiero partidario del plan quinquenal estaba despedazando todo el ajuar de la morada de Wooster.

—¡Brinkley! —grité.

Debió pensar al principio que aquélla era la voz del reloj, porque se lanzó al asalto de éste con renovada energía. Luego, súbitamente, reparó en mí e interrumpió su pugna. La caja del reloj, tras vacilar unos instantes, recuperó la perpendicularidad, dando un golpe, emitió trece campanadas y recayó en silencio.

—¡Brinkley! —repetí.

Y ya iba a agregar: «¡Maldita sea!», cuando en los ojos del sirviente apareció un relámpago, ese relámpago propio del hombre que de repente lo comprende todo. Permaneció un momento irresoluto y luego lanzó un grito:

—¡El diablo!

Y, empuñando un trinchante que yacía sobre la chimenea —como con la idea de ¿quién sabe cuándo una cosa así puede ser útil?— comenzó a subir la escalera.

Si yo llegase a tener nietos —lo que en aquel momento parecía asaz remoto— y trepasen a mis rodillas pidiéndome un cuento, les relataría el de cómo gané mi dormitorio sólo a una cabeza de distancia del trinchante. Y si, como resultado,

pasaran una noche inquieta y despertasen gritando, tendrían una idea de cuáles fueron las emociones de su anciano pariente en aquella coyuntura. Y decir que Bertram, luego de cerrar la puerta, echar el cerrojo, apoyar una silla contra el batiente y la cama contra la silla, se sintió tranquilizado, sería hacer una aserción absurda. Sólo puedo sugerir mi actitud de aquellos instantes diciendo que si Stoker hubiese sobrevenido de pronto, yo lo habría acogido como a un hermano.

Brinkley, por el agujero de la cerradura, me pedía que saliese, a fin de cerciorarse de cuál era el color de mis órganos internos, y por Dios que lo que puso el toque final a mi desasosiego fue escuchar el acento respetuoso con que hablaba. Seguía llamándome «señor», lo que juzgué infernalmente idiota. Quiero decir que si uno está exhortando a un sujeto a que salga, con el objeto de descuartizarle con un trinchante, es ilógico agregar un «señor» tras cada dos o tres palabras. Son dos cosas que no concuerdan. En este punto me pareció que la primera medida aconsejable era disipar el equívoco que oscurecía su mente.

Apliqué los labios a la madera.

—No se preocupe, Brinkley. Estoy bien.

—Estará mejor, señor, si sale usted —dijo cortésmente.

—No soy el diablo.

—Sí lo es, señor.

—Le digo que no lo soy.

—Sí lo es, señor.

—Soy Wooster.

Exhaló un grito penetrante.

—¡El diablo tiene ahí dentro al señor Wooster!

Una expresión tan al antiguo estilo no es corriente oírla ahora todos los días y, por tanto, deduje que la última sentencia se dirigía a una tercera persona. Y de cierto que yo daba en el clavo, porque a la sazón una voz amigdalítica interrogó:

—¿Qué pasa aquí?

Era mi siempre insomne vecino el sargento Voules.

Mi primer sentimiento al advertir que la Ley se interponía entre nosotros, fue de magno alivio. En aquel sujeto había muchas cosas que no me gustaban —su costumbre de meter las narices en garajes y cobertizos, por ejemplo—, pero no cabía negar que era un tipo útil en una situación como aquélla. Porque frenar los arrestos de un criado loco no es labor al alcance de cualquiera. Se necesita cierta personalidad, cierta presencia. Y aquel activo celador del orden poseía ambos elementos en toda plenitud. Ya me disponía, pues, a estimularle con adecuados sonidos a través de la puerta, cuando una voz interior me dijo que me valdría más reprimirme.

Porque, ¿saben?, lo malo en esos vigilantes sargentos de policía es su mala

costumbre de andar con preguntas. Viendo a Bertram Wooster embadurnado de betún, no era fácil que Voules diese el asunto por zanjado con un encogimiento de hombros y un indiferente «buenas noches». No: me interrogaría impresionado, me pediría que le acompañase al puesto de policía y avisaría a Chuffy para que éste indicase cuál era la medida procedente. Se llamarían médicos y se me aplicarían compresas heladas. Con el resultado de que me vería confinado en la vecindad, dando tiempo a que Stoker descubriese mi camarote vacío y el lecho intacto, y, pasando a tierra, me apresara y me llevara de nuevo al yate.

Así, pensándolo mejor, no dije nada, limitándome a respirar por la nariz, para contener mis jadeos.

Al otro lado de la puerta tenía lugar un grave diálogo, y les doy mi palabra de que, de no ser por los hechos anteriores, podía jurarse que el extraordinario pajarraco de Brinkley estaba tan despejado como una colegiala. Su embriaguez, una de las más formidables de la historia, no hacía sino poner en su habla un toque de fría precisión y hacerle articular las palabras con una nitidez cristalina, casi comparable a la de una campanilla de plata.

—El diablo está ahí dentro, asesinando al señor Wooster —dijo.

Y nunca, no siendo en locutores de radio, oí expresión más bellamente modulada.

Presumo que ustedes considerarían sensacional tal aserción, pero no pareció impresionar en exceso al sargento Voules. El sargento era uno de esos hombres que gustan de estudiar las cosas por su debido orden e irlas discriminando una a una, y de momento pareció interesado exclusivamente en el trinchante.

—¿Qué hacía usted con ese cuchillo? —preguntó.

Nada podía igualar en cortesía y deferencia a la contestación de Brinkley.

—Lo cogí para atacar al diablo, señor.

—¿Qué diablo? —preguntó Voules, pasando al segundo punto.

—Un diablo negro.

—¿Negro?

—Sí, señor. Está en este cuarto, asesinando al señor Wooster.

Ahora que ya había precisado las cosas, Voules pareció interesarse.

—¿En este cuarto?

—Sí, señor.

—¿Asesinando al señor Wooster?

—Sí, señor.

—Una cosa así no puede tolerarse —declaró Voules severamente, añadiendo un restallido de la lengua.

Sonó en la puerta un golpe autoritario.

—¡Eh!

Guardé un prudente silencio.

—Con permiso, señor —oí decir a Brinkley.

El retumbar de sus pies en la escalera me hizo presumir que bajaba, acaso para sostener otro asalto con el reloj.

Un nuevo repique de nudillos conmovió la puerta.

—¡Eh, los de dentro!

No hice comentario alguno.

—¿Está usted ahí, señor Wooster?

Yo empezaba a sentir la impresión de que aquella plática era demasiado unilateral, pero no veía remedio posible. Me acerqué a la ventana y miré al exterior, más por entretener el tiempo que por otra cosa, y fue entonces —y sólo entonces, lo aseguro a ustedes— cuando comprendí que existía una forma de librarse de aquella desagradable escena. No había gran distancia hasta el suelo, y con una sensación de esperanza comencé a formar nudos en una sábana, con el propósito de darme a la fuga.

Entonces retumbó la voz de Voules:

—¡Eh!

Abajo contestó la voz de Brinkley:

—¿Señor?

—¿No ve lo que va a hacer con esa lámpara?

—Sí, señor.

—¡La va a volcar!

—Sí, señor.

—¡Va usted a prender fuego a la casa!

—Sí, señor.

Entonces sonó un romper de cristales y el sargento bajó corriendo la escalera. Siguió a esto un estrépito que juzgué delator de que Brinkley, terminada su faena, huía cerrando la puerta exterior con un violento golpe. Y hubo luego un portazo más, como si el sargento a su vez ganase el campo abierto. Luego se futró por el ojo de la cerradura una voluta de humo.

No creo que haya combustible mucho mejor que esas viejas casas rurales. Aplique usted a ellas una cerilla, o vuelque en el vestíbulo una lámpara de aceite, como también puede ser el caso, y es cosa hecha. No había transcurrido medio minuto cuando halagó mis oídos un grato crepitar y en un rincón de la alcoba sobrevino una alegre llamarada.

Aquello era suficiente para Bertram. Un momento antes, había estado haciendo nudos en una sábana y preparando, con tiempo, lo que pudiera llamarse una fuga de lujo. Pero ahora apresuré las cosas notablemente. En mi interior surgía una cierta inclinación a creer inoportunas determinadas comodidades.

Recuerdo haber leído en un periódico uno de esos interesantes problemas de

«¿Qué salvaría usted primero si se encontrase en una casa incendiada?». Y, si recuerdo bien, entre los objetos a salvar figuraba un niño de pecho. Y un cuadro de mérito, y una tía enferma y en cama. Entiendo que tales posibilidades de elección son vastas y merecen fruncir el entrecejo y consagrarse a un detenido estudio del caso.

En la ocasión presente no titubeé. Ante todo, procuré salvar mi banjo. Imagínese mi abatimiento al recordar que lo había dejado en la sala.

Pero no me sentí dispuesto a bajar a la sala ni aun por aquel querido instrumento. Ya era bastante incierto si lograra librarme de verme asado como un pollito, porque la alegre llama del rincón había progresado no poco. Con un suspiro de pena, me apresuré hacia la ventana y un momento después caía sobre la hierba con la suavidad del dulce rocío.

¿O de la dulce lluvia? ¡Siempre me olvido de todo!

Jeeves debía saberlo.

Aterricé sin gran violencia y silentemente me deslicé a lo largo del seto que separaba mi jardincillo posterior del de Voules. Luego continué andando hasta llegar a una pequeña arboleda situada como a media milla del centro de aquellos animados asuntos. En el cielo se reflejaba un ancho resplandor, y se oía el estrépito producido por bomberos locales corriendo al cumplimiento de su deber.

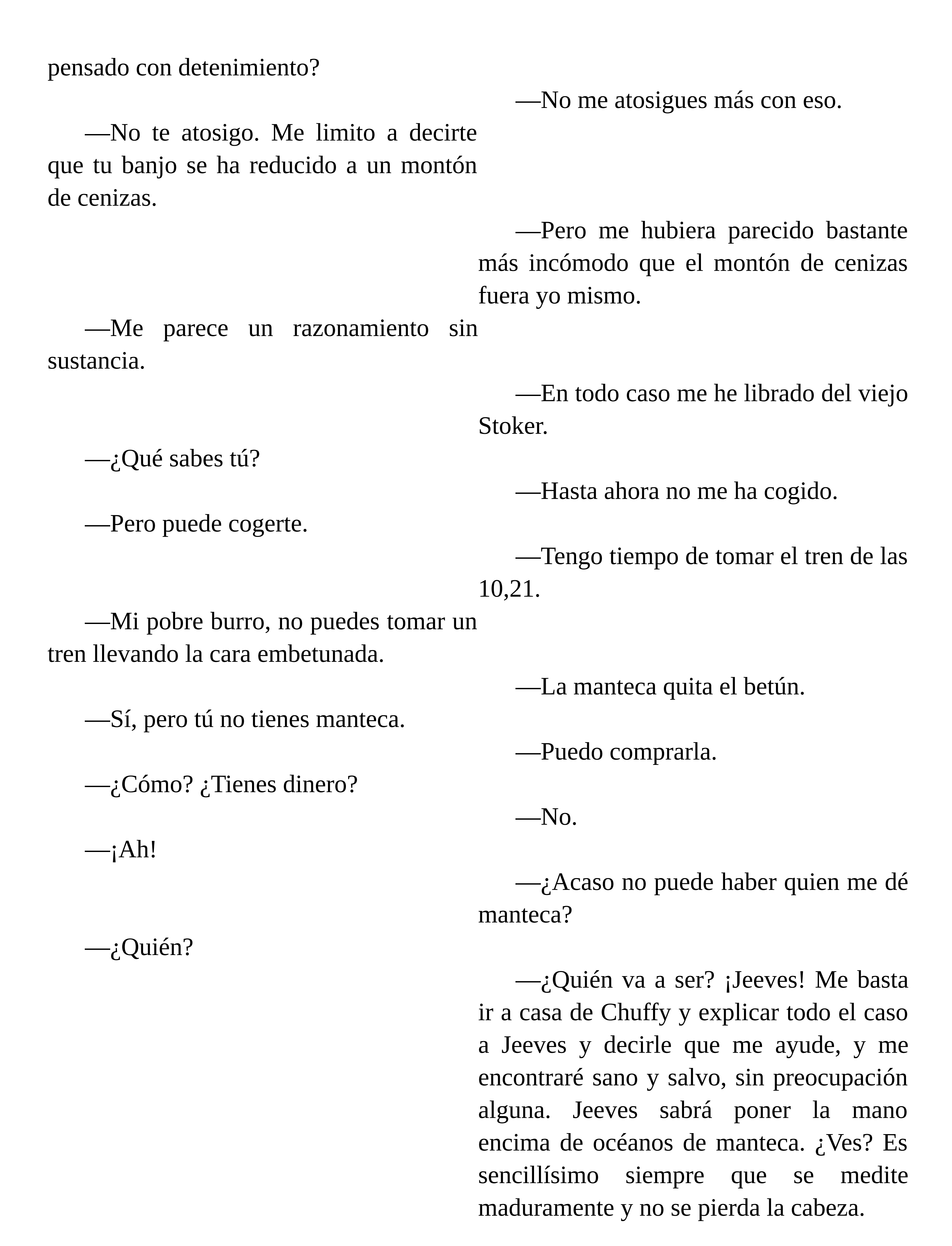
Me senté en un árbol caído y dediqué un espacio de tiempo a examinar la situación.

¿Era Robinsón Crusoe o quién diablos era el que, cuando las cosas se ponían un poco problemáticas, solía abrir una especie de cuenta de Debe y Haber, para cerciorarse de que en aquel momento concreto se hallaba con ventaja o retroceso respecto a la situación? En todo caso, alguien lo hacía así, y yo siempre había juzgado semejante idea como sensata.

Tal efectué entonces. Mentalmente, por supuesto, y sin dejar de tener el ojo avizor en previsión de la llegada de posibles perseguidores.

La cuenta venía a resultar como sigue:

DEBE:	HABER:
	—Ea, aquí estoy, ¿no?
—Sí, pero tu endiablada casa está ardiendo.	
	—No es mía. Es de Chuffy.
—Ya, pero todos tus efectos están en ella…	
	—No hay nada de valor.
—¿Y el banjo?	
	—¡Dios mío! Es verdad.
—¿No te parece que eso merece ser	



pensado con detenimiento?

—No me atosigues más con eso.

—No te atosigo. Me limito a decirte que tu banjo se ha reducido a un montón de cenizas.

—Pero me hubiera parecido bastante más incómodo que el montón de cenizas fuera yo mismo.

—Me parece un razonamiento sin sustancia.

—En todo caso me he librado del viejo Stoker.

—¿Qué sabes tú?

—Hasta ahora no me ha cogido.

—Pero puede cogerte.

—Tengo tiempo de tomar el tren de las 10,21.

—Mi pobre burro, no puedes tomar un tren llevando la cara embetunada.

—La manteca quita el betún.

—Sí, pero tú no tienes manteca.

—Puedo comprarla.

—¿Cómo? ¿Tienes dinero?

—No.

—¡Ah!

—¿Acaso no puede haber quien me dé manteca?

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? ¡Jeeves! Me basta ir a casa de Chuffy y explicar todo el caso a Jeeves y decirle que me ayude, y me encontraré sano y salvo, sin preocupación alguna. Jeeves sabrá poner la mano encima de océanos de manteca. ¿Ves? Es sencillísimo siempre que se medite maduramente y no se pierda la cabeza.

Y por Júpiter que en contra de tal idea no apareció un solo vestigio del Debe. Traté de encontrarlo, pero en cinco minutos de reflexión descubrí que había batido al Debe del todo. El Debe estaba fuera de la liza. No tenía nada que alegar.

Díjeme, claro, que podía haber pensado en aquella decisión desde el principio. Todo era condenadamente obvio, mirándolo bien. A la sazón, Jeeves debía hallarse ya de vuelta en casa de Chuffy. Me bastaba ponerme en contacto con él para que me proporcionara libras de manteca servidas en una bandeja señorial. Y no sólo esto, sino que me prestaría lo necesario para el billete y hasta para comprar unos chocolatines en la estación. La cosa se hallaba resuelta.

Álceme del tronco, y me puse en marcha. En el curso de mi carrera por salvar la vida había perdido el aliento un tanto, pero, aun así, gané pronto la carretera y cosa de un cuarto de hora más tarde llamaba a la puerta de servicio del palacio de Chuffy.

Me abrió una mujer menuda, a la que diputé por fregona. La mujer, mirándome, abrió inmensamente la boca, con una especie de atónito horror, y luego, exhalando un terrible chillido, huyó batiendo el suelo con las chancletas. Y no estoy muy seguro de que no arrojase también espumarajos por la boca.

XIV

Confieso que recibí una impresión considerable. Hasta entonces no había reparado nunca en el importante papel que una cara atrayente ejerce en la vida. Quiero hacer comprender que un Bertram Wooster con el rostro ligeramente atezado habría sido recibido, si llamase en la puerta de servicio de la casa de Chuffy, con respeto y deferencia. Y hasta no me hubiese extrañado que una muchacha perteneciente a la categoría social de las maritornes, me hubiera mostrado cortesía. No creo tampoco que las cosas hubiesen sido sustancialmente diversas si mi semblante presentara una interesante palidez o un conjunto de granos. En cambio, pura y sencillamente por ocurrírseme llevar en la cara una modesta capa de betún, la mujer se retorcía convulsivamente y huía sembrando de paroxismos un lado y otro del corredor.

Sólo cabía una cosa. Ya se oían voces en el pasillo haciendo preguntas y comprendí que de allí a breves momentos habría un regular concurso de domésticos en escena. Puse, pues, pies en polvorosa. Y, temiendo que las inmediaciones de la puerta posterior fuesen registradas, me embosqué en un grupo de arbustos no lejanos de la entrada principal.

En otras circunstancias —por ejemplo, si me hallara fumando un cigarrillo en una hamaca de la cubierta de un buque, y no en una selva feroz, asaltada por innúmeros escarabajos que se descolgaban a intervalos regulares sobre mi nuca—, probablemente habría encontrado muy placentera la perspectiva de lo que me rodeaba. Siempre he sido bastante partidario de gozar de la bucólica paz de un antiguo jardín inglés en el intervalo comprendido entre la cena y el acto de llenar el último vaso antes de acostarse. Desde mi escondrijo se veía la maciza mole del palacio recortarse sobre el cielo, y ello era, en verdad, impresionante espectáculo. Gorjeaban los pájaros en los árboles y juzgué que debía haber cerca un arríate de flores y acaso algunas plantas de tabaco, porque el aire estaba cargado de una grata fragancia. Añadan la perfecta quietud de la noche de verano, y, ¿qué más quieren?

No obstante, cosa de diez minutos después, la paz de la noche de verano sufrió una interrupción. De una de las ventanas salió un aullido. Reconocí la voz de Seabury y pensé con satisfacción que también él tenía sus contrariedades. Al cabo de un rato calló. Presumí que la querella había sobrevenido como secuela de su negativa a acostarse. El silencio se restableció.

Poco más tarde sonaron pisadas en el camino, hacia la puerta principal.

Mi primera idea fue que se trataba del sargento Voules. Chuffy, ¿comprenden?, es juez de paz del pueblo, y pensé que Voules acudía a dar cuenta del incendio a su superior. Me apelotoné, pues, entre los arbustos cuanto pude.

No era el sargento Voules. A la sazón la figura que advenía se perfilaba sobre un jirón de cielo, y cabíame ver que el hombre era más alto y menos rechoncho que

Voules. Subió los peldaños de la puerta y comenzó a llamar.

En los intermedios, entre aldabonazo y aldabonazo, cantaba un himno con voz meditativa. Era, si recuerdo bien, aquel que empieza «Guíanos, bondadosa luz», y tal circunstancia me habilitó para reconocer la personalidad del recién llegado. Yo había oído antes aquella voz de tenor. Una de las primeras cosas a que yo había tenido que poner el veto en mi casa de Chuffnell Regis era la costumbre de Brinkley de cantar himnos en la cocina mientras yo ejecutaba fox-trots en el banjo. Dos voces como aquélla no podían existir en el pueblo. El visitante nocturno no era otro sino mi sirviente, aunque la causa de su presencia en el palacio fuese más de lo que yo pudiera comprender.

Moviéronse luces en la casa y la puerta se abrió. Oí una voz algo irritada, y aquella voz era la de Chuffy. Habitualmente, el señor de Chuffnell Regis solía descargar en la servidumbre el cuidado de abrir, pero una llamada tan tremebunda como aquélla merecía al parecer atención especial. En todo caso, allí estaba Chuffy y de cierto no parecía muy satisfecho.

—¿Por qué diablos hace usted ese ruido?

—Buenas noches, señor.

—¿Qué demonios quiere usted? ¿Qué…?

Opiné que iba a entregarse a mayores excesos verbales, pero en esta sazón Brinkley interrumpióle:

—¿Está el diablo aquí?

Era una pregunta sencilla, fácil de responder con un sí o un no; más Chuffy quedó desconcertado por ella.

—¿Si está… quién?

—El diablo, señor.

Confieso que nunca había juzgado yo a Chuffy como un ciudadano de muy rápida mentalidad, creyéndole más poderoso en materia de músculos y tendones que en asunto de sustancia gris; pero he de reconocer que en la presente coyuntura exhibió una aguda intuición que le honraba mucho.

—¿Está usted borracho?

—Sí, señor.

Chuffy pareció explotar como un cartucho de papel lleno de aire. Seguí su proceso mental —¿me entienden?— con mucha prontitud. Desde su desgraciada riña con la joven, en cuyo curso ella le diera la boleta y lanzándole fuera de su vida, Chuffy había estado sin duda meditando y rumiando y todo lo demás que hace un alma atormentada, sí que también anhelando la presencia de un objeto exterior en que desfogar sus reprimidas emociones. Y ahora encontraba uno. Desde la lamentable escena de la noche anterior, esperaba la ocasión de arrojar de sí el veneno que le emponzoñaba, y por Júpiter que el cielo le enviaba ahora aquel borracho agitador de

aldabones.

Echar a Brinkley de los escalones y perseguirle por el camino, asestándole un puntapié aproximadamente a cada yarda que recorrían, fue cosa de un momento para el quinto barón Chuffnell. Pasaron ante mi refugio a cosa de unas cuarenta millas p. h. y desaparecieron en la distancia. A poco oí pasos y Chuffy regresó, silbando, satisfecho, como quien se ha descargado de parte del peso que abrumaba su alma.

Se detuvo junto a mi parapeto para encender un cigarrillo, y juzgué llegado el momento de tomar contacto.

Adviertan que yo no sentía unos deseos frenéticos de charlar con Chuffy —ya que su actitud al separarse de mí la noche antes había estado muy lejos de ser benévola—, y si mis horizontes hubiesen sido un tanto más rosados, es bien cierto que habría dejado escapar aquella oportunidad de un coloquio amable. Pero Chuffy constituía mi última esperanza. Con aquellas manadas de fregonas sufriendo accesos de histeria cada vez que yo apareciese en las puertas, parecíame imposible comunicar con Jeeves aquella noche. No menos imposible era recorrer las casas de la vecindad, pidiendo manteca a gentes desconocidas en absoluto. Ya saben lo que pasa, ¿no? Sí un tipo con la cara cubierta de betún aparece a la puerta de uno dándole un sablazo de manteca, no se siente por él la menor simpatía. Y si no se le ha visto jamás, con mayor motivo.

Todo señalaba a Chuffy como el lógicamente llamado a resolver la situación. Era un hombre que tenía manteca a su alcance y, ahora que, a expensas de Brinkley, había aligerado un tanto la carga de su ánimo, era fácil que se sintiese propicio a socorrer a un antiguo amigo con un cuarto de libra, o cosa así, del lácteo producto. Me deslicé, pues, fuera del matorral y me situé a retaguardia de mi camarada.

—¡Chuffy! —dije.

Comprendí que me hubiese convenido hacerle una advertencia más explícita sobre mi personalidad. A nadie le agrada oír voces sonando repentinamente en su misma nuca, y así lo hubiera reconocido yo de hallarme en un estado mental más sereno. No diré que hubo una repetición exacta del lance de la maritornes; pero por un instante las cosas se inclinaron mucho a reproducirlo. El pobre muchacho dio un salto, literalmente. El cigarrillo cayó de su mano, sus dientes entrechocaron y todo su cuerpo se estremeció. Dijérase que yo acababa de pincharle allende los fondillos del pantalón con una barrena o taladro. He visto salmones que se comportaban análogamente al ser arponeados.

Hice cuanto pude para calmar la tempestad con palabras conciliadoras.

—Soy yo, Chuffy.

—¿Quién?

—Bertie.

—¿Bertie?

—Bertie.

—¡Oh!

No me complugo mucho el tono de aquel «¡Oh!». No sonaba muy hospitalario. Uno ha aprendido a saber cuándo es un personaje popular y cuándo no. Resultaba muy notorio, que en aquella ocasión yo no lo era y me pareció prudente, antes de pasar al tema esencial, exteriorizar algún trascendente cumplido.

—Has tratado admirablemente a ese sujeto, Chuffy —dije—. Me ha gustado tu faena. Me fue particularmente agradable ver cómo le recibías, porque también yo le hubiese dado de puntapiés con placer, de haber tenido ánimos para ello.

—¿Quién era?

—Mi criado Brinkley.

—¿Qué hacía aquí?

—Supongo que buscarme.

—¿Y por qué no te buscaba en tu casa?

Yo había esperado una oportunidad idónea para transmitirle las oportunas noticias.

—Lamento decirte, Chuffy, que tienes una casa menos. Brinkley acaba de incendiarla.

—¡Cómo!

—Estaría asegurada, ¿verdad?

—¿Que ha quemado la casa? ¿Cómo? ¿Por qué?

—Un capricho. Debió parecerle, de pronto, Una buena idea.

Chuffy tomó la cosa un poco mal. Vi que reflexionaba y por mi parte le hubiese dejado reflexionar a sus anchas, de no urgirme alcanzar el tren de las 10,21.

—Tengo que molestarte, muchacho…

—¿Por qué ha quemado la casa?

—Es inútil tratar de desentrañar la psicología de individuos como Brinkley. Ejecutan sus actos a impulsos de una fuerza misteriosa. Bástate saber que la ha quemado.

—¿No habrás sido tú?

—¡Muchacho!

—Porque parece una de esas estupideces, propias de un cabezota como tú, que sueles hacer —dijo Chuffy, disgustándome no poco al hacer notar el tono de rencor que latía en su voz—. Y, eso aparte, ¿qué haces aquí? ¿Quién te ha llamado? Si crees que, después de lo sucedido, puedes andar yendo y viniendo a mi casa tranquilamente…

—Ya, ya… Comprendo… Hay un doloroso equívoco. Y frialdad. Y tendencia a juzgar mal a Bertram. Pero…

—Además, ¿de dónde has salido? Ni siquiera te había visto.

—Estaba escondido entre unos arbustos.

—¿Entre unos arbustos?

Por su acento juzgué que aquel hombre, siempre predispuesto a pensar mal de sus amigos, había vuelto a juzgar erróneamente el caso. Oí el chasquido de una cerilla al encenderse, y un momento después el quinto barón empezó a examinarme a favor de la llamita. Apagóse la luz y oí a Chuffy respirar profundamente, en las tinieblas.

Comprendí lo que ocurría en su mente. Sin duda pugnaban en él antagónicos sentimientos. Su inclinación a no tratar más conmigo después del incidente de la última noche forcejeaba con la reflexión de que, al cabo, habíamos sido durante largos años buenos compañeros. Un fulano, se decía Chuffy, de cierto puede dejar de mantener relaciones cordiales con un antiguo condiscípulo, pero no abandonarle a su suerte, permitiéndole errar por el mundo, sin norte, en el estado en que él me suponía.

—Más te vale dormir la mona —dijo con cierto hastío—. ¿Puedes sostenerte en pie?

—No es lo que piensas —me apresuré a manifestarle—. Escucha.

Y, con persuasiva facilidad, silbé los aires de *Constitución Británica*, *Concha vende conchas marinas* y *Él estaba en la puerta de la tienda de salsas de pescado propiedad del honrado mercader que le acogía con calor*.

La demostración surtió efecto.

—¿No estás borracho?

—Ni en lo más mínimo.

—Pues te habías escondido entre los arbustos.

—Sí, pero…

—Y tienes negra toda la cara.

—Ya lo sé. Ahora atiende, y lo comprenderás todo.

Supongo que a ustedes les ha sucedido tener que relatar una historia relativamente larga y notar, a mitad de ella, que no gozan ustedes de las simpatías del auditorio. Y yo lo noté entonces. Desagradable sensación, ¿eh? No porque Chuffy dijera nada. Sólo que parecía desprenderse de él una especie de magnetismo animal a medida que yo pasaba de un punto a otro. Y cada vez me sentía más convencido de que estaba dando en hueso, si es que ustedes se hacen cargo de lo que con esta metáfora quiero decir.

No obstante, continué, imperturbable, y, habiendo referido los hechos más salientes, concluí haciendo una conmovedora impetración de la necesaria materia sebosa.

—Manteca, Chuffy, muchacho —expliqué—. Mundos de manteca. Si tienes manteca, prepárate a facilitármela. Yo navegaré un rato por aquí mientras te vas a la cocina a por el lácteo elemento. ¿Te das cuenta de que urge el tiempo? Necesito coger ese tren, y…

Chuffy calló durante un par de momentos. Y cuando habló al fin, palpitaba en sus

palabras un acento tan torvo, que mi corazón, oyéndole, se hundió en profundos abismos.

—Aclaremos esto —expuso—. ¿Tú quieres que yo te proporcione manteca?

—Ésa es mi idea.

—¿Para limpiarte con ella la cara y luego poder tomar el tren de Londres?

—Sí.

—¿Librándote así de Stoker?

—Justo. Es maravilloso lo bien que lo entiendes todo —respondí con tono satisfecho, pensando que convenía suavizarle un poco (aplicarle algo de jabón, ¿saben?)—. Creo que no hay seis ciudadanos en el mundo capaces de haberme comprendido tan prontamente. Siempre he creído muy grande tu inteligencia, chico, mucho…

Pero el corazón se me sumió en mayores profundidades al oír a Chuffy respirar emocionalmente en la sombra.

—En otras palabras —dijo—, deseas que te ayude a descargarte de la obligación de honor que has contraído.

—¿Eh?

—¿A qué vienen esos «Eh»? —exclamó Chuffy.

Me pareció que temblaba de pies a cabeza, pero no pude precisarlo, por la oscuridad.

—No te interrumpí mientras me contabas tu degradante historia, porque deseaba saberlo todo con precisión. Pero ahora permíteme decirte unas cuantas cosas.

Y emitió una insinuación de rugido.

—¿Quieres coger el tren de Londres, eh? No sé lo que te juzgarás a ti mismo, Wooster, pero si quieres conocer la opinión que mereces a un espectador imparcial, te diré que te comportas como un cerdo, un bandido, un gusano, un perro, un borracho y un maldito indecente. ¡Dios mío! Esa bellísima joven te ama. Su padre tiene la nobleza de consentir en vuestra boda. Y en vez de sentirte complacido, y encantado, y loco de alegría como… ¡Hum, como cualquiera! En vez de eso proyectas tomar el portante.

—Pero, Chuffy…

—¡Tomar el portante! Te propones, brutalmente, implacablemente, limpiarte la cara, dejar sola a esa muchacha, desgarrando su tierno corazón, abandonándola, huyendo, arrojándola lejos de ti, como si fuese un… un… un… ¡Que me maten si no voy a acabar olvidándome hasta de mi nombre! Como un guante inservible.

—Pero, Chuff…

—No trates de negarlo.

—¡Pero, maldita sea, si ella no está enamorada de mí…!

—¡Ah! ¿No lo está y es capaz de huir de su yate a nado, para reunirse contigo?

—Te ama a ti.

—¡Bah!

—Te digo que sí. Vino a nado anoche para reunirse contigo. Y si está dispuesta a que nos casemos, es para vengarse de lo mal que la has juzgado.

—¡Bah!

—Sé razonable, muchacho, y tráeme manteca.

—¡Bah!

—¿Por qué no prescindes de tus «¡bahs!»? No nos llevan a nada concreto y son bastante tontos. Necesito manteca, Chuffy. Es esencial. Aunque sólo haya un poquito, tráela. Te habla Wooster, muchacho, tu antiguo condiscípulo, el hombre que te conoce desde que era así de pequeño.

Me detuve. Por un momento pensé haberle tocado la cuerda sensible. Su mano cayó sobre mi hombro. En aquel momento me hubiese apostado la camisa a que se había suavizado.

Y así era, pero no en el sentido conveniente.

—Voy a decirte mi sincera opinión, Bertie —declaró con una especie de feroz bondad—. No pretenderé afirmar que no amo a esa muchacha. A pesar de lo ocurrido, sigo queriéndola. Y la querré siempre. La quise desde que la conocí. Fue en la parrilla del «Savoy». Estaba sentada hacia el centro de ese elegante lugar, bebiendo medio «Martini» seco, porque Sir Roderick y yo llegábamos con cierto retraso y el padre de la joven había pensado que, en vez de esperarnos a palo seco, nada les impedía tomar una copa. Nuestras miradas se cruzaron y adiviné en el acto que ella era la mujer que me deparaba el destino, ya que me hallaba en tinieblas respecto a esa loca pasión que siente por ti.

—¡No es verdad!

—Ahora lo comprendo bien y sé que nunca conseguiré a esa mujer para mí. Pero está en mi mano procurar, Bertie, que, puesto que tiene por ti esa pasión, no le sea arrebatada su felicidad. Con tal de que sea dichosa, me sentiré satisfecho. No sé por qué motivos, su amia la inclina a ser tu esposa. Es incomprensible semejante ocurrencia. No entremos, pues, en discusión del caso. La cuestión es que, por razones inexplicables, Paulina está loca por ti. Y es curioso que precisamente hayas venido a mí, y no a otra persona, en petición de ayuda. ¿Ayudarte yo a disipar sus sueños juveniles y a despojarla de su dulce confianza infantil en la bondad de la naturaleza humana? ¿Crees que colaboraré en tu sucio proyecto? ¡Narices! No cuentes con mi manteca, muchacho. Te quedarás exactamente en el estado en que te hallas y me siento seguro de que, pensándolo mejor, acabarás resolviendo volver al yate y cumplir tus obligaciones como un caballero inglés.

—Pero, Chuffy…

—Y, si quieres, seré tu padrino de boda. Una tortura para mí, por supuesto, pero si

lo deseas, la arrostraré.

Aferré su mano.

—¡Manteca, Chuffy!

Movió la cabeza.

—Nada de manteca, Wooster. Es mejor para ti.

Y apartando mi mano como si fuera un guante inservible, se alejó en la noche.

No sé cuánto tiempo permanecí allí, clavado en el suelo. Pudo ser poco tiempo. Pudo ser infinito. La desesperación me atenazaba y cuando esa circunstancia se produce, uno no suele mirar el reloj.

Digamos, pues, que en un momento dado —cinco, diez, quince o acaso veinte minutos más tarde— advertí que alguien tosía a mi lado, como una respetuosa oveja tratando de atraer la atención de su pastor, y entonces, con lo que puedo describir como asombro o inmenso alivio, reconocí a Jeeves.

XV

Todo ello me pareció de momento un tremebundo milagro; pero tenía explicación.

—Supuse, señor —dijo Jeeves—, que no había usted abandonado los contornos y me hallaba explorándolos. Al informarme de que la criada había sufrido un acceso histérico en el acto de abrir la puerta y descubrir a un ser de negro rostro, deduje que era usted, proponiéndose sin duda hablar conmigo. ¿Ha pasado algo desfavorable, señor?

Me enjugué la frente.

—Jeeves —repuse—, me siento como un niño perdido cuando encuentra a su madre.

—¿De verdad, señor?

—Suponiendo que no le ofenda oírse llamar madre.

—De ningún modo, señor.

—Gracias, Jeeves.

—¿Ha pasado algo enojoso, señor?

—¡Enojoso! Usted lo ha dicho. ¿Cómo se llama eso tan complicado en que se encuentra la gente a veces?

—Un aprieto, señor.

—Pues yo me hallo en el más extremo aprieto, Jeeves. Para empezar le diré que descubrí que el agua y jabón no bastaban para quitarme el betún.

—No, señor. Debí haberle informado de que la manteca es elemento *sine qua non*.

—Estaba a punto de buscar manteca cuando llegó Brinkley (mi criado, ¿sabe?), y fue y quemó la casa.

—Lamentable, señor.

—La expresión «lamentable» define la situación insuficientemente, Jeeves. Diga más bien que ello me hundió en un abismo de mil demonios. Vine aquí para pedirle a usted manteca. Pero esa fregona desbarató mi proyecto.

—Es una muchacha nerviosa, señor. Y, por infortunada coincidencia, ella y la cocinera estaban ocupadas en aquel momento en hacer un experimento psíquico con un velador. Le tomó, señor, por un espíritu materializado.

Me amosqué un poco.

—Si las cocineras atendiesen a la lumbre y a los asados en vez de consagrarse a experimentos psíquicos, la vida sería diferente —dije.

—Muy cierto, señor.

—Entonces hablé con Chuffy. Y él se negó en redondo a proporcionarme manteca.

—¿Es posible, señor?

—Sí. Se puso muy antipático.

—En el presente instante, Su Señoría se halla bajo una gran congoja de ánimo, señor.

—Eso me ha parecido. Creo que me abandonó para emprender un paseo por el campo. ¡A esta hora de la noche!

—El ejercicio físico es un paliativo eficaz de la angustia espiritual, señor.

—De todos modos, no quiero mirar con rencor a Chuffy, ya que al menos pateó a Brinkley muy inteligentemente. El verlo me satisfizo mucho. Y ahora que usted llega, nos acercamos a un desenlace feliz, ¿verdad?

—Precisamente, señor. Me encantará proporcionarle manteca.

—¿Y alcanzaré el tren de las 10,21?

—Temo que no, señor. Pero hay otro a las 11,50.

—Entonces, todo irá como una seda.

—Sí, señor.

Respiré profundamente, sintiéndome muy tranquilizado.

—¿Y no podría usted darme unos cuantos bocadillos para el viaje, además?

—Ciertamente, señor.

—¿Y un trago de algo?

—Indudablemente, señor.

—Y si sucediese que llevara usted encima un objeto parecido a un cigarrillo, la cosa resultaría perfecta.

—¿Turcos o de Virginia, señor?

—Déme de las dos clases.

No hay nada como un cigarrillo para calmar el sistema nervioso. Fumé voluptuosamente durante un breve rato, y mis nervios, que me sobresalían del cuerpo lo menos una pulgada y se retorcían con angustia, recuperaron su forma y lugar acostumbrados. Me sentí restaurado, fortalecido y en disposición de hablar.

—¿Qué eran esos gritos, Jeeves?

—¿Cuáles, señor?

—Momentos antes de salir Chuffy de la casa, sonaron gritos animales de ella. Parecían proceder de Seabury.

—Él era, en efecto, señor. Está algo intratable esta noche.

—¿Por qué?

—Por no haber podido asistir al concierto de los negros, señor.

—Pues toda la culpa es suya. ¡Grandísimo bestia! Si quería ir a la fiesta del cumpleaños de Dwight, no debía iniciar una pendencia con él.

—Exacto, señor.

—Intentar extraer a un invitado una ayuda de un chelín y seis peniques en vísperas de la fiesta que da el susodicho invitado, es un acto propio de un calabaza.

—Muy cierto, señor.

—¿Y qué han hecho para acallar a Seabury? ¿Le han cloroformizado?

—No, señor. Según mis informes, se han tomado medidas para sustituir la diversión de los negros por otra, en obsequio del niño, señor.

—¿Cómo, Jeeves? ¿Se proponen que toque aquí la orquesta negra?

—No, señor. El gasto que ello originaría sitúa ese proyecto fuera de la esfera práctica. Pero creo que Lady Chuffnell ha inducido a Sir Roderick Glossop para que éste ofreciese sus servicios.

No comprendí.

—¿El viejo Glossop?

—Sí, señor.

—¿Y qué va a hacer?

—Parece, señor, que tiene muy buena voz de barítono y que, en sus tiempos de estudiante, solía cantar en reuniones y otros lugares semejantes.

—¡El viejo Glossop!

—Sí, señor. Así he oído decirlo a Lady Chuffnell.

—Nunca hubiera pensado yo semejante cosa.

—Convengo en que nadie lo pensaría juzgando por la apariencia actual de Sir Roderick, señor. *Tempora mutantor, nos et matamur in illis*.

—¿De modo que se propone calmar a Seabury cantando para él?

—Sí, señor. Y Lady Chuffnell le acompañará al piano.

—No resultará bien, Jeeves. Saque usted mismo las consecuencias…

—¿Señor…?

—Tenemos un rapaz que esperaba ver tocar a una orquesta de negros. ¿Es de creer que acepte con gusto a un médico psiquiatra, blanco de tez y acompañado al piano por esa señora?

—Sir Roderick no se presentará con la tez blanca, señor.

—¿Cómo?

—No, señor. La cuestión se ha debatido minuciosamente, y Lady Chuffnell ha entendido que era indispensable algo semejante a una orquesta negra. Cuando el joven Seabury tiene estos arrebatos, es muy exigente.

En mi emoción, tragué por mal camino una bocanada de humo.

—¿Y va a pintarse de negro el viejo Glossop?

—Sí, señor.

—Seamos sensatos, Jeeves. ¡No es posible! ¿Va a ennegrecerse la cara Sir Roderick?

—Sí, señor.

—No puede ser.

—Recuerde, señor, que en este momento Sir Roderick está muy dispuesto a

consentir en cualquier sugestión de Lady Chuffnell.

—¿Quiere usted indicar que está enamorado?

—Sí, señor.

—¿Y que el amor lo vence todo?

—Sí, señor.

—Mas, aun así… Si usted estuviese enamorado, Jeeves, ¿se ennegrecería la cara por complacer al hijo del ser adorado?

—No, señor. Pero todos no somos iguales.

—Es verdad.

—Sir Roderick quiso protestar, pero Lady Chuffnell contradijo sus objeciones. Y, de hecho, creo que será una cosa conveniente y que contribuirá a cerrar el abismo existente entre Sir Roderick y su futuro hijastro. Precisamente me consta que el joven Seabury ha intentado infructuosamente obtener ayudas pecuniarias de Sir Roderick, y se halla muy resentido contra él por esa causa.

—¿De manera que ha querido sablear al viejo?

—Sí, señor. Por una suma de diez chelines. El joven Seabury me ha suministrado esta información.

—Todos confían en usted, Jeeves.

—Sí, señor.

—¿Y Glossop no dio de puntapiés al mocoso?

—No, señor. Pero sometió al joven a una especie de exhortación moral. El muchacho lo define como una lata. Como consecuencia, existe cierta molestia por parte de Seabury contra Sir Roderick. Incluso tengo la impresión de que el joven planeaba alguna medida en concepto de represalia.

—¿Es posible que tenga el valor de jugar una mala pasada a su futuro padrastro?

—Los muchachos suelen ser muy audaces, señor.

—Cierto. Baste recordar el caso de Tomás, el hijo de mi tía Ágata, y del ministro.

—Si, señor.

—Impulsado por su malevolencia, Tomás dejó abandonado al muy honorable en una isla sita en el centro de un lago, y a merced de un cisne enfurecido.

—Sí, señor.

—¿Qué tal andamos de cisnes en esta región? Me gustaría, lo confieso, ver a Glossop enfrentarse con una de esas aves.

—Creo que las ideas del joven Seabury se inclinan más bien a tenderle alguna trampa o lazo, señor.

—Seguro. Ese niño no tiene imaginación. Ni visión. Lo he notado a menudo. Su mentalidad es… ¿Qué es, Jeeves?

—¿Pedestre, señor?

—Exacto. Disponiendo de las ilimitadas posibilidades que ofrece una casa de

campo, se contenta con cosas como poner agua y hollín en lo alto de una puerta, treta que cabe hacer en cualquier hotelito de suburbio. Nunca he juzgado bien a Seabury, y esto confirma el acierto de mi opinión.

—No se trata de agua y hollín, señor. Tengo entendido que el joven se propone recurrir a la vieja artimaña de extender manteca en el suelo para que Sir Roderick resbale en ella. Ayer me preguntó dónde guardábamos la manteca e hizo alusión a una película cómica que había visto en Bristol, y donde sucedía algo de esa naturaleza.

Me sentí disgustado. Bien sabe Dios que cualquier injuria infligida a un pajarraco como Sir Roderick Glossop hace vibrar una cuerda sensible en el corazón de Wooster; pero ¡un resbalón en manteca! ¡Descender tan bajo! En «Los Zánganos» no hay un solo individuo capaz de una treta tan ruin.

Emití una risa de desdén y luego me interrumpí en seco. La palabra «manteca» acababa de recordarme que la vida es dura y áspera y que el tiempo corría de prisa.

—¡Manteca, Jeeves! ¡Yo aquí, hablando inútilmente de la manteca, cuando ya debía usted estar en la despensa, buscándola!

—Voy a por ella en el acto, señor.

—¿Sabe dónde la guardan, Jeeves?

—Sí, señor.

—¿Y está seguro de que surtirá efecto?

—Completamente seguro, señor.

—Pues entonces vaya y dése prisa, Jeeves.

Me senté en un tiesto puesto boca abajo y reanudé mi vigilancia. Mis emociones eran diversas a las que sintiera cuando entré, poco antes, en aquella codiciable propiedad. Entonces yo era, por así decirlo, un desheredado, un ser sin un penique, con un sombrío horizonte ante mí. Ahora alboreaba la luz. No tardaría Jeeves en regresar con los elementos necesarios. Y, a poco, yo volvería a ser un hombre distinguido, de mejillas rosadas, y, a su debido tiempo, me hallaría en el tren que pasaba a las 11,50, camino de Londres y de la salvación.

Me notaba muy animado. Absorbía el aire nocturno con extremo contento. Ningún peso oprimía mi ánimo. Y mientras seguía absorbiendo el indicado aire estalló un tumulto en la casa.

Seabury parecía participar considerablemente en él. Aullaba con toda la fuerza de sus pulmones. De vez en cuando se advertía el acento más débil, pero penetrante sin embargo, de Lady Chuffnell, quien, al parecer, dirigía reproches a alguien. Mezclada con ambas voces, se elevaba una muy profunda, la inconfundible voz de barítono de Sir Roderick Glossop. Todo ello provenía, según los indicios, del salón. Nunca había asistido yo a tal estrépito, salvo una vez que, en Hyde Park, me hallé, sin darme cuenta, rodeado de una de esas confundidas masas corales que andan por el planeta.

No había transcurrido mucho tiempo, cuando la entrada se abrió, cerróse de nuevo el batiente con un portazo, y una persona salió de la casa. En el acto, emprendió una rápida marcha hacia la salida del jardín.

Por un momento, al abrirse la puerta, la luz del zaguán iluminó al personaje. Y ello me bastó para poder identificarlo.

Aquel individuo que se alejaba en la oscuridad con todos los indicios de ir rabioso hasta la raíz de los dientes, era Sir Roderick Glossop. Y noté que tenía la cara tan negra como el betún.

Momentos después, mientras reflexionaba en los sucesos generales, Jeeves avanzó por el flanco derecho.

Celebré verle. Deseaba noticias.

—¿Qué era eso, Jeeves?

—¿El tumulto, señor?

—Sí. Creía que estaban asesinando a Seabury. ¿No se habrá dado esa feliz circunstancia, eh?

—El joven ha sido víctima de un ataque personal, señor. Y el atacante fue Sir Roderick. No he sido testigo presencial de los hechos, pero he recibido informes de María, la doncella, que se encontraba en el lugar donde se desarrollaron.

—¿Se encontraba allí?

—Mirando por el ojo de la cerradura, señor. El aspecto de Sir Roderick, al hallarle ella, momentos antes en las escaleras, la sorprendió de tal modo, que se sintió inducida a seguirle. Creo que su rostro ennegrecido debió fascinar a la doncella, señor. Las jóvenes suelen inclinarse a mirar las cosas desde un punto de vista frívolo.

—¿Y qué pasó después?

—Puede decirse que el asunto tuvo su origen, señor, cuando Sir Roderick, al cruzar el zaguán, resbaló en la manteca que allí había esparcido el joven Seabury.

—De forma que el chico ejecutó el proyecto, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿Y Sir Roderick se dio un testarazo?

—Parece haber caído con cierta violencia, señor. La joven hablaba de ello con mucho brío. Comparó la caída a la de una tonelada de carbón. Confieso que la imagen me sorprendió, porque esa muchacha no es muy imaginativa.

Sonreí animado. La noche había empezado siendo dificultosa, pero terminaba bien.

—Sir Roderick, muy acalorado, se dirigió al salón, donde sometió al joven Seabury a un severo castigo. Lady Chuffnell se esforzó en hacerle desistir de sus propósitos, pero Sir Roderick se mantuvo firme. El desenlace fue una riña definitiva entre Lady Chuffnell y Sir Roderick. La primera aseguró que no deseaba volver a verle en su existencia, y el segundo afirmó que, si lograba salir alguna vez de aquella

abominable casa, no volvería a pisar sus umbrales de nuevo.

—Una buena refriega, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿Y el noviazgo deshecho?

—Sí, señor. El afecto que Lady Chuffnell consagraba a Sir Roderick fue instantáneamente ahogado por una ola de ofendido amor maternal.

—¡Bien descrito, Jeeves!

—Gracias, señor.

—¿Así que Sir Roderick se ha desvanecido para siempre?

—Tal parece, señor.

—¿Sabe que la casa de los Chuffnell lleva unos días muy agitados? Se diría que pesa una maldición sobre ella.

—Si uno fuese supersticioso, podría ciertamente suponerlo, señor.

—En todo caso, si no pesaba sobre ella maldición alguna, ahora pesan lo menos cincuenta y siete. Le oí proferirlas a Glossop mientras se marchaba.

—Eso indica que iba muy afectado, ¿verdad, señor?

—Mucho, Jeeves.

—Lo presumo, señor. Si no, no hubiese abandonado la casa en tales circunstancias.

—¿Cómo?

—Comprenda, señor, que no es muy hacedero para Sir Roderick regresar a su fonda, u hotel, en las presentes condiciones. El aspecto de su rostro despertaría comentarios. No, no creo que vuelva al hotel. Comprendí su insinuación.

—¡Dios mío, Jeeves! Eso abre ante mí un nuevo horizonte. Déjeme examinarlo. Glossop no puede volver a la fonda, es evidente, ni tampoco pedir albergue en la de Lady C. De modo que no se me ocurre qué demonios hará.

—Es muy problemático, señor.

Quedé silencioso por un momento. Pensativo. Y, de extraña manera —puesto que en realidad debiera sentirme jubiloso—, notaba cierta angustia en el corazón.

—Realmente, Jeeves, a pesar de lo mal que ese sujeto me ha tratado antaño, lamento su situación. En absoluto. Si malo era para mí andar por el mundo con la cara embadurnada de betún, será peor para él, que tiene una posición que conservar. Porque el mundo, a mi entender, viéndome con el rostro ennegrecido, acaso se limitara a encogerse de hombros y decir: «¡Lo que es la juventud!», o algo semejante.

—Sí, señor.

—Pero no haría igual con un ciudadano como Glossop.

—Muy cierto, señor.

—¡Bueno, bueno, bueno! ¡Vaya, vaya, vaya! En fin, ésta es una venganza del cielo.

—Posiblemente, señor.

No suelo dedicarme a sacar moralejas de las cosas; pero en tal ocasión lo hice.

—Ello prueba que debemos ser buenos incluso con los humildes, Jeeves. Ese Glossop ha pasado años pisoteando mi rostro con sus ferradas botas, e inclinándose luego para ver dónde me había dejado señal. ¿Y qué habría pasado si ahora estuviésemos en relaciones de camaradería? Todo hubiera marchado como sobre ruedas. Viéndole alejarse de esa forma, le hubiese dicho: «Sir Roderick, un segundo. No ande por el planeta con el rostro enhollinado. Aguarde unos instantes a que venga Jeeves con la manteca, y todo, se arreglará». ¿No habría yo dicho esto, Jeeves?

—Una cosa parecida, señor.

—Y él se habría salvado de su temible situación, de ese lamentable aprieto en que se halla ahora. Presumo que el pobre hombre no podrá encontrar manteca hasta por la mañana. Y quizás entonces tampoco, si no lleva dinero encima. Y todo por no haberme tratado bien en el ayer. ¿Lo comprende, Jeeves?

—Sí, señor.

—Pero es inútil hablar de ello. Lo que ha de ser, será.

—Muy real, señor. Lo que los dedos escriben y, una vez escrito, se envía, no puede ser borrado ni en media línea por mucha prudencia y ahínco que se ponga, y todas las lágrimas no pueden suprimir una sola palabra de ello.

—Eso. Y ahora, Jeeves, déme la manteca. Vamos a lo mío.

Suspiró respetuosamente.

—Deploro decirle, señor, que, habiéndola empleado toda el joven Seabury para preparar su trampa, no queda en el palacio una gota de manteca.

XVI

Permanecí con la mano extendida, pegado a tierra. Mis facultades se habían paralizado. Recuerdo que una vez, en Nueva York, uno de esos niños italianos, de tristes ojos, que suelen patinar sobre ruedas en Washington Square, salió proyectado hacia mi chaleco, con extraordinaria violencia, mientras yo daba un paseíto por el lugar. Finalizó su viaje en el tercer botón a contar desde arriba, y yo experimenté una sensación como la que ahora experimentaba. Una especie de atonía. De hundimiento. De falta de respiración. Cual si alguien me hubiese golpeado el alma con un saco terrero.

—¿Cómo?

—Sí, señor.

—¿No hay manteca?

—No hay manteca, señor.

—¡Es horrible, Jeeves!

—Muy enojoso, señor.

Si Jeeves tiene algún defecto es el de mostrarse en semejantes crisis más sereno e impertérrito de lo que uno deseara. Generalmente uno no exterioriza protesta alguna, porque sabe que Jeeves es dueño de la situación y no perderá tiempo en comparecer con un plan bien madurado. Pero he creído a menudo que bien podía Jeeves empezar por mirarle a uno con los ojos desorbitados, y así lo opiné en tal coyuntura. A mi parecer, el adjetivo «enojoso» distaba muchas toesas de precisar los hechos.

—¿Y qué voy a hacer?

—Temo que sea necesario aplazar la limpieza de su rostro hasta un momento posterior, señor. Mañana podré proporcionarle manteca.

—¿Y esta noche?

—Esta noche, señor, presumo que habrán de dejarse las cosas *in statu quo*.

—¿Eh?

—Es una expresión latina, señor.

—¿Quiere usted sugerir que no podemos hacer nada hasta mañana?

—Lo sospecho, señor. Es lamentable.

—¿No puede definirlo de otro modo?

—Sí, señor. Como muy lamentable.

Exhalé un sonido algo irritado.

—Bien, Jeeves. Como quiera. ¿Y qué hago entretanto?

—Habiendo atravesado usted una noche de prueba, señor, creo oportuno que procure dormir lo más posible.

—¿En la hierba?

—Si me permite la indicación, señor, le diré que se sentiría más cómodo en la

casa del parque donde vivía anteriormente Lady Chuffnell. Está a poca distancia y se halla desocupada.

—No puede ser. ¿Iban a dejarla vacía?

—Uno de los jardineros está encargado de cuidarla mientras Lady Chuffnell y su hijo permanezcan en el palacio; pero a esta hora el jardinero se encuentra siempre en «Las Armas de Chuffnell», la taberna del pueblo. Podría usted con toda facilidad entrar en la casa y ocupar uno de los cuartos del piso alto sin que dicho encargado lo supiera. Mañana por la mañana yo me reuniría a usted llevando los necesarios elementos.

Confieso que aquél no era mi modo ideal de pasar una noche tremendamente larga.

—¿No se le ocurre nada mejor?

—No, señor.

—¿Y dejarme, por ejemplo, su propia cama para pasar la noche?

—No, señor.

—Entonces tendré que ir ahí.

—Sí, señor.

—Buenas noches, Jeeves —murmuré sombrío.

—Buenas noches, señor.

No me llevó mucho tiempo llegar a la casa buscada, no sólo porque estaba bastante cerca, sino porque, además, mi mente se ocupaba por completo en entonar himnos de odio dirigidos a las diversas individualidades que habían contribuido a situarme en lo que Jeeves llamaba una situación lamentable. Y quien más figuraba en aquellos cantos de aborrecimiento, era el maldito Seabury.

Cuanto más pensaba en aquel malvado, más profundamente se hundía el acero en mi alma. Y un resultado de la meditación concerniente a él fue engendrar —¿no se dice engendrar?—, fue, digo, engendrar en mi ánimo un sentimiento nuevo hacia Sir Roderick, un sentimiento que casi lindaba en simpatía.

Ya saben lo que sucede. Uno se pasa años considerando a un fulano como una maldición y una amenaza pública, y un día de pronto se informa de un acto noble ejecutado por el individuo, y entonces comprende que en él, al fin y al cabo, hay un elemento bueno. Así sucedía con Glossop. Yo había sufrido mucho a sus manos desde que nuestros senderos se cruzaron por primera vez. En la colección de seres fieros que el Destino había situado en torno a Bertram, Glossop figuraba desde el principio como uno de los más aviesos ejemplares, hasta el punto de que muchos y muy buenos jueces le consideraban en competencia para la obtención de la cinta azul con ese gran azote de los tiempos modernos que atiende por el nombre de tía Ágata. Pero a la sazón, examinando la reciente conducta de Glossop, me sentía

definidamente suavizado respecto a él.

Era, de cierto, imposible que una persona que había puesto en su lugar de tal modo al joven Seabury no tuviese mucho de bueno. Entre la tosca masa debía de haber partículas de metal fino. A tal extremo me condujo mi emoción que me dije que, caso de ponerse las cosas de modo que me permitiese volver de nuevo a la sociedad humana, me esforzaría en confraternizar con Glossop. Y alcanzaba la etapa mental en que me proponía iniciar la reconciliación ante una buena comida, regada de vino añejo, conversando él yo como antiguos amigos, cuando me hallé en las inmediaciones de la casa que buscaba.

Aquel edificio destinado a morada de las viudas de los Lores que subían al cielo en el palacio de los Chuffnell, era un caserón de mediano tamaño, del estilo de esos que los anuncios de la Prensa definen como lugares contenedores de cuartos cómodos y espaciosos. Se entraba por un portillo que, abriéndose en un seto, iniciaba un camino, a menos de que, con el propósito de entrar por una ventana posterior, se deslizase uno de árbol en árbol y cruzase luego sigilosamente una pradera.

Esto hice yo, aunque una mirada al lugar me hiciese ver que no era necesario. El lugar parecía desierto. Sin embargo, sólo se extendía ante mis ojos la fachada, y por tanto, si el jardinero, cambiando su costumbre de ir a tomar un vaso en la taberna local, se hallaba en la casa, debía estar a la sazón en la parte trasera. Allí, pues, encaminé mis pasos, haciéndolos tan cautelosos como pude.

No puedo decir que me agradase la perspectiva que me esperaba. Jeeves podía haber hablado despreocupadamente, o como quien tiene los triunfos en la mano, de que yo irrumpiese en la casa para pasar en ella la noche; pero mi experiencia me decía que, siempre que yo había tratado de realizar una irrupción de tal género, la había ejecutado mal. Todavía perduraba en mi memoria la ocasión en que Bingo Little me persuadió de que penetrase subrepticiamente en su casa y me adueñase de la reproducción dictafónica del artículo que su mujer (nacida Rosa M. Banks), la conocida novelista, había escrito para el periódico de mi tía Dalia llamado Milady's Boudoir. Pequineses, doncellas y policías tuvieron intervención en aquel asunto, causándome el disgusto y alarma que recordarán ustedes, y no deseaba ver repetida una cosa semejante.

Así, me deslicé con inteligente sigilo, y cuando divisé entornada la puerta de la cocina no me precipité hacia ella con el vigoroso ímpetu que hubiera desplegado hacía un año, cuando la vida no había hecho aún de mí el hombre desconfiado y escéptico que soy ahora, sino que la miré con ojo inquisitivo. Podía no haber novedad. Pero podía haberla. Sólo el tiempo lo diría.

Un momento después, celebré mi prudencia, al oír silbar dentro de la casa, lo cual probaba que el jardinero, en vez de acudir a la taberna, pasaba una quieta velada rodeado de sus libros predilectos. Ello, como se ve, no honraba la exactitud de los

informes de Jeeves.

Me embosqué en las sombras, cual un leopardo, sintiéndome no poco mohíno. Jeeves no tenía derecho a decir que el prójimo iba a tomar unas copas en la taberna cuando la realidad era distinta.

Y luego ocurrió una cosa que iluminó con nueva claridad la situación de las cosas, haciéndome comprender que yo había juzgado mal a Jeeves. Porque el silbido cesó, escuchóse un hipo y en seguida alguien comenzó a cantar *Guíanos, bondadosa luz*.

El ocupante de la casa no era el jardinero, sino el orgullo de Moscú, el inapreciable Brinkley.

Tal novedad me pareció requerir minucioso examen.

Lo malo en sujetos como Brinkley es que no se puede adoptar ante ellos una actitud definida, porque siempre están saltando de una modalidad a otra. Aquella noche, por ejemplo, en menos de una hora, yo había visto a Brinkley pasar de esgrimir un trinchante a someterse dócilmente a ser pateado por Chuffy, en toda la extensión de la avenida del jardín. Convenía, pues, saber en qué estado de ánimo se hallaba al presente. Porque, si yo entraba directamente en la casa, ¿qué manifestación de aquel hombre multilateral podría acogerme? ¿Sería un deferente amante de la paz con quien no procedería sino asirle por el fondillo de los pantalones y echarle fuera? ¿O me cabría en suerte andar toda la noche corriendo escaleras arriba y escaleras abajo, con él a una cabeza de distancia de mis hombros?

Fuera de esto, ¿qué había sido de su trinchante? A cuanto pude ver, no lo llevaba consigo durante su entrevista con Chuffy. Pero, a la vez, podía haberlo dejado en algún sitio y recogídolo ahora.

Ponderando la situación en todos los sentidos, resolví permanecer donde estaba. Un momento después, el sesgo de los acontecimientos probó la prudencia de mi decisión. Había empezado Brinkley a cantar *La noche es oscura*, con voz fuerte, aunque algo incierta en las notas bajas, cuando se interrumpió repentinamente. Y en seguida estalló un amedrentador conjunto de gritos, tropezones y caídas. Aun cuando no fuese conocido el motivo, era notorio que Brinkley se hallaba otra vez en la fase del trinchante.

Una de las grandes ventajas de vivir en el campo, si uno pertenece al tipo de loco agresivo que caracterizaba a Brinkley, es que se posee gran libertad de movimientos. Si el escándalo que promovía a la sazón lo hubiese provocado, digamos, en Grosvenor Square o Cadogan Terrace, hubiese producido infaliblemente la presencia de una multitud de policías antes de dos minutos. Habríanse abierto ventanas, sonado silbatos… Pero en el pacífico retiro de los dominios de Chuffnell, Brinkley gozaba de considerable amplitud para la ejecución de sus fines. Fuera del palacio, no había más casas en una milla a la redonda, y hasta el palacio se hallaba lo bastante lejos para

que el alboroto a que yo asistía no se oyera sino como un débil murmullo.

Respecto a quién era objeto de la persecución de Brinkley, no cabía pronunciarse con certidumbre. Podía ser el jardinero, que acaso no hubiese ido a la taberna y ahora estuviera lamentándolo. Pero podía ser igualmente que un sujeto en el estado de Brinkley se limitase a correr tras de fantasmas, por decirlo así, meramente por amor del ejercicio.

Me inclinaba a esta solución y preguntábame si no habría alguna posibilidad de que mi bendito sirviente rodase por la escalera y se partiese la nuca, cuando descubrí que me había equivocado. Durante unos minutos el ruido se aminoró, como si las actividades se trasladaran a un lugar más apartado dentro del edificio, y de pronto recobraran su cercanía y vigor. Oí pisadas presurosas en la escalera y luego un estruendo terrorífico. Casi en seguida se abrió la puerta trasera y brotó de ella una forma humana. Lanzóse precipitadamente en mi dirección, tropezó con no sé qué cosa y fue a rodar a mis pies. Ya empezaba yo a encomendar mi alma a Dios, y a poner mis esperanzas exclusivamente en él, cuando los comentarios que formulaba el caído me parecieron, por su calidad de palabrotas relativamente educadas, pertenecer a alguien de mejor cultura que Brinkley. Me detuve y me incliné. Mi diagnóstico resultaba justo. La forma humana era Sir Roderick Glossop.

Ya iba a presentarme a él e iniciar investigaciones, cuando se abrió la puerta otra vez y sobrevino una nueva figura.

—¡Y mucho cuidado con aparecer por aquí! —dijo, con notable acritud, el hombre de la puerta.

Era la voz de Brinkley. En aquella nada festiva circunstancia, fue, empero, una pequeña satisfacción para mí ver que se frotaba la espinilla izquierda.

Sonó un portazo y luego un correr de cerrojos. Poco después una voz de tenor principió a entonar Piedra sacrosanta, mostrando que, por lo concerniente a Brinkley, el episodio estaba concluido.

Sir Roderick, incorporándose, respiraba con dificultad, como si tuviese malparados los pulmones. No me extrañó, porque su salida había sido harto brusca.

Creí el momento oportuno para iniciar un diálogo.

—¿Qué, hay, qué hay? —dije.

Parecía ser mi sino en aquella noche concreta sobresaltar a mis semejantes, aun sin incluir a la fregona. Pero, juzgando por los resultados, la magnética fuerza de mi personalidad, se inclinaba un poco a desvanecerse de modo paulatino. Porque mientras la criada había sufrido un ataque histérico y Chuffy dado un salto, Sir Roderick se limitó a temblar como una taza sobre una bandeja al sufrir la última un tropezón. Mas esto podía deberse a incapacidad física de hacer otra cosa por el momento. Una entrevista con Brinkley bastaba para quitar el resuello del cuerpo a cualquiera.

—No se asuste —proseguí, a fin de disipar de su ánimo el temor de que quien le interpelaba fuese algún temeroso ser de las tinieblas—. Soy Wooster.

—¿Wooster?

—En absoluto.

—¡Dios mío! —exclamó, algo tranquilizado, aunque distando mucho todavía de ser un prodigio de animación—. ¡Uf!

Y así quedaron por el instante las cosas, porque, mientras él aspiraba una profunda bocanada de aire, yo permanecí silencioso. Los Wooster sabemos no ser inoportunos en tales ocasiones.

El jadeo de Sir Roderick se convirtió en un murmullo más suave. Al cabo de un minuto y medio, empezó a hablar, y había en su voz un tono sumiso, casi tembloroso, al punto de que estuve a dos dedos de pasarle amistosamente el brazo por el hombro y aconsejarle que se calmara.

—Sin duda, Wooster, te preguntarás cuál es la explicación de todo esto.

No le pasé el brazo por los hombros, pero sí le di una especie de alentadora palmada.

—Nada, nada —dije—. Lo sé todo. Estoy al corriente de la situación. Conozco lo que sucedió en casa de Chuffy y le vi salir a usted de allí. Se proponía pasar la noche en este edificio, ¿no es cierto?

—Sí. Si conocieses lo sucedido en casa de Chuffnell, comprenderías que me hallo en una situación penosa, y…

—Ya sé que tiene usted la cara ennegrecida. También yo.

—¡Tú!

—Sí. Es un poco largo de contar. No se lo explico por eso y porque pertenece a la historia íntima, pero puede creerme que los dos nos hallamos en las mismas condiciones.

—¡Es asombroso!

—Usted no puede volver al hotel ni yo tomar el tren de Londres hasta quitarnos esto de la cara.

—¡Dios mío!

—Ello nos aproxima mutuamente mucho, ¿verdad?

Respiró con fuerza.

—Mira, Wooster, hemos tenido diferencias en el pasado. Acaso la culpa haya sido mía. No lo sé. Pero en esta grave crisis debemos olvidarlo todo y…

—¿Unirnos?

—Precisamente.

—Hagámoslo —dije con cordialidad—. Por lo que me afecta, le aseguro que el pasado se extinguió en mi interior tan pronto como supe que había dado unos cuantos pujos de los buenos a Seabury, en el más indicado lugar de su físico.

Le oí rezongar.

—¿Sabes lo que me ha hecho ese abominable rapaz, Wooster?

—Sí. Y lo que usted le hizo a él. Me hallaba en las cercanías cuando salió usted de la casa. ¿Qué sucedió después?

—Casi inmediatamente de salir, me di cuenta de mi terrible situación.

—Mala cosa, ¿verdad?

—Recibí una impresión intensa. Me sentí completamente desconcertado. La única cosa posible era refugiarme en algún lugar durante la noche. Y sabiendo que este edificio estaba vacío, resolví instalarme en él. Pero —y se sobrecogió— te aseguro con toda seriedad, Wooster, que esa casa es un infierno.

Respiró profundamente.

—No aludo a la presencia en ella de ese individuo que parece ser un loco peligroso. Quiero decir que todo el lugar está infestado de seres vivientes. ¡Ratones, Wooster! ¡Y perrillos! Y hasta creo haber visto un mono.

—¿Eh?

Recordé entonces que Lady Chuffnell me había hablado de que su hijo había montado un criadero de tales animales, pero como la noticia se había disipado de mi memoria, recibí la sensación sin estar preparado para ella.

—Sí, Seabury cría animales. Me acuerdo de que él mismo me lo dijo. ¿Y le ha dificultado la vida ese parque zoológico?

Le sentí estremecerse, en las tinieblas. Adiviné que estaba enjugándose la frente.

—¿Te cuento mis aventuras bajo ese techo, Wooster?

—Hágalo —dije cordialmente—. Tenemos toda la noche ante nosotros.

Se secó la frente una vez más.

—Fue una pesadilla. Apenas hube entrado, una voz me interpeló desde el más oscuro rincón de la cocina, que era la estancia donde primero me hallé. «Te veo, borracho», fue la frase que empleó.

—Endiabladamente incorrecto, ¿eh?

—Excuso decirte la consternación en que me sentí sumido. Hasta me mordí malamente la lengua. Luego, comprendiendo que se trataba de un loro, salí a toda prisa de allí. Cuando alcancé las escaleras sobrevino una figura abominable, un ser bajo, rechoncho, de largos brazos y faz oscura. Llevaba unas ropas muy extrañas y andaba rápidamente, contoneándose y haciendo ademanes raros. Ahora, completamente sereno, comprendo que era un mono, pero en el primer instante…

—¡Qué casa! —comenté con simpatía—. Y si se añade a Seabury, ¡qué casa! ¿Y los ratones?

—Llegaron luego. Te ruego que me dejes relatar mis malaventuras por su orden cronológico, porque, si no, no podré exponerlas de forma coherente. El cuarto en que entré después resultó estar completamente lleno de perrillos, que me rodearon

ladrando y mordiéndome. Pude escapar y ganar otra habitación, pensando que en aquella siniestra y malhadada casa encontraría refugio al fin en alguna parte. Apenas había formulado tal pensamiento cuando sentí correr una cosa por mi pierna derecha. Di un salto de lado y al hacerlo así volqué lo que debía ser una caja o jaula. Y me hallé entre un mar de ratones. Yo, que los aborrezco, me esforcé en librarme de ellos. Pero me asediaron más. Huí de la habitación y apenas llegué a la escalera, apareció ese loco y empezó a perseguirme. ¡Me persiguió escaleras arriba y escaleras abajo, Wooster!

Asentí, comprensivo.

—Los dos estamos iguales —declaré—. He pasado por lo mismo.

—¿Tú?

—Sí. A mí me persiguió con un trinchante.

—El arma que esgrimió contra mí era, según me parece haber discernido, una inmensa cuchilla de carnicero.

—Varía —expliqué—. Ora usa un trinchante, ora un cuchillo de carnicero. Es un mozo versátil. Debe tener un temperamento artístico.

—Hablas como si le conocieses.

—No sólo le conozco, sino que me sirve. Es mi criado.

—¿Tu criado?

—Un fulano llamado Brinkley. Claro que no seguiré reteniéndole a mi servicio. Sólo espero que se me acerque lo suficiente, y en condiciones de seguridad, para notificarle el despido. ¿No es irónico —dije, sintiéndome filósofo— el hecho de que en todo este intervalo le esté corriendo el sueldo? O sea que cobra por perseguirme trinchante en mano. Si esto no es la vida —agregué, pensativo—, ¿qué diablos es?

El viejo Glossop pareció invertir algunos instantes en digerir aquello.

—¿Tu criado? ¿Y qué hace ahí?

—Es un individuo mudable, ¿sabe? Unas veces está en un sitio, otras en otro… Hace poco, se hallaba ante el palacio. Flota…

—No he oído nunca cosa semejante.

—Confieso que también es nuevo para mí. En fin, está usted pasando una noche animada, ¿eh? Supongo que transcurrirán muchos meses antes de que considere usted necesaria otra aventura.

—Anhelo, Wooster, que todo el resto de mi existencia sea de una plena monotonía. Esta noche me ha parecido experimentar el horror que circula subterráneamente bajo la vida. ¿No podrá ser que yo lleve aún algunos ratones entre las ropas?

—Sin duda se los sacudiría usted. Presumo que debió obrar con mucha actividad. Sólo he podido oírle, pero me pareció que saltaba usted con loable energía.

—No ahorré, desde luego, esfuerzo alguno para eludir la persecución del tal

Brinkley. He dicho eso sólo porque me pareció notar no sé qué desazón en el hombro izquierdo.

—Ha sido una noche tremenda, ¿eh?

—Una noche realmente terrible. Todavía no he recobrado la tranquilidad. Tengo muchas pulsaciones y el corazón me late de un modo que no me gusta nada. Pero, por fortuna, todo ha concluido bien. Tú podrás darme en tu casa el cobijo que necesito tanto. Y con ayuda de un poco de agua y jabón podré quitarme de encima esta desagradable máscara.

Comprendí la necesidad de explicarle poco a poco el lamentable estado de la situación.

—Con jabón y agua no le basta para quitarse eso. Necesita manteca.

—Ello no me parece cosa grave. Tú tendrás manteca.

—Siento carecer de tal producto.

—¿No tienes manteca en tu casa?

—No tengo manteca en casa. ¿Y por qué no tengo manteca en casa? Porque no tengo casa.

—No te entiendo.

—Mi casa se ha incendiado.

—¿Eh?

—Sí. La incendió Brinkley.

—¡Dios mío!

—Confieso que es una cosa lamentable en ciertos sentidos.

Glossop enmudeció por unos instantes. Sin duda ponderaba la cosa, examinándola desde todos los puntos de vista.

—¿Se ha quemado tu casa en realidad?

—Es un montón de cenizas.

—¿Y qué hacemos?

Creí conveniente poner en juego un poco de optimismo.

—Anímese —dije—. Nada podemos hacer respecto a casas; pero en lo que atañe a manteca las perspectivas son brillantes. No podemos conseguirla esta noche, mas celebro decir que dispondremos de ella al despuntar el día. Jeeves me la traerá tan pronto como la lleve el lechero.

—No quiero permanecer en este estado toda la noche.

—Temo que no haya otro remedio.

Meditó. Aunque no se le veía en las tinieblas, era notorio que la meditación sumía en grave descontento a su altivo espíritu. Pero debió pensar con mucha escrupulosidad y eficacia, porque volvió de pronto a la vida con una idea.

—¿Tiene garaje tu casa?

—Sí.

—¿Ha ardido también?

—No. Creo que se libró del holocausto. Estaba lejos del escenario del incendio.

—¿Y hay gasolina allí?

—Sí. En abundancia.

—Pues presumo que la gasolina será un agente desembadurnante tan eficaz como la manteca.

—Sí, ¡maldita sea!, pero yo no pienso ir al garaje.

—¿Por qué no?

—Usted puede ir, si le parece bien. Mas yo, por razones que no me siento dispuesto a divulgar, me propongo pasar el resto de la noche en el invernadero que hay en el jardín del palacio.

—¿No me acompañas?

—No. Lo siento, pero…

—Entonces buenas noches, Wooster. No quiero privarte de descanso por más tiempo. Te agradezco sinceramente la ayuda que me has prestado en mi difícil situación. Uno de estos días te avisaré para comer juntos. ¿Cómo puedo entrar en tu garaje?

—Tendrá usted que romper una ventana.

—La romperé.

Se alejó, lleno de resuelto ímpetu, y yo, meneando, dubitativo, la cebolleta, fui en busca del invernadero.

XVII

No sé si han pasado ustedes alguna noche en un invernadero. Si no, les recomiendo que no lo prueben. No lo aconsejaría a un amigo. Quiero hablar sin ambages de lo que significa dormir en un invernadero. Es cosa que no presenta un solo detalle seductor. A parte de las inevitables molestias corporales, está el frío, y además del frío está la angustia de ánimo. Todas las historias de terror que se han leído en la vida afluyen a la mente, y en particular aquellas en que los individuos aparecen a la siguiente mañana totalmente muertos, sin herida alguna encima, sino sólo con una expresión de horror y miedo en los ojos, expresión tan especialmente intensa que los descubridores contienen un tanto el aliento y se miran unos a otros, meditando: «¡Caramba!». Todo chirría. Se imagina percibir misteriosos pasos. Se recibe la impresión de que una cantidad considerable de descarnadas manos buscan el cuerpo de uno en la oscuridad. Y, como dije, el frío es extremo y se siente mucha molestia en las partes carnosas. En conjunto, dormir así constituye una aventura estremecedora y que debe evitarse por todos los medios conocidos.

Y lo que hacía mi caso más tétrico era recordar que, de haber tenido el valor de acompañar a Glossop a mi garaje, no me hubiese sido preciso permanecer en aquel pabellón lleno de mezclados olores, oyendo aullar el viento a través de los intersticios de la armazón, mientras que, de hallarme en el garaje, no sólo hubiese podido limpiarme la cara con ayuda de la gasolina, sino embotellarme en el coche y tornar a Londres por carretera, con una alegre canción gitana en los labios.

Pero me había faltado el valor, y con justos motivos. El garaje se hallaba en la zona peligrosa, muy al alcance de Voules y de Dobson, y era imposible afrontar de nuevo el verme interrogado por Voules. Las aventuras de la noche anterior habían quebrantado un poco mi moral y llevádome a mirar a semejante sabueso de la ley como un husmeador nunca proclive al sueño y siempre dispuesto a presentarse en lugares donde su aparición era indeseable en absoluto.

Así que me quedé donde estaba, oscilando entre el «No me atrevo» y el «Yo debería», como el infeliz gato del cuento. La comparación no es mía, sino de Jeeves. Lo hizo una vez a propósito del joven Pongo Twistleton. Twistleton, de «Los Zánganos», y quedó muy grabada en mi memoria. Pongo había sido invitado a pasar el fin de semana en casa de su tío, en el Hampshire, y no acertaba a decidir si debía ir o no. Por un lado, estaba la presencia allí de su primo Wilfredo lo que significaba la seguridad de echarse un par de libras al bolsillo, según un cálculo moderado, dada la errónea creencia de Wilfredo de poder batir a Pongo jugando al billar. Por otra parte, había la certeza de tener que ir dos veces a la iglesia el domingo, y un poderoso riesgo de haber de participar en las plegarias familiares del lunes.

Cuando yo hablé a Jeeves de la situación del pobre Pongo, me dijo que éste

fluctuaba entre el «No me atrevo» y el «Yo debería», como el infeliz gato del cuento. Y me acuerdo de haber pensado entonces, como muy a menudo, en lo bien que Jeeves sabía definir las cosas.

El mismo caso sucedía ahora. El impulso de mi natural audacia me aconsejaba correr al garaje, y mi lado prudente me decía que permaneciese, tranquilo y en seguridad, en el invernadero. Y al fin esto fue lo que decidí hacer, luego de instalarme en la postura número 46, en la estéril esperanza de que fuese más cómoda que la número 45.

Una cosa que me maravilla es que siempre concluya uno durmiéndose en esas ocasiones. Personalmente, había abandonado, en la etapa inicial de la noche, toda idea de cerrar los ojos, y de aquí que nadie hubiera podido sorprenderse más que yo cuando, mientras me esforzaba en esquivar a un leopardo que me mordía un tanto agudamente en un punto coincidente con la trasera de los pantalones, desperté y vine a hallar que el sol había salido y otro día empezado, y que no existía leopardo alguno, y que los pájaros matinales se dedicaban a almorzar en los contornos y hacían de paso un endiablado tumulto.

Me acerqué a la puerta y miré. Parecía mentira que hubiese llegado la mañana. Pero había llegado, y por cierto que era condenadamente buena. El aire soplaba vivo y fresco, largas sombras se extendían sobre el prado, y todo se combinaba para estimular el ánimo de modo tal, que sin duda muchos sujetos en mi situación se hubieran quitado los calcetines y emprendido una serie de danzas rítmicas en el césped besado por el rocío. No hice tal cosa, mas sí me sentí poderosamente animado, y les aseguro que todo era en mí mucho más alma que carne, si puedo expresarme así.

De pronto, fui llamado a la realidad por un aldabonazo de mi estómago. Y entonces comprendí que nada en este mundo ni en el venidero importaba tanto como una buena taza de café y tantos huevos con jamón como pudiesen caber en un plato.

Pasa una cosa rara con el desayuno. Cuando a uno le basta tocar el timbre para que comparezca un criado portador de una bandeja que contiene todo lo deseable, desde los bollos de avena al jamón y de la mermelada a los h., entonces uno no parece sentir necesidad de otra cosa que de un vaso de agua de seltz y un bizcocho. Y cuando no se puede llamar al criado y conseguir todo eso, entonces se nota uno como una serpiente pitón al oír tocar la campana del desayuno a los funcionarios del Parque Zoológico. Por lo que me afecta, no suelo ser consciente del desayuno hasta que veo mi té matutino y demás ingredientes en la mesilla de noche. Por lo cual no puedo dar mejor indicación del extraordinario cambio acontecido en mí sino diciendo que, al divisar a un pollo deglutiendo un largo gusano rosado, le hubiese acompañado con placer a su mesa. En verdad, yo, en la presente coyuntura, habría compartido su condumio hasta con un tábano.

Mi reloj se había parado. Yo desconocía la hora que era y no me constaba,

además, cuándo se proponía Jeeves aparecer en la casa de Lady Chuffnell llevando lo convenido. Pensé que podía haber acudido ya. En ese caso, al no encontrarme, habría indagado mi paradero por los contornos, y al fin, prescindiendo de la vana búsqueda como de un mal asunto, seguramente se habría retirado a cualquier inexpugnable rincón del palacio. Esta idea me hizo sentirme más que medianamente abatido. Salí del invernadero y, al amparo de los arbustos, comencé a caminar como un pielroja siguiendo una pista, siempre procurando mantenerme a cubierto.

Navegaba rodeando un ángulo de la casa y me disponía a precipitarme hacia el campo abierto, cuando a través de una puerta vidriera del piso bajo divisé una escena que me afectó profundamente. De hecho podía decirse que me llegó hasta los más recónditos ámbitos del alma.

Dentro de la habitación, una criada colocaba sobre una mesa una vasta bandeja.

El sol iluminaba la cabeza de la doncella y, notando el matiz rojizo-castaño de su cabello, deduje que la mujer debía ser María, la prometida del guardia Dobson. En otra ocasión, el descubrimiento hubiera sido interesante y llevádome a escrutar bien a la muchacha para juzgar si el guardia Dobson había elegido bien o no. Pero en la presente coyuntura toda mi atención estaba monopolizada por la bandeja.

Era una bandeja abundosa. Contenía una cafetera, tostadas en cantidad considerable y un plato tapado. Esto último fue lo que me conmovió. Allí dentro podía haber huevos y podía haber jamón, y podía haber salchichas, y podía haber riñones, y podía haber chuletas, y podía haber arenques. Imposible precisarlo, pero cualquier cosa que hubiese era buena para Bertram.

Porque había formulado mis planes. O propósitos. La muchacha se alejaba y calculé que me hacían falta unos cincuenta segundos para la ejecución de la difícil tarea que se brindaba ante mí. Unos veinte para llegar a la puerta vidriera, tres para adueñarme de las provisiones y cosa de veinticinco más para tornar a salvo a los arbustos, cumplida mi fructífera empresa.

A la sazón no hubo en mí nada de la vacilación del gato del cuento. Tan pronto como se cerró la puerta tras la criada, me lancé a la carrera. No me cuidé de que pudiesen verme, y hasta creo que, de haber testigos, no hubieran podido avistar gran cosa fuera de una masa confusa en movimiento. Realicé la primera etapa del viaje en el tiempo calculado, y ya había puesto mano a la bandeja y me disponía a desaparecer en lontananza, cuando oí pasos en los peldaños que conducían a la puerta de acceso.

Era un momento de los que exigen decisiones rápidas, y puedo asegurar que en tales casos Bertram Wooster sabe dar su máximo rendimiento.

Para que el ávido lector no tenga dudas sobre el lugar en que me hallaba, diré que era una especie de despacho donde Chuffy, por la mañana, atendía a los asuntos de sus propiedades, examinaba sus facturas, meditaba sobre el creciente precio de los aperos agrícolas, y mandaba a paseo a los arrendatarios cuando éstos comparecían en

petición de que les rebajase algo la renta. Y como uno no puede cumplir esas graves actividades sin disponer de un pupitre de buenas dimensiones, Chuffy, afortunadamente, tenía uno allí. El mueble ocupaba casi todo un entrepaño de la habitación y parecía llamarme en aquel crítico momento.

Dos segundos y medio después, me hallaba agazapado tras el pupitre, procurando respirar tan sólo por los poros.

La puerta se abrió y alguien penetró en la estancia. Unos pies cruzaron el pavimento, camino del pupitre, y enseguida escuché el ligero chasquido del receptor de un teléfono al ser descolgado de su soporte.

—Chuffnell Regis, dos, nueve, cuatro —dijo una voz que, con gran alivio mío, reconocí como la de alguien con quien repetidamente cambiara cordiales apretones de manos en el pasado. La voz, en suma, de un amigo a quien cabía apelar en caso de necesidad.

—¡Oh, Jeeves! —dije saliendo de mi escondite.

No era fácil turbar a Jeeves. En un caso en que las maritornes sufrían ataques y los pares daban saltos bruscos o se estremecían de pies a cabeza, él se limitó a mirarme con respetuosa serenidad y, tras darme los buenos días, a continuar el asunto que traía entre manos. Es un hombre que gusta de hacer las cosas por su debido orden.

—¿Chuffnell Regis, dos, nueve, cuatro? ¿«Hotel Miramar»? ¿Quieren decirme si Sir Roderick Glossop está en su cuarto? ¿No ha vuelto todavía? Gracias…

Colgó el auricular y quedó en libertad de dedicar alguna atención a su antiguo patrón.

—Buenos días —dijo de nuevo—. No esperaba hallarle aquí, señor.

—Ya, pero…

—Creí haber convenido vernos en la casa del parque.

Me estremecí.

—Dos palabras sobre esa casa, Jeeves —dije—, y después preferiría que enterrásemos el asunto indefinidamente. Yo sé que la intención de usted era buena. Me consta que cuando me envió allí lo hizo con la máxima pureza de propósitos. Pero no por ello persiste menos el hecho de que me lanzó usted entre las patas de los caballos. ¿Sabe quién erraba dentro de esa horripilante casa, Jeeves? Brinkley. Y provisto de una cuchilla de carnicero.

—Lamento oírlo, señor. ¿Debo entender que no ha podido usted dormir?

—No, Jeeves. He dormido, si a eso puede llamarse dormir, en el invernadero. Y me deslizaba entre los arbustos para ir en busca de usted, cuando vi a una doncella poniendo en la mesa esa bandeja.

—Es el desayuno de Su Señoría, señor.

—¿Dónde está?

—No tardará en venir, señor. Es una afortunada coincidencia que Lady Chuffnell me haya encargado telefonear al «Hotel Miramar». Si no, podríamos haber encontrado usted y yo cierta dificultad para comunicarnos.

—Sí. Y, a propósito, ¿por qué llama al «Hotel Miramar»?

—Imagino, señor, que Lady Chuffnell, reflexionando, debe haber llegado a la conclusión de que no se portó bien anoche con Sir Roderick.

—¿El amor materno no se muestra tan ardoroso ahora?

—No, señor.

—¿O sea que se trata de un «Vuelve y olvidémoslo todo»?

—Precisamente, señor. Pero se da la lamentable circunstancia de que Sir Roderick no se encuentra en el hotel y no nos es posible hallar informes acerca de su paradero.

—Debe estar sin novedad. Después de una estimulante sesión con Brinkley, se fue a mi garaje a por gasolina. ¿Acierta Glossop suponiendo que la gasolina limpia tan bien como la manteca?

—Sí, señor.

—Entonces juzgo que debe estar camino de Londres.

—Voy a notificarlo a Lady Chuffnell, señor. Seguramente esa noticia mitigará apreciablemente su inquietud.

—¿Cree usted realmente que ella quiere todavía y desea ofrecerle una rectificación honrosa?

—¿O rama de olivo? Sí, señor, o al menos tal me ha parecido por su continente. Me he separado de ella con la impresión de que el antiguo cariño y estima volvían a ser operantes una vez más.

—Celebro oírlo, Jeeves —dije cordialmente—. Porque debo declararle que desde nuestra última entrevista he cambiado por completo de opinión respecto a Glossop. Ahora comprendo que tiene muy buenas cualidades. Bajo la silente mirada de la noche, hemos entablado una sincera amistad. Uno y otro hemos descubierto nuestros respectivos méritos, y él, al separarse de mí, me abrumó con invitaciones a comer.

—¿Sí, señor?

—En absoluto. De hoy en adelante siempre habrá un tenedor y un cuchillo para Bertram en la mesa de Glossop, y lo mismo para Roddy chez Bertram.

—Muy satisfactorio, señor.

—Muchísimo. De modo que si habla usted con Lady Chuffnell en un porvenir inmediato, puede decirle que su enlace merece plena aprobación y sanción por mi parte. Pero todo esto, Jeeves —añadí, tocando la tecla práctica—, es secundario respecto al punto central. El punto central es que tengo un hambre feroz y deseo llevarme esta bandeja. Así, voy a echar mano a ella y a desaparecer en la lejanía.

—¿Se propone comerse el desayuno de Lord Chuffnell, señor?

—Jeeves… —empecé, emocionado.

Y cuando me preparaba a insinuarle que, de tener algunas dudas sobre mis intenciones, podía contemplarme mientras las ponía en práctica, de nuevo sonaron pasos en el acceso de la habitación.

En vez, pues, de proseguir mi discurso, palidecí tanto como puede palidecer una persona con la faz embetunada, y me interrumpí, exhalando un sofocado grito, que brotaba de mi corazón. Una vez más se tornaba imperativa mi desaparición de la escena.

Procede asentar el hecho de que las pisadas oídas correspondían sin duda al recio caminar de un tipo calzado con zapatos del número 43. Era, pues, natural esperar la presencia de Chuffy. Y sobra decir que un encuentro con Chuffy era totalmente ajeno a mi estrategia. Ya he indicado, con la que juzgo suficiente claridad, que Chuffy no simpatizaba con mis planes y objetivos. Nuestra entrevista de la noche antes me había indicado palmariamente que Chuffy se alineaba al lado de la oposición y constituía para mí un elemento hostil y una amenaza. De descubrirme allí, su primer impulso de caballeresco celo sería encerrarme y enviar emisarios a Stoker para que acudiese a recogerme.

Por tanto, antes de que se moviese la puerta, ya yo me sumergía en las profundidades como un pato en el agua.

Se abrió la vidriera y una voz correspondiente, sin duda, a la futura esposa del guardia Dobson, anunció:

—El señor Stoker.

Unos pies grandes y planos hollaron el pavimento.

XVIII

Me agazapé aún más en mi escondrijo. Una voz interior susurraba en mí: «Malo, malo…». De cuantas desagradables incidencias podían haber sobrevenido, aquélla se me figuraba la más tétrica. Por desfavorables aspectos que pudiera tener la casa de Chuffy —y he de decir que, a la luz de los últimos sucesos, el encanto del lugar había aminorado mucho ante mis ojos—, un detalle meritorio había mantenido hasta entonces, y era que no parecía haber posibilidad de que en sus cercanías apareciesen vestigios de J. Washburn Stoker. Y ahora, a pesar de sentirme plenamente ocupado por el pensamiento de que mi físico, dada la situación, era, más que carne, gelatina en potencia, no pude dejar de indignarme ante lo que constituía, sin duda, una injustificada intromisión de Stoker en aquel edificio.

Quiero decir que cuando un hombre abandona una majestuosa casa señorial inglesa prometiendo solemnemente no volver a pisar sus umbrales, no tiene derecho alguno a dejarse caer en ella dos días más tarde, como si la casa fuese un hotel a disposición del público. Todo ello me parecía cosa muy fuerte.

Me pregunté a la par cómo resolvería Jeeves la situación. Porque un sujeto tan sagaz como Stoker debía haber conjurado que tras de mi fuga se escondía el cerebro de Jeeves, y no parecía del todo desencaminado que hiciese alguna tentativa de aplastar aquel poderoso cerebro contra el borde de la chimenea. Y cuando Stoker habló, su voz indicaba que una idea similar permanecía, flotante, en su mente. Era una voz ronca y áspera y, aunque de momento no dijo sino «¡Ah!», un hombre decidido puede dar gran plétora de significados a un «¡Ah!».

—Buenos días, señor —repuso Jeeves.

El hallarse acurrucado detrás de pupitres tiene dos aspectos. Es decir, que ofrece ventajas y contrariedades. Desde el punto de vista del agobiado fugitivo, es bueno, desde luego. Difícilmente puede ser mejorado. Pero contra esta facilidad se levanta el punto adverso de constituir un mal para el espectador. Viene a ser como escuchar por radio una obra dramática. Podrán oírse las voces, mas no se advierte la expresión. Y hubiera dado algo bueno por poder distinguirla. No, desde luego, la de Jeeves, que nunca tiene ninguna, sino la de Stoker, quien, a cuanto me parecía, debía de estar dirigiendo a mi ex criado una mirada algo más que de indiferencia.

—Conque está usted aquí, ¿en?

—Sí, señor.

Lo inmediato fue una risa del visitante. Extremamente aviesa. Una de esas risas breves, duras, cortantes.

—He venido en la esperanza de encontrar informes del paradero del señor Wooster. Confiaba en que Lord Chuffnell le hubiese visto. No contaba encontrarme con usted. Escuche —añadió Stoker, acalorándose repentinamente—: ¿sabe lo que en

este momento se me ocurre hacerle?

—No, señor.

—Romperle el cráneo.

—¿Sí, señor?

—Sí.

Jeeves emitió una tosecilla.

—¿No es una cosa un poco excesiva, señor? Admito que el hecho de haber dejado algo bruscamente el servicio de usted para volver al de Su Señoría, puede haberle producido algún descontento, pero…

—Ya sabe usted de qué hablo. ¿O va a negarme que ha sido usted quien ha sacado a ese Wooster de mi yate?

—No, señor. Reconozco haber intervenido en el hecho de la liberación del señor Wooster. En el curso de una plática con tal caballero, él me informó de que iba a ser retenido en el yate *ultra vires* y yo, obrando en interés de usted, decidí liberarle. Permítame recordarle, señor, que en aquel momento yo me hallaba al servicio de usted y era mi deber contribuir a salvarle de lo que podía ser un extremadamente grave *contretemps*.

Yo no podía verlo, cierto es, pero recibí la impresión, a juzgar por cierto número de gruñidos, que Stoker hubiera preferido llegar antes al grano. Pero era inútil. Cuando Jeeves empieza, es inútil echarle el freno. Si cree que lo que dice es una cosa interesante, persiste desarrollándola hasta hacerle cargar a uno con todo. En tales casos no hay otro remedio que aguardar.

Y ahora, al obrar así, no dejó de suscitar una contrarréplica de la parte adversaria. Parecióme que la enjundia del discursito de Jeeves había dado al buen Stoker materia de reflexión.

Semejante conjetura resultó correcta. Stoker respiró con fuerza durante un rato y al fin habló en una voz casi respetuosa. Siempre ocurre lo mismo con Jeeves. Sus palabras abren inevitablemente nuevos puntos de vista.

—¿Está usted loco o lo estoy yo?

—¿Señor…?

—¿Habla usted de haberme salvado de…?

—¿Un *contretemps*? Sí, señor. No puedo tener la certeza, ya que desconozco hasta qué punto la presencia del señor Wooster en el yate fue voluntaria, de lo que el hecho de su llegada allí podría pesar en el ánimo de un jurado…

—¿Un jurado?

—… pero es certísimo que su retención en el buque a pesar de su expreso deseo de abandonarlo, constituiría, según me inclino a creer, un acto de secuestro, el cual, como bien sabe usted, señor, se castiga con penas muy severas.

—¡Oiga, oiga…!

—Inglaterra es un país extremadamente legalista, señor, y ciertos actos quizá no castigados en América, se persiguen aquí con el máximo rigor. Mi conocimiento de las *minutiae* legales es, lamento decirlo, escaso y, por tanto, no puedo afirmar con toda evidencia que la retención del señor Wooster pudiera considerarse como un delito punible con prisión o trabajos forzados; pero es indudable que, de no haber intervenido yo, dicho caballero podía haber entablado un proceso civil logrando que se le condenase a usted a una multa muy considerable. Por eso, señor, actuando en interés de usted puse en libertad al señor Wooster.

Hubo un silencio.

—Gracias —dijo suavemente Stoker.

—De nada, señor.

—Muchas gracias.

—Hice lo que consideré único medio de eludir una desagradabilísima contingencia, señor.

—Fue usted amabilísimo conmigo.

Me pregunté si Jeeves sería inmortalizado en leyendas y poemas. Daniel lo logró así por el mero hecho de pasar cosa de media hora en la cueva de los leones y dejar a estos simpáticos sujetos en plena condición de suavidad y camaradería. Y si lo cumplido entonces por Jeeves no tema sobrado derecho a clasificarse muy por encima de la hazaña de Daniel, confieso que soy pésimo juez en la materia. En menos de cinco minutos había reducido a aquel furioso Stoker, de la condición de fiero gato montes a la de auténtico minino doméstico. De no haberlo oído, me hubiese parecido imposible.

—Pensaré en eso —dijo Stoker, cada vez más humanizado.

—Sí, señor.

—No había considerado hasta ahora ese aspecto de la cuestión. Sí, voy a dar un paseo y entretanto pensaré en ello. Lord Chuffnell no habrá visto al señor Wooster, ¿verdad?

—Desde anoche, no, señor.

—¡Ah! ¿Le vio anoche? ¿Y qué se proponía hacer el señor Wooster?

—Según mis noticias, el señor Wooster tenía la intención de pernoctar en la casa de Lady Chuffnell y luego volver a Londres.

—¿Qué casa dice? ¿Ésa que hay en el parque?

—Sí, señor.

—Voy a dar un vistazo por allí. Me parece que lo más oportuno es, primero que nada, hacer una visita al señor Wooster.

—Sí, señor.

Oí a Stoker cruzar la puerta vidriera, pero sólo después de algunos instantes juzgué adecuado reaparecer en la superficie. Cuando creí que no había ya moros en la

costa, asomé la cabeza sobre el pupitre.

—Jeeves —dije—, no hay otro como usted.

Quizás hubiese lágrimas en mis ojos. ¿Y qué? Los Wooster no cavilamos en confesar nuestras emociones nobles.

—Es usted extremadamente amable, señor.

—Me costó trabajo no saltar de mi escondite y estrecharle la mano, Jeeves.

—Quizás ello no hubiese sido juicioso en las circunstancias existentes, señor.

—Eso me pareció. Dígame: ¿no sería por casualidad el padre de usted encantador de serpientes, Jeeves?

—No, señor.

—Se me ocurrió la posibilidad… ¿Qué cree usted que puede suceder cuando Stoker se presente en la casa del parque?

—No nos cabe sino hacer conjeturas, señor.

—Temo que Brinkley haya dormido la mona ya.

—Existe esa posibilidad, señor.

—No obstante, la idea de usted al enviar a Stoker allí es muy plausible. Aguardemos que ocurra lo mejor. Al fin y al cabo, Brinkley sigue teniendo a mano su cuchillo de carnicero. Y diga: ¿cree usted posible que baje Chuffy?

—De un momento a otro, señor.

—¿Y no me aconsejaría que me comiese su desayuno?

—No, señor.

—Estoy muerto de hambre, Jeeves.

—Lo siento enormemente, señor. La situación, de momento, es un poco difícil. Sin duda más tarde podré paliar su congoja, señor.

—¿Ha desayunado usted, Jeeves?

—Sí, señor.

—¿El qué, Jeeves?

—El jugo de una naranja seguido de una papilla de cereal americano, así como huevos fritos, una rebanada de jamón, tostadas de manteca y mermelada.

—¡Oh, Dios! ¿Y todo ello regado, a no dudarlo, con una fortalecedora taza de café?

—Sí, señor.

—¡Oh, Dios mío! ¿No cree que yo podría, al menos, apoderarme de una salchicha?

—No se lo aconsejaría, señor. Y hay también el pequeño detalle de que no son salchichas, sino arenques.

—¡Arenques!

—Además me parece oír llegar a Su Señoría, señor.

Una vez más descendió Bertram a las profundidades. Apenas me había

acomodado en el abismo, se abrió la puerta.

—Hola, Jeeves.

—Buenos días, señorita…

Era Paulina Stoker.

Confieso que me sentí un poco harto. El palacio de Chuffy, cualesquiera que pudiesen ser sus otros defectos, debía tener al menos, como ya señalé, la ventaja de estar exento de Stoker. Y he aquí que pululaban en el lugar como ratas. Me preparé incluso para oír, con el último aliento de mis tímpanos, llegar a Dwight. O sea que, si la casa iba a ser una especie de reunión de familia, bien podía serlo por completo. Paulina aspiró vigorosamente con la nariz.

—¿A qué huele, Jeeves?

—A arenques, señorita.

—¿De quién son?

—De Su Señoría.

—No he desayunado aún, Jeeves.

—¿No, señorita?

—No. Papá me sacó casi a trompicones de la cama antes de que yo me despertase del todo. Está muy furioso, Jeeves.

—Sí, señorita. Acabo de tener una plática con él. Parece algo descompuesto.

—Todo el camino se ha pasado hablando de las cosas que le iba a hacer a usted si le encontraba. Y parece que le ha encontrado. ¿Qué ha sucedido? ¿No se le ha tragado crudo?

—No, señorita.

—Probablemente estará a dieta. ¿Y dónde se ha marchado? Me han dicho que estaba aquí.

—El señor Stoker ha ido a la casa del parque, señorita, con la idea, según creo, de hallar allí al señor Wooster.

—Deberíamos avisar al pobre diablo.

—No se preocupe por el señor Wooster, señorita. No está en esa casa.

—¿Pues, dónde está?

—En otro lugar, señorita.

—No es que me importe. ¿Recuerda, Jeeves, que anoche le dije que estaba dispuesta a casarme con Bertram W.?

—Sí, señorita.

—Pues no estoy dispuesta. No se moleste por ese pez de agua dulce. He cambiado de opinión.

—Celebro saberlo, señorita.

También yo lo celebraba. Las palabras de Paulina sonaban musicalmente en mis

oídos.

—¿Lo celebra?

—Sí, señorita. Dudo de que hubiese sido un matrimonio conveniente. El señor Wooster es un joven muy agradable, pero yo le considero fundamentalmente como un soltero nato.

—¿Y como un ser mentalmente poco apreciable?

—En ocasiones el señor Wooster sabe obrar con mucha sagacidad, señorita.

—Y yo también. Por eso le digo que aunque papá coja el cielo con las manos, no quiero casarme con ese pobre corderillo acosado. ¿Por qué había de hacerlo? No tengo nada contra él.

Hubo una pausa.

—He hablado hace un instante con Lady Chuffnell, Jeeves.

—Sí, señorita.

—Parece que también tiene una pequeña complicación personal.

—Sí, señorita. Anoche hubo una lamentable disputa entre la señora y Sir Roderick Glossop. Pero me satisface decir que Lady Chuffnell parece haberlo pensado mas detenidamente y creído que cometía un error al interrumpir sus relaciones con ese caballero.

—Uno debe pensar bien las cosas, ¿verdad?

—Casi invariablemente, señorita.

—Lo malo es si la otra parte no piensa en ellas también. ¿Ha visto usted esta mañana a Lord Chuffnell, Jeeves?

—Sí, señorita.

—¿Y cómo está?

—Le juzgo algo disgustado, señorita.

—¿Sí?

—Sí, señorita.

—Hum… Bueno. No deseo interrumpir por más tiempo sus deberes profesionales. Por mi parte puede iniciarlas, Jeeves.

—Gracias, señorita. Buenos días.

Durante unos instantes después de que se hubo cerrado la puerta, permanecí inmóvil, examinando minuciosamente la situación. Hasta cierto punto podía decirse que a través de mis venas se infiltraba una sensación de alivio, tal que un exquisito vino, que me colmara de optimismo y satisfacción. En el lenguaje más claro posible, ponderando sus palabras y sin titubeos ni posibilidad de equívocos, Paulina había declarado que ni aun las más enérgicas medidas de su padre la impelerían a tocarse con el velo nupcial y entrar a mi lado en el templo. Magnífico, magnífico…

Pero ¿habría reflexionado bien en las capacidades persuasorias de su padre? Tal me preguntaba yo. ¿Sabría ella de lo que su progenitor era capaz estando en buena

forma? En una palabra, ¿se daba cuenta de que contrariar a J. Washburn Stoker, venía a ser como entrar en una selva y llegar a las manos con los dos primeros gatos monteses que pudiera uno encontrar allí?

Este pensamiento impedía a mi entusiasmo ser absoluto. Parecíame que, al intentar oponerse a aquel maldito pirata retirado que era su padre, la frágil joven se salía de su correspondiente tiesto y entablaba contra los proyectos matrimoniales del susodicho ciudadano una resistencia inútil.

En esto meditaba cuando oí verter café en una taza y, un momento después, lo que Drexdale Yeats hubiese llamado un ruido metálico. Con profunda emoción adiviné que Paulina, incapaz de resistir por más tiempo al espectáculo de aquella bandeja, se había servido una taza de humeante líquido negro y se preparaba a embestir los arenques. Porque respecto a éstos no había la menor duda sobre lo exacto de los informes de Jeeves. Era el perfume de arenques asados el que ahora acariciaba mi olfato como una bendición. Crispé tanto los puños, que los nudillos se me tomaron blancos. Percibía claramente cada bocado y cada uno me desgarraba el alma como un cuchillo.

Es curioso el efecto que el hambre causa sobre uno. No es posible decir de lo que uno es capaz bajo su apremio. Dejad realmente famélico al tipo más cauto, y echará toda prudencia a los cuatro vientos. Así lo hice yo entonces. Obviamente, el plan más aconsejable era permanecer oculto hasta que los Stoker desapareciesen de las cercanías, y a tal sistema, en un estado de ánimo sereno, me hubiese atenido. Pero el olor de aquellos arenques, y la convicción de que a cada momento que transcurría iban fundiéndose como la nieve en lo alto de la montaña y pronto no quedaría ni su perfume, fue irresistible para mí. Surgí, pues, de detrás del pupitre, como un pez prendido en un anzuelo.

—¡Eh! ¡Eh! —dije procurando poner en mi voz un acento de queja. . ¡Cuan raro es que la experiencia no nos enseñe nunca! Yo había visto la reacción de la criada ante mi aparición repentina. Y notado su efecto en el buen Chuffy. Y observado a Sir Roderick en el momento del impacto. Y he aquí que otra vez sobrevenía del mismo modo inesperado que anteriormente.

Y otra vez sucedió lo mismo. Si acaso, algo más acentuado. En aquel momento, Paulina tenía la boca ocupada con un arenque y ello dificultó sus medios de expresión, limitándose a fijar en mí sus ojos horrorizados y muy abiertos. Luego la obstrucción arenquística desapareció en su garganta y de ésta brotó uno de los alaridos de terror más descompasados que he oído en mi vida.

El cual coincidió con la apertura de la puerta y la aparición en el umbral del quinto barón Chuffnell. Un momento después él se lanzaba hacia ella y la recibía en sus brazos, y ella se lanzaba hacia él y era recibida en los ídem.

No lo hubieran hecho más perfectamente si llevasen semanas ensayándolo.

XIX

Siempre he sostenido que son ocasiones de éstas las que prueban si un sujeto es realmente un caballero o no. Entonces pueden ponerse su delicadeza y caballerosidad en la balanza. Es la prueba del agua regia. Si vienen ustedes y me dicen: «Oye, Wooster, tú me conoces bien. Declárame una cosa. ¿Me tienes por un *preux chevalier*, como suele decirse?», yo les contestaría: «Mi querido Bates, o Cuthbertson, o como te llames, podré contestarte mejor si me explicas lo que harías en caso de que te hallaras en un cuarto donde dos amantes corazones, momentáneamente divididos por un lamentable equívoco, se encontrasen en vías de reconciliación sobre una base de amistad franca y mutua estima. ¿Te esconderías tras el pupitre? ¿O te quedarías en pie, contemplando los hechos con ávidos ojos?».

Mis opiniones son muy rígidas. Cuando tiene lugar una reconciliación de enamorados, no permanezco curioseando. Hasta tanto como las circunstancias lo permiten, me retiro y los dejo.

Mas, si bien merced al pupitre protector, no podía verlos, sí podía oírlos, y ello resultaba bastante desagradable. Yo conocía a Chuffy desde la niñez y en el curso de los años le había visto en múltiples coyunturas y diversas maneras. Y, con todo, nunca le hubiese creído capaz de las indignantes necedades que brotaron de sus labios en aquella sazón, a la velocidad de doscientas cincuenta palabras por minuto. Si les digo que la única expresión que puedo citar aquí fue «Ea, ea, niñita mía», comprenderán algo de la repugnante prueba a que me vi sometido. Y, para empeorar las cosas, con el estómago vacío. ¿Se dan cuenta?

Paulina, en el intermedio, no contribuía al diálogo en nada o en muy poco. Hasta entonces yo había juzgado que la reacción de la criada al verme establecía una marca emocional insuperable para cualquier otra mujer. Pero Paulina la eclipsó por completo. Permanecía en los brazos de Chuffy emitiendo una especie de siseo como el de un radiador con una hendidura, y sólo pasado algún tiempo comenzó a recuperar el dominio de sus facultades. Estaba, si me comprenden lo que quiero decir, hecha polvo.

Presumo que mi aparición se produjo cuando Paulina estaba sometida a una intensa tensión de ánimo, y mi súbito advenimiento sirvió, como quien dice, para coronarlo todo. En cualquier caso, prosiguió emitiendo aquel rumor radiadorístico en términos que al fin persuadieron a Chuffy a suspender sus exclamaciones verbales e inquirir las causas primeras.

—¿Qué te pasa, amor mío? —le oí decir—. ¿Qué te sucede, ángel? ¿Quién te ha espantado a ti, corazoncito mío? Dímelo, preciosa. ¿Has visto algo desagradable, nena?

Juzgué llegado el momento de agregarme a la reunión. Aparecí por encima del

pupitre y Paulina se encabritó como un caballo asustado. Confieso que ello me enojó. Bertram no está hecho a producir convulsiones de horror en el bello sexo. En general, la mayoría de las muchachas, al verme, sonríen divertidas, o, en ocasiones, suspirando, dicen el desesperante: «¿Otra vez tú, Bertie?». Mas ello es preferible a tan desenfrenado horror.

—Hola, Chuffy —dije—. Buen día, ¿eh?

Cualquiera hubiese creído que mis palabras iban a llevar alivio al trastornado ánimo de Paulina, al descubrir ésta que el causante de su ánimo era sencillamente un antiguo amigo. Pero no. Me miró con absoluta torvedad.

—¿Eres tú, pobre imbécil? —exclamó—. ¡Admirable idea! Jugar al escondite y dedicarse a asustar a la gente… Y, por si no lo sabes, te advierto que tienes la cara tiznada.

Chuffy se agregó a las recriminaciones.

—¡Bertie! —dijo, con una especie de gruñido—. Debí habérmelo figurado. Realmente eres, sin excepción, el loco más indignante que he encontrado en mi vida.

Comprendí que urgía reprimir aquel género de agresividad.

—Lamento —dije con fría altivez— haber asustado a esa cabeza de chorlito; pero mis motivos para permanecer oculto tras este pupitre se fundaban en prudentes y sólidos razonamientos. En cuanto a locuras, Chuffy, no olvides que me he visto forzado a escuchar cuanto has dicho durante los últimos cinco minutos.

Me satisfizo ver su rostro teñirse del rubor de la vergüenza. Rezongó, confuso:

—No debiste haber escuchado.

—Supongo que no creerás que deseaba escuchar, ¿eh?

En las maneras de Chuffy apareció un toque de arrogancia y bravuconería.

—¿Y por qué diablos no había yo de hablar así? Quiero a esta muchacha, ¡maldito seas!, y me tiene sin cuidado manifestarlo en público.

—Claro —dije con apenas velada expresión de desdén.

—Paulina es lo más admirable que hay en la tierra.

—No, amor mío: lo eres tú —dijo Paulina.

—No, ángel: tú —afirmó Chuffy.

—Tú, cariño mío.

—Tú, preciosa.

—Haced el favor —intervine—. ¡Haced el favor!

Chuffy me dirigió una mirada de través.

—¿Decías algo, Wooster?

—No, nada.

—Creí que habías comentado alguna cosa.

—No.

—Bueno. Más vale así.

Las primeras náuseas hablan cedido ya y Bertram Wooster se sentía más amable. Soy hombre de amplia comprensión y pensé que era injusto mostrarse duro con un sujeto en la situación de Chuffy. Al fin, dado lo especial de la circunstancias, difícilmente cabía esperar que mantuviese el decoro. Asumí un tono conciliador.

—Chuffy —dije—, no es éste el momento de trabar altercados. Es el momento de desplegar ojos amables y simpáticas sonrisas. Nadie se siente más complacido que yo viendo que esta antigua amiga mía y tú olvidáis el muerto pasado y reanudáis las buenas relaciones. Porque puedo considerar a Paulina como una antigua amiga, ¿no? Ella respondió, cordial:

—Puedes, puedes, pobre idiota. Después de todo, te conozco antes que a Marmaduke.

Me volví a Chuffy.

—A propósito de eso de Marmaduke, ¿sabes que me gustaría charlar de ello contigo? ¡Mira que haberlo mantenido en tinieblas tantos años!

—¿Hay algún mal en que le pongan a uno en el bautismo el nombre de Marmaduke? —inquirió Chuffy con cierto calor.

—Mal, ninguno. Pero todos nos reiremos ampliamente en «Los Zánganos» a costa de ello.

—Bertie —declaró Chuffy, amenazador—, si dices de ello una sola palabra a la gentuza de «Los Zánganos», seguiré tus huellas por la tierra entera hasta lograr estrangularte con mis propias manos.

—Bueno, bueno, veremos, veremos… Como decía, celebro esta reconciliación, ya que Paulina es una buena amiga mía. Hemos pasado buenos ratos en nuestros tiempos, ¿eh?

—¡Ya lo creo!

—¿Te acuerdas de aquel día en Peña Hirviente?

—¡Oh!

—¿Y de la noche en que se nos averió el automóvil y pasamos horas y horas, solos y sin podernos mover de allí, en las soledades de Westchester County, bajo la lluvia?

—Me acuerdo.

—Tenías los pies muy mojados y yo, por prudencia, te quité las medias.

—¿Eh? —dijo Chuffy.

—Nada, nada, muchacho. Sólo quiero sentar el hecho de que soy un antiguo amigo de Paulina y de que me asisten, por tanto, motivos para sentirme regocijado de la situación presente. Hay pocas chicas tan encantadoras como P. Stoker, y has tenido mucha suerte en conquistarla, muchacho, aun sin desconocer el hecho de que P. posee la considerable desventaja de tener un padre que ostenta una lamentable semejanza a un personaje sacado de un libro de miedo.

—Papá es muy simpático si se le sabe trastear bien.

—¿Oyes, Chuffy? Tendrás que trastear bien a ese viejo bárbaro.

—Papá no es un viejo bárbaro.

—Dispensa. Me dirigía a Chuffy.

Chuffy, algo embarazado, se frotó la barbilla.

—Confieso, ángel mío, que tu padre me parece un poquitín más que… especial.

—Exacto —dije—. Y no olvides que fue él quien resolvió casar a Paulina conmigo.

—¿Cómo?

—¿No lo sabías? Pues sí.

Paulina asumió un continente heroico como el de una especie de Juana de Arco.

—¡Que me maten si me hubiera casado contigo!

—Muy bien dicho —asentí, aprobador—. Pero ¿podrás mantener esa actitud cuando comparezca papá arrojando fuego por los ojos y triturando botellas entre los dientes?

La joven vaciló un tanto.

—Vamos, desde luego, a pasar un mal rato con él. Está muy furioso contigo, ángel mío.

Chuffy sacó el pecho.

—¡Le aguardo!

—No —intervine, firme—. Le aguardaré yo. Dejad en mis manos el asunto.

Paulina rió de un modo poco agradable. Dijérase que su risa sonaba a mofa.

—¡Tú! ¡Pobre corderillo! No pararías de correr en una milla sólo con que papá te dijese «¡Bu!».

Enarqué las cejas.

—Preveo que no sobrevendrá tal incidente. ¿Por qué había de decirme «¡Bu!»? Es una tontería que nadie diga eso a nadie. Y aun cuando formulase tan idiótica observación, sus efectos no serían los que tú señalas. Confieso que en una ocasión me sentí algo nervioso en presencia de tu padre. Pero ya no. Las escamas han caído de mis ojos. Hace poco le he visto convertido por Jeeves, en tres minutos, de un asolador huracán en una suave brisa, y el encanto se ha roto. Cuando venga, dejadme solo con él y tened entera confianza. No me mostraré duro con papá Stoker, pero sí firme.

Chuffy pareció tornarse algo pensativo.

—¿Va a venir aquí?

En el jardín oyéronse pasos. Y una respiración pesada. Apunté hacia la ventana con el pulgar.

—Si no me engaño, Watson —dije—, ahí tenemos a nuestro cliente[3].

XX

Y así era. Una forma maciza se recortó bajo el cielo de verano. Entró. Tomó asiento. Y, tras tomarlo, extrajo un pañuelo de su bolsillo y se enjugó la frente. Mi experiencia me hizo juzgarle algo preocupado. Los síntomas eran los de un hombre que acababa de tener una sesioncita con Brinkley.

Que tal diagnóstico era correcto se probó cuando, al retirar el pañuelo de su frente por un instante, Stoker descubrió lo que tenía todas las trazas de un ojo dulcemente amoratado.

Paulina, al verlo, exhaló un chillido filial.

—¿Qué te ha pasado, papá?

Stoker respiró con fuerza.

—No he podido entendérmelas con ese fulano —dijo al fin, poniendo una especie de feroz lamentación en su tono.

—¿Con qué fulano?

—No sé quién es. Un loco que hay en esa casa del parque. Se asomó a la ventana, tirándome patatas. Apenas llamé en la puerta, ya estaba en la ventana, arrojándome patatas. No salió, como un hombre, para verse la cara conmigo. Todo el tiempo estuvo en la ventana, lanzando patatas.

Confieso que, al oír esto, una especie de admiración brotó en mi alma, a pesar mío, hacia aquel Brinkley. No es que le mirase amistosamente, no; pero forzoso me era reconocerle como persona acertada y capaz de obrar idóneamente en caso preciso. Comprendí que, al despertar de su sueño matutino oyendo los aldabonazos de Stoker y sintiendo un recio dolor de cabeza, había puesto en inmediata práctica las medidas más oportunas. Todo muy satisfactorio.

Procuré enfocar las cosas a una luz favorable.

—Ha tenido usted suerte en que ese sujeto optase por bombardearle a distancia —dije—. En sus encuentros cuerpo a cuerpo suele emplear un trinchante o un cuchillo de carnicero, y hacen falta pies muy ágiles para ponerse a salvo.

Tan absorto estaba Stoker en sus propios pensamientos, que creo que hasta entonces no había reparado en la presencia de Bertram. En cualquier caso, lo cierto fue que me contempló positivamente atónito.

—¡Vaya, vaya, Stoker! —comenté, para facilitar las cosas.

Siguió rumiando sus meditaciones.

—¿Es usted Wooster? —preguntó al fin, con acento que me pareció casi respetuoso.

—Wooster, Stoker, amigo mío —dije, afectuosamente—. Antes, ahora y siempre, Bertram Wooster.

Miró a Chuffy, a Paulina y luego otra vez a Chuffy, con una expresión que casi

parecía implorar ayuda.

—¿Qué diablo le ha pasado a Wooster en la cara?

—Estoy algo tostado por el sol —expliqué, y proseguí, ansioso de concluir el asunto esencial del momento—: en fin, Stoker, es muy oportuno que se haya descolgado usted aquí en este momento. Estaba buscándole… Bueno, tal vez esto sea desvirtuar un poco las cosas… Pero de todos modos celebro encontrarlo, porque deseaba decirle que su propósito de que Paulina y yo nos casáramos está al margen de la situación. Olvídelo, Stoker. Abandónelo. Bórrelo de su mente. No piense más en ello.

Sería difícil elogiar lo bastante el magnífico valor y firmeza con que me expresé. Por un momento, incluso temía haberme excedido, porque Paulina me contempló con tan idolátrica reverencia, que temí que, olvidando a Chuffy, llegase a la conclusión de que yo era su verdadero héroe y volviese a mí. Tal posibilidad me estimuló a pasar rápidamente al sucesivo aspecto del asunto.

—Su hija va a casarse con Chuffy, es decir, con Lord Chuffnell —añadí señalando a mi amigo con un ademán.

—¿Eh?

—Sí. Es cosa hecha.

El viejo Stoker emitió un profundo ronquido. Estaba muy afectado.

—¿Es verdad?

—Sí, papá.

—¿Y te propones casarte con un hombre que ha llamado a tu padre un viejo trapisondista y estafador?

Me sentí intrigado.

—¿Le llamaste viejo trapisondista y estafador, Chuffy?

Chuffy alzó un poco la mandíbula para corregir lo excesivamente abierta que tenía la boca.

—No —murmuró débilmente.

—¡Sí! —contrarrestó Stoker—. Lo dijo usted cuando me negué a comprarle la casa.

—Ya sabe usted lo que sucede… —argumentó Chuffy.

Paulina intervino. Práctica como todas las mujeres, parecía notar que la plática seguía derroteros ajenos a lo esencial.

—De todos modos he decidido que voy a casarme con él, papá.

—¡No!

—Sí. Le quiero.

—¿Le quieres? Y entonces, ¿cómo no más lejos que ayer estabas enamorada de ese maldito imbécil, el de la cara cubierta de hollín?

Me erguí. Los Wooster sabemos condescender con el disgusto de un padre, pero

no toleramos que se traspasen ciertos límites.

—Stoker —dije—, se olvida usted de su compostura. Le ruego que mantenga su ecuanimidad en el debate. Y, además, no estoy cubierto de hollín, sino de betún.

—¡No le quiero! —gritó Paulina.

—Dijiste que sí.

—Pues no.

Stoker emitió otro de sus gruñidos.

—La cosa es que no sabes lo que quieres a punto fijo, y voy a encargarme yo de arreglar las cosas en tu nombre.

—No me casaré con Bertie, digas lo que digas.

—Pues bien cierto es que tampoco te casarás con un Lord inglés a la caza de dotes. Chuffy tomó la ofensa con calma.

—¿Qué quiere usted decir con Lord inglés a la caza de dotes?

—Quiero decir lo que digo. Usted no tiene un centavo y aspira a casarse con una muchacha de la posición de Paulina. Es usted, ¡maldita sea!, como ese personaje de una opereta que yo vi una vez… ¿Cómo se llama…? ¡Ah, sí! Lord Wotwotleigh.

De los lívidos labios de Chuffy exhalóse un grito casi bestial.

—¡Wotwotleigh!

—Sí. Es usted su vivo retrato. La misma cara, las mismas expresiones, la misma manera de hablar. Hasta ahora me he preguntado muchas veces a quién me recordaba usted, y ya lo sé: a Wotwotleigh. Paulina volvió a la carga.

—No digas tonterías, papá. Todo lo malo de este asunto es que Marmaduke, a fuerza de ser escrupuloso y caballeresco, no quería pedirme en matrimonio hasta no tener dinero por su parte. Yo, no sabiéndolo, no comprendía por qué no se declaraba. Luego tú le prometiste comprar sus propiedades, y a los cinco minutos él vino y se me declaró. Si no pensabas comprar el palacio, no debiste prometérselo. Y además, no sé por qué no has de comprarlo.

—Me proponía comprarlo porque Glossop me lo pidió. Pero, dados mis actuales sentimientos hacia ese tipo, ahora no compraría ni una cáscara de guisante para complacerle.

Me sentí inclinado a decir un par de palabras.

—No es mala persona ese Glossop. Yo lo estimo mucho.

—Pues siga estimándole.

—Lo que principalmente me satisface en él es cómo trató anoche a Seabury. Me pareció que ejecutaba las cosas muy adecuadamente.

Stoker me miró con su ojo izquierdo. El otro se había cerrado como una fatigada flor al anochecer. No pude dejar de pensar que Brinkley debía tener muy buena puntería para conseguir acertar tan precisamente. Sé, por haberlo intentado sin éxito, que no es fácil herir con justeza el ojo derecho de una persona lanzando una patata a

distancia. La naturaleza de la patata, tubérculo desigual y lleno de protuberancias, dificulta el afinar bien el tiro.

—¿Qué dice? ¿Ha sopapeado Glossop a ese chiquillo?

—Y de muy buenas ganas, según mis informes.

—¡El diablo me lleve!

No sé si han visto ustedes una de esas películas en que el más endurecido personaje oye entonar la canción predilecta de su madre y, recordándola cuando la escuchaba sobre las maternas rodillas, hace unos cuantos visajes extraños y, antes de que uno se dé cuenta de cómo, halla al tipo haciendo bien a todos a manos llenas y literalmente derretido de suavidad. Siempre me había parecido eso demasiado repentino, pero a partir de aquel instante que relato, sé y pueden creer en mi palabra, que tales ramalazos ocurren en la vida. Porque entonces, y bajo nuestros propios ojos, el viejo Stoker era presa de uno.

Un momento antes había sido un hombre de templado acero. Un segundo después era un ser casi humano. Me miró, atónito, y se lamió los labios.

—¿Es posible que el viejo Glossop haya hecho eso?

—No lo vi en persona, pero lo supe por Jeeves, que lo supo por María, la doncella, que fue testigo de los acontecimientos. Sir Roderick trató a Seabury adecuadamente, y, según mis conjeturas, con el dorso de un cepillo del caballo.

—¡El diablo me lleve!

Los ojos de Paulina centelleaban. Se veía que la esperanza tornaba a albergar en ella. Hasta se me figuraba que dio una palmada con pueril alborozo.

—¿Ves, papá? No le habías juzgado bien. Realmente Sir Roderick es un hombre admirable. ¿Sabes lo que debes hacer? Ir a verle, decirle que lamentas haber estado tan duro con él, y asegurarle que vas a comprar la casa de Marmaduke.

La pobre tonta —¿o la cabeza de chorlito?— cometía una torpeza, y yo lo notaba. Las muchachas no saben manejar las situaciones que requieren tacto. Quiero hacerles comprender, lectores, que, según Jeeves hubiese dicho, en casos así hay que conocer la psicología del individuo. Y hasta un búho hubiera visto cuál era la psicología del viejo Stoker. Un búho, digo, pero un búho macho, desde luego. Stoker era uno de esos individuos que alzan la mano para decir «no» tan pronto como alguien muy caro a su corazón les pide que digan «sí»; un sujeto que, como está escrito en la Biblia, si se le dice «vete» viene, y si se le dice «ven» se larga; un tipo, en una palabra, de los que si hallan una puerta con un letrero ordenando «llamen antes de entrar», empuja el batiente adrede, sin llamada alguna.

Y yo acertaba. De habérsele dejado a merced de sí mismo, Stoker, de allí a un momento, hubiera comenzado a bailar en torno al cuarto, enconando canciones primaverales. Estaba sólo a un brinco de convertirse en una masa compacta de dulzura y bondad. Y ahora, oyendo a Paulina, se envaró súbitamente y una obstinada

expresión asomó a sus ojos. Se advertía que su altanero espíritu se rebelaba contra la imposición.

—No haré nada que se parezca a eso.

—¡Oh, papá!

—¡Venir a ordenarme a mí lo que debo hacer y lo que no!

—No lo dije por tanto, papá.

—No importa por qué lo dijeras.

Los asuntos tomaban un sesgo desagradable. Stoker gruñía para sí como un perro alano no muy satisfecho. Paulina le miraba con tal mal talante cual si acabase de recibir un directo en el plexo solar. Chuffy tenía el aire propio de un hombre que ha sido recientemente comparado con Lord Wotwotleigh. En cuanto a mí, por obvia que me pareciese la oportunidad de que interviniera en la situación un orador de alada elocuencia, no alcanzaba a ver de qué podría servir una alada elocuencia a un orador que no tuviese nada que decir. Y yo, verdaderamente, no tenía nada que decir.

Por tanto, siguióse un prolongado silencio. Y el silencio seguía progresando cuando se oyó un golpe en la puerta y apareció flotando en el umbral la silueta de Jeeves.

—Perdóneme, señor —dijo, inclinándose hacia Stoker, y ofreciéndole un sobre puesto en una bandeja—, pero ha venido un marinero de su yate trayéndole este cablegrama, que ha llegado poco después de salir usted del buque. El capitán, presumiendo que podía tratarse de un asunto urgente, ordenó que se le enviase a esta casa. He tomado el mensaje de manos del hombre en la puerta de servicio y me he apresurado a venir, al efecto de entregárselo a usted personalmente.

Jeeves explicaba el asunto lo mismo que si se tratase de uno de esos grandes poemas épicos que a veces lee uno. Cabía seguir los hechos paso a paso y advertir cómo el interés del drama culminaba hacia el momento supremo. Pero Stoker, en vez de sentirse emocionado, pareció más bien inclinarse a la impaciencia.

—¿Todo eso se reduce a que hay un cablegrama para mí?

—Sí, señor.

—Y entonces, ¡maldita sea!, ¿por qué no me lo entrega de una vez, en vez de andar con tantos cuentos? ¿Cree usted estar cantando en la ópera o qué? ¡Venga eso!

Jeeves le tendió el cable, con digna reserva y, bandeja en mano, se alejó. Stoker empezó a rasgar el sobre.

—Bien cierto es que no haré nada parecido con ese Glossop —dijo, reanudando la discusión—. Si se presentase ante mí y se excusara, acaso yo…

Su voz se trocó en un sonido muy semejante al de uno de esos patos de juguete que se llenan de aire, para dejar que éste escape luego lentamente. Abrió mucho la boca, y contempló el cable como si descubriese de pronto que estaba acariciando a una tarántula. Un instante después brotó de sus palabras una exclamación que aun en

nuestros relajados días modernos me pareció impropia para ser proferida ante terceras personas.

Paulina se acercó a él solícita. Cuando la pena y la congoja sobrevienen, la tirantez familiar debe disiparse.

—¿Qué pasa, papá?

Stoker emitía ruidos tales como si tragase algo contra su voluntad.

—¡Ha ocurrido!

—¿Qué ha ocurrido?

—¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? ¡Que los otros parientes impugnan el testamento del tío Jorge!

—¡No es posible!

—Sí, es posible. Lee.

Paulina examinó el documento y pareció desconcertada.

—Pues si eso prospera, ¡adiós nuestros cincuenta millones!

—Desde luego.

—Y nos quedamos, como quien dice, sin un centavo.

Chuffy entró en acción, dijérase que de un salto.

—¿Es verdad que habéis perdido todo vuestro dinero?

—Así parece.

—Excelente —aseguró Chuffy—. Grande. Exquisito. Maravilloso. Definitivo. ¡Espléndido!

Paulina dio a su vez una especie de brinco.

—¿Verdad que sí?

—Claro. Yo estoy a la sopa. Tú estás a la sopa. Por tanto, podemos casarnos.

—Desde luego.

—Así se arreglan todas las cosas. Nadie podrá decir ahora que me asemejo a Wotwotleigh.

—Cierto que no.

—Porque Wotwotleigh, al saber esa noticia, hubiera desaparecido por el escotillón.

—Seguramente. Y tan de prisa, que no se hubiera podido ni distinguirle en la polvareda de su fuga.

—¡Es prodigioso!

—¡Es magnífico!

—En toda mi vida he oído un caso de tanta suerte como éste.

—Ni yo.

—¡Y ocurrir en el momento preciso!

—Exactamente en el preciso.

—¡Es culminante!

—¡Es gracioso!

Aquel bello entusiasmo juvenil pareció afectar a Stoker como una puñalada en la mejilla.

—Dejen de decir esas infernales necedades y atiendan. ¿No tienen sentido común? ¿Perder yo mi dinero? ¿Imaginan que voy a someterme sin pleitear? Esa gente tiene menos probabilidades a favor que un perro sin rabo. El tío Jorge estaba tan cuerdo como yo, y dispongo de Sir Roderick Glossop, el alienista más ilustre de Inglaterra, para demostrarlo.

—No dispones de él.

—Me basta citar a Glossop como testigo para que la impugnación se disipe como una burbuja de aire.

—Pero Sir Roderick no testimoniará en tu favor ahora que tú has reñido con él.

—¿Quién dice que yo he reñido con él? Mostradme al insensato que diga que no estoy en las más cordiales relaciones con Sir Roderick Glossop. Por el hecho de haber tenido una leve disputa, una cosa sin importancia, propia de amigos íntimos, ¿queréis insinuar que no seguimos considerándonos como hermanos?

—¿Y si no te presenta excusas?

—No tiene por qué excusarse de nada. Seré yo, naturalmente, quien me excuse ante él. Creo ser lo bastante hombre para darme cuenta de cuando ofendo a mis amigos y para no vacilar en presentarles disculpas. ¡Claro que me excusaré! Y él aceptará mis excusas con el mismo ánimo con que yo voy a presentárselas. Roderick Glossop no es un hombre mezquino. De aquí a dos semanas le tendré en Nueva York, atestiguando por mí. ¿Dónde se hospeda? En el «Hotel Miramar», ¿no? Voy a telefonearle ahora mismo y a convenir una cita con él.

Intervine.

—No está en el hotel, porque Jeeves acaba de telefonearle y no le ha encontrado.

—¿Dónde está?

—No puedo decírselo.

—Debe de estar en alguna parte.

—¡Ah! —repuse, comprendiendo el razonamiento y pareciéndome acertado—. Sin duda. Pero ¿dónde estará? Probablemente en Londres en este momento.

—¿Por qué en Londres?

—¿Y por qué no en Londres?

—¿Se proponía ir a Londres?

—Puede ser.

—¿Cuáles son sus señas de Londres?

—Las ignoro…

—¿No las sabe ninguno otro de ustedes?

—Yo no —dijo Paulina.

—Ni yo —añadió Chuffy.

—¡Qué gente tan útil son ustedes! —comentó Stoker, severo—. ¡Fuera de aquí! Estamos ocupados.

La observación iba dirigida a Jeeves, que flotaba de nuevo en el umbral. Una de las más notables cualidades de ese hombre es que tan pronto se le ve como se le deja de ver. O, mejor dicho, se le deja de ver y de pronto se le ve de nuevo. Uno está hablando de tal o cual cosa, y de improviso percibe una presencia, por decirlo así, y allí está Jeeves.

—Perdón, señor —repuso Jeeves—, pero deseaba hablar un momento a Su Señoría.

Chuffy agitó distraídamente una mano.

—Después, Jeeves.

—Muy bien, Milord.

—Ahora estamos un poco ocupados.

—Precisamente, Milord.

—No es difícil localizar a un hombre tan preeminente como Sir Roderick —prosiguió Stoker—. Tiene que figurar en el Anuario. ¿Tiene usted el Anuario?

—No —dijo Chuffy. El viejo Stoker alzó las manos al cielo.

—¡Dios mío!

Jeeves tosió.

—Ruego que se me perdone mi intromisión; pero creo poder decir dónde se encuentra Sir Roderick. ¿Acierto suponiendo que es Sir Roderick Glossop a quien desean ustedes encontrar?

—Claro que sí. ¿Cuántos Sires Roderick cree usted que conozco yo? ¿Dónde está?

—En el jardín, señor.

—¿En este jardín?

—Sí, señor.

—Vaya y pídale que venga en seguida. Dígale que Stoker quiere hablarle inmediatamente de un asunto de la mayor importancia. Pero aguarde. Iré yo mismo. ¿En qué parte del jardín está?

—No le he visto, señor. Estoy meramente informado de que se halla ahí.

Stoker chascó la lengua.

—¡Bueno, maldita sea! ¿Quiere decirme en qué condenada parte del jardín le han informado de que está?

—En un cobertizo donde se guardan tiestos, señor.

—¿En un cobertizo donde se guardan tiestos?

—Sí, señor.

—¿Cómo está ahí?

—Supongo que sentado, señor. Según he dicho, mis informes no son de primera mano. Mi informador ha sido el guardia Dobson.

—¡Eh! ¿El guardia Dobson? ¿Quién es ese individuo?

—El policía que detuvo a Sir Roderick anoche, señor.

Inclinó ligeramente el busto y dejó la estancia.

XXI

—¡Jeeves! —gritó Chuffy.

—¡Jeeves! —chilló Paulina.

—¡Jeeves! —clamé yo.

—¡Eh! —aulló el viejo Stoker.

La puerta se había cerrado y yo juraría que nadie la había vuelto a abrir de nuevo. Sin embargo, allí estaba entre nosotros, otra vez, nuestro hombre, con una cortés expresión interrogadora en el rostro.

—¡Jeeves! —profirió Chuffy.

—¿Milord?

—¡Jeeves! —prorrumpió Paulina.

—¿Señorita?

—¡Jeeves! —vociferé yo.

—¿Señor?

—¡Eh, usted! —bramó el viejo Stoker.

No puedo decir si a Jeeves le ofendió o no oírse llamar: «¡Eh, usted!». En todo caso, sus bien modeladas facciones no expresaron resentimiento alguno.

—¿Señor? —dijo.

—¿Por qué se iba?

—Me hallaba bajo la impresión de que Su Señoría, ocupado en asuntos más importantes, no estaba en condiciones de atender a la comunicación que yo deseaba hacerle, señor.

—Pero puede esperarse un segundo, ¿no?

—Ciertamente, señor. De haber conocido que deseaban ustedes hablarme, no habría abandonado la estancia. Sólo el temor de entrometerme en un momento en que mi presencia no se requería…

—Bueno, bueno, bueno —atajé yo, notando, y no por primera vez, que los métodos conversativos de Jeeves parecían irritar no poco al amigo Stoker—. Todo eso no hace al caso.

—No, señor.

—Necesitamos su presencia, Jeeves —expliqué.

—Gracias, señor.

Como Stoker se limitase a emitir sones tales como los que podrían escucharse de un búfalo herido, Chuffy salió a la palestra.

—Jeeves…

—¿Milord?

—¿Dice usted que Sir Roderick Glossop está detenido?

—Sí, Milord. Es el extremo sobre el cual deseaba hablar con usía. Quería

informarle de que Sir Roderick ha sido detenido esta noche por el guardia Dobson bajo cuya custodia ha pasado la noche en el cobertizo donde se guardan los tiestos. Me refiero al cobertizo grande, Milord, no al pequeño. El cobertizo a que aludo…

Nunca había simpatizado yo con J. Washburn Stoker; pero en aquel momento me pareció un deber de humanidad librarle de la inminente apoplejía.

—¡Jeeves! —dije.

—¿Señor?

—No interesa ese cobertizo.

—No, señor.

—Entonces prosiga, Jeeves.

—Comprendo muy bien, señor. El hombre dirigió una mirada de respetuosa conmiseración al viejo Stoker, que parecía sufrir graves perturbaciones en sus conductos bronquiales.

—Según mis referencias, señor, el guardia Dobson detuvo a Sir Roderick a una avanzada hora de la noche. Surgieron cosas semejantes a la incertidumbre respecto al modo de conservarle bajo custodia, ya que la casa del sargento Voules, en el curso del incendio que destruyó la del señor Wooster, ardió también. Y como la casa del sargento Voules cumplía, a la vez, oficios de puesto de policía de la localidad, el guardia Dobson se halló muy desconcertado acerca de dónde debía custodiar al detenido, tanto más cuanto que el sargento Voules no se hallaba presente para aconsejarle, en razón a haber sufrido durante el incendio una lamentable herida en la cabeza, habiéndosele trasladado a casa de una tía suya, en Chuffnell Regís. Me refiero a su tía Maud, no a su tía Emilia, la cual…

Frené de nuevo.

—No importa qué tía fuera, Jeeves.

—No, señor.

—Ni aun sus primas hermanas.

—Muy cierto, señor.

—Continúe, Jeeves.

—Muy bien, señor. Así que al fin, por su propia iniciativa, el guardia llegó a la conclusión de que ningún sitio sería tan seguro como el cobertizo aludido, si bien no optó por el pequeño, sino por…

—Ya lo sabemos, Jeeves. El que tiene el techo de tejas.

—Precisamente, señor. Situó, pues, allí a Sir Roderick y pasó el resto de la noche custodiándole. Hace poco rato, los jardineros empezaron a trabajar por allí, y el guardia avisó a uno de ellos, un joven llamado…

—Bien, bien, Jeeves.

—Muy bien, señor. Avisó a ese joven y le envió a casa del sargento Voules, en la esperanza de que éste pudiera dar instrucciones por hallarse mejorado. Y parece que

así sucedió. Una noche de sueño, obrando en conjunción con la robusta naturaleza del sargento Voules, habían puesto a éste en condiciones de levantarse a la hora acostumbrada y aplicarse a un sólido desayuno…

—¡Un desayuno! —no pude dejar de murmurar a despecho de mi férreo dominio de mí mismo. Pero la palabra había tocado en Bertram una fibra sensible.

—Al recibir esta comunicación, el sargento Voules se dirigió hacia el palacio, proponiéndose hablar con Su señoría.

—¿Por qué con Su Señoría?

—Su Señoría es juez de paz del pueblo, señor.

—¡Ah, sí!

—Y, como tal, posee autoridad para mandar trasladar al detenido a una prisión más segura. El sargento espera en la biblioteca, Milord, que usía tenga tiempo para hablar con él.

Si la palabra «desayuno» tocaba una fibra sensible en el alma de Bertram, la palabra «prisión» tocó otra en el viejo Stoker, quien exhaló un hórrido grito.

—¿Una prisión? ¿Por qué ha de ser llevado a una prisión? ¿Por qué piensa este loco que debe ser llevado Sir Roderick a una prisión?

—Parece que le acusan de robo con fractura, señor.

—¿De robo con fractura?

—Sí, señor.

Tanta pena me causó el viejo Stoker que me faltó poco para darle una palmadita alentadora en la sien. Y probablemente lo hubiera hecho así de no haberme sobresaltado, a mi retaguardia, un ruido semejante al de una gallina espantada o un faisán al alzar el vuelo. Lady Chuffnell entraba a la carga en el cuarto.

—¡Marmaduke! —clamó.

No puedo dar mejor idea de su emoción sino diciendo que, mientras hablaba, sus ojos se fijaron en mi faz y su expresión no delató un sobresalto siquiera. No reparó más en mí si yo fuese, por ejemplo, el Gran Jefe Blanco.

—Marmaduke, traigo noticias terribles. Roderick…

—Ya, ya —repuso Chuffy, con cierta impaciencia, según juzgué—. Jeeves acaba de decírmelo.

—¿Y qué vamos a hacer?

—No lo sé.

—La culpa es mía, toda la culpa es mía…

—No diga eso, tía Mirtila —aconsejó Chuffy, malhumorado pero todavía *preux* —. Usted no podía haberlo impedido.

—Sí, sí podía. ¡No me lo perdonaré nunca! De no ser por mí, no hubiera salido de esta casa con la faz ennegrecida.

Me sentía disgustado por el pobre Stoker. Una desgracia sucedía a la otra, como

quien dice. Sus ojos se le salían de las órbitas.

—¿La faz ennegrecida? —murmuró débilmente.

—Se había cubierto la cara con corcho quemado para divertir a Seabury.

Stoker se desplomó en una silla. Sin duda creía que tan lúgubre historia debía escucharse mejor estando sentado.

—Ese horroroso embadurnamiento sólo puede quitarse con manteca…

—O con gasolina, según afirman los entendidos —no pude dejar de decir, para poner las cosas en su punto—. ¿No es cierto, Jeeves?

—Sí, señor.

—Bien, pues gasolina. Gasolina o manteca. Fuese lo que fuera, lo necesitaba para limpiarse el rostro antes de salir de esta casa. Y ahora…

Se interrumpió a mitad de la frase, profundamente conmovida. Aunque no más que Stoker, que parecía estar sobre ascuas.

—Esto es el fin —dijo con voz rota—. Ahora es cuando yo pierdo de una sentada cincuenta millones. ¿Para qué va a servir, en un caso sobre definición de locura, el testimonio de un individuo que anda a campo traviesa con la cara embadurnada de negro? No hay en América un solo juez que no sentencie que él mismo está loco.

Lady Chuffnell se estremeció.

—Pero lo hizo para divertir a mi hijo…

—Cualquiera que trate de divertir a un maldito cerdo como ése —alegó Stoker— está loco de remate.

Emití una sardónica risa.

—La diversión es para mí —continuó Stoker—. ¡Sí, para mí! Yo sólo fiaba en el testimonio de ese Glossop. Me fundaba en él para testificar que Jorge no estaba loco. Y, si ahora lo presentase, a los dos minutos la parte adversaria me dejaría al fresco probándome que mi testigo se hallaba loco a su vez, más loco que cuanto Jorge hubiera conseguido estarlo en mil años. Es gracioso que se le ocurriera pensar en esa diversión, señora. Irónico. Me recuerda alguna condenada cosa que he leído y que dice: «He aquí a…». Bueno, no sé a quien…

Jeeves tosió. En sus ojos brillaba un resplandor informativo.

—Abu-ben Adhem, señor.

—¿Qué diablos me ha llamado? —exclamó Stoker, confundido.

—El poema a que usted ha hecho alusión explica que un cierto Abu-ben Adhem despertó una noche, según la historia, de un profundo y pacífico sueño, y encontró un ángel…

—Fuera de aquí —dijo, sin alzar la voz, el viejo Stoker.

—¿Señor?

—Salga de este cuarto antes de que yo le asesine.

—Sí, señor.

—Y llévese sus ángeles consigo.

—Muy bien, señor.

La puerta se cerró. Stoker exhaló una profunda bocanada de aire, con aire abrumado.

—¡Venir con ángeles en un momento así!

Creí justo interceder por Jeeves.

—Tiene razón —dije—. En el colegio nos hacían aprender el pasaje de memoria. Aquel tuno encontró a un ángel junto a su cama, escribiendo en un libro no sé qué, y el desenlace de todo era… Bueno, bueno, si no quieren saberlo, me callo.

Me retiré a un rincón del cuarto y abrí un álbum de fotografías. A un Wooster no le agrada intervenir en una conversación contra el manifiesto deseo de sus contertulios.

Durante un rato siguió lo que pudiera definirse de parloteo confuso, en el cual, en mi enojo, no participé. Todos hablaban a la par y nadie decía nada que pudiera describirse como ni medianamente constructivo. Excepto el viejo Stoker, quien probó que yo acertaba al compararle con un antiguo pirata de la Gran España, sugiriendo audazmente una propuesta para enviar en favor de Glossop una expedición de socorro.

—¿Y qué pasaría —quiso saber— si fuéramos y echásemos la puerta abajo, y le libertáramos, y le escondiéramos en algún sitio, e hiciéramos que todos esos tipos de guardias anduviesen dando vueltas por el mundo sin encontrarle?

Chuffy contemporizó.

—No podemos.

—¿Por qué?

—¿No ha oído a Jeeves que Sir Roderick está custodiado por Dobson?

—Se le pega en la cabeza con una azada.

La idea no pareció subyugar a Chuffy. Presumo que si uno es juez de paz debe andar con ojo en lo que hace. Si da un azadonazo en la cabeza de un policía, el condado podría encontrarse algo perplejo ante tal ocurrencia.

—Pues entonces, se le soborna.

—Los policías ingleses no se dejan sobornar.

—¿Está seguro?

—Por completo.

—¡Dios mío, qué país! —suspiró Stoker, emitiendo una especie de sibilante gruñido.

Comprendí que nunca volvería a considerar a Inglaterra como la considerara antes.

Mi enojo se suavizó. Los Wooster somos humanos y el espectáculo de tanta congoja junta en un cuarto de dimensiones moderadas era excesivo para mí.

Acerquéme a la chimenea y toqué el timbre.

Con el resultado de que cuando Stoker empezaba a exponer sus opiniones sobre la policía inglesa, abrióse la puerta y compareció Jeeves.

Stoker le miró aviesamente.

—¿Ha vuelto usted?

Si, señor.

—¿Y…?

—¿Señor?

—¿Qué quiere?

Chuffy agitó la mano.

—No llamábamos, Jeeves.

Me adelanté un paso.

—Llamaba yo, Chuffy.

—¿A quién?

—A Jeeves.

—No necesitamos a Jeeves.

—Chuffy, muchacho —empecé, impresionando sin duda a los oyentes con la gravedad de mi acento—, si ha habido una ocasión en que se necesitaba a Jeeves más que ahora, yo…

Aquí perdí el hilo de mi discurso y hube de reanudarlo.

—Chuffy, quiero indicar que él es el único que puede sacarnos de este laberinto. Y le tienes ante mí. Me refiero a Jeeves —agregué, para aclarar las cosas mejor—: Sabes tan bien como yo que en estos casos Jeeves siempre halla un expediente.

Chuffy se mostró muy impresionado. Comprendí que su memoria empezaba a trabajar, evocándole algunos de los triunfos de nuestro hombre.

—¡Por Dios que sí! ¿Verdad, Bertie, que Jeeves siempre encuentra un recurso?

—Siempre.

Lancé una mirada fulminante a Stoker, que comenzaba a comentar no sé qué a propósito de ángeles, y me volví a Jeeves.

—Jeeves —dije—, necesitamos su cooperación y consejo.

—Muy bien, señor.

—Para empezar, permítaseme una breve sinopsis… ¿Se dice sinopsis, Jeeves?

—Sí, señor. Sinopsis es una palabra correcta.

—… Una breve sinopsis de la situación de las cosas. Sin duda recuerda usted al difunto Jorge Stoker, Jeeves. El cable que ha traído usted hace poco anunciaba que el testamento que tan gran beneficio implica para el señor J. Washburn Stoker ha sido impugnado, fundándose en que el otorgante estaba más loco que una cabra.

—Sí, señor.

—Para contrarrestar el incidente, el señor Stoker se proponía hacer comparecer

ante el tribunal a Sir Roderick Glossop, a fin de que éste certificase que el difunto pertenecía a la clase de las personas cuerdas. Sin una sola fisura mental, ¿me comprende? Y en circunstancias ordinarias, ese medio no hubiese fracasado. Habría metido el puchero en casa infaliblemente.

—Si, señor.

—Pero el intríngulis del asunto, Jeeves, es que Sir Roderick se encuentra ahora en el cobertizo de los tiestos (y por señas en el cobertizo grande) con la faz embadurnada de corcho quemado y una acusación de robo con fractura mirándole fijamente a los ojos. ¿Se hace cargo de que esto le hace desmerecer como fuerza decisoria?

—Sí, señor.

—En este mundo, Jeeves, uno puede hacer una de estas dos cosas: o ser una autoridad decisiva en materia de diagnosticar si el prójimo está chiflado o no, o ennegrecerse la cara y andar navegando por cobertizos de tiestos. Uno no puede ejecutar ambas cosas a la vez. ¡Qué procede hacer aquí, Jeeves!

—Yo propondría sacar a Sir Roderick del cobertizo, señor.

Me volví a la multitud.

—¿Ven cómo Jeeves ha encontrado un medio?

Hubo una voz discrepante. La de Stoker.

—¿Cómo va a sacarle de allí? ¿Con una brigada de ángeles? —inquirió en voz sumamente torva.

Y recayó en sus imitaciones de un búfalo lesionado, hasta que yo le atajé con firmeza.

—¿Puede usted sacar a Sir R. del cobertizo, Jeeves?

—Sí, señor.

—¿Está usted convencido de ello?

—Sí, señor.

—¿Ha formulado ya un plan o proyecto?

—Sí, señor.

—Rectifico lo dicho —declaró, reverente, el viejo Stoker—. Perdone mis palabras. Sáqueme de este apuro y le autorizo a que me despierte a mitad de la noche y me hable de ángeles todo lo que quiera.

—Gracias, señor. Sacando a Sir Roderick del cobertizo y conduciéndole a presencia de Su Señoría habremos obviado todas las dificultades —continuó Jeeves —. La identidad de Sir Roderick no es conocida aún al sargento Voules ni al guardia Dobson. El guardia no le había visto nunca hasta anoche y supone que es uno de los músicos negros que tocaron en el yate del señor Stoker. El sargento Voules se halla bajo la misma impresión. Por tanto nos basta con libertar a Sir Roderick antes de que las cosas vayan más adelante y todo quedará solucionado.

—Le comprendo, Jeeves —dije.

—Si me lo permite, señor, desarrollaré ahora el sistema que he planeado para alcanzar ese fin.

—Sí —concordó Stoker—. ¿Cuál es su sistema? Explíquelo.

Levanté una mano. Un pensamiento repentino había acudido a mi mente.

—Espere, Jeeves —dije—. Sólo un momento.

Y fijé en Stoker un ojo impositivo.

—Antes de proseguir, hay que estipular dos cosas. ¿Da usted, señor Stoker, palabra solemne de comprar al buen Chuffy su palacio al precio que convengan las partes contratantes?

—Sí, sí, sí. ¡A la explicación!

—¿Consiente usted en la unión de su hija Paulina con Chuffy, y desiste de la sandez de casarla conmigo?

—¡Seguro, seguro!

—Puede usted hablar, Jeeves —dije.

Me hice atrás, dejándole libre el palenque. En sus ojos relampagueaba la luz de la inteligencia pura. Y, como de costumbre, su cabeza, aparecía prominente por su parte posterior.

—Habiendo examinado el asunto cuidadosamente, señor, he llegado a la conclusión de que el principal inconveniente radica en la presencia del guardia Dobson a la puerta del cobertizo.

—Muy exacto, Jeeves.

—Él es la clave de la cosa, si así puedo decirlo.

—Cierto que lo puede decir. También podría definírsele como el pelma que se ha interpuesto en nuestro camino, ¿verdad?

—Sí, señor. Por tanto, nuestra primera medida ha de ser eliminar al guardia Dobson.

—Eso es lo que yo decía —quejóse Stoker—. Y no quisieron escucharme.

Le atajé.

—Usted proponía darle en la cabeza con una azada o cosa parecida. ¡Un error! Aquí lo que se necesita… ¿Cuál es la palabra, Jeeves?

—*Finesse*, señor.

—Exacto. Siga, Jeeves.

—El objetivo, en mi opinión, puede conseguirse avisando a Dobson de que María, la doncella, le aguarda para hablarle entre los groselleros.

Quedé atónito por la sagacidad de aquel hombre, pero no tanto que no me restase suficiente clarividencia para volverme a los demás y explicar:

—Esa María, la doncella, es novia del endiablado Dobson y, si bien sólo la he visto a distancia, apuesto a que es justamente el género de chica que un guardia de sangre ardiente desea encontrar entre los groselleros para un rato de charla. Tiene

verdadero atractivo, ¿eh, Jeeves?

—Es una joven extremadamente agradable, señor. Y creo que aún podríamos aumentar la eficacia del mensaje añadiendo que María piensa llevar una taza de café y un bocadillo. Según mis informes, el guardia no ha desayunado aún.

Parpadeé.

—Soslaye el tema, Jeeves. No soy de mármol.

—Perdón, señor. Lo había olvidado.

—Nada, nada, Jeeves. Tendrá que convencer a María, ¿eh? Una faena peliaguda, ¿no?

—No, señor. He sondeado sus opiniones y la encuentro notablemente propincua a llevar algún piscolabis al guardia. Sólo creo necesario mandarle un aviso, que proceda en apariencia del referido funcionario, diciéndole que éste la espera en el antedicho lugar.

Interrumpí.

—Una observación, Jeeves. De importancia. Si Dobson tiene apetito, ¿por qué no ha venido a buscar el desayuno en la casa?

—Temería verse observado por el sargento Voules que le dio órdenes estrictas de no abandonar la vigilancia, señor.

—¿Y la dejará así? —sugirió Chuffy.

—Ten en cuenta, muchacho, que Dobson no ha desayunado —alegué—. Y esa María va a llevarle café y bocadillos. No perturbes la marcha del diálogo con preguntas necias. Siga, Jeeves.

—En ausencia de Dobson, señor, sería cosa fácil sacar de su encierro a Sir Roderick y esconderlo en cualquier parte. Me permito proponer el dormitorio de Su Señoría.

—Y Dobson no osaría confesar que había abandonado su puesto de vigilancia, ¿eh? ¿No es a eso a lo que usted tiende?

—Precisamente, señor. Los labios del guardia Dobson permanecerían sellados.

Stoker se inclinó hacia delante.

—No resultará la cosa —adujo—. No digo que no sacásemos a Glossop, pero los guardias esos comprenderían la existencia de una jugarreta. Al ver desaparecer a su hombre, presumirían que alguien se lo había llevado. Harían sus cálculos y llegarían a la conclusión de que habíamos libertado nosotros a Glossop. Es muy sencillo de comprender. Anoche, por ejemplo, en mi yate…

Se interrumpió, no deseando, según presumí, desenterrar el fenecido pasado, pero yo adiviné su pensamiento. Cuando se produjo mi desaparición del yate no le costó a Stoker tiempo alguno comprender que Jeeves participaba de la maniobra.

—Confieso que es una justa sugestión, Jeeves —intervine—. Los guardias no sacarían en limpio nada, pero darían pábulos a la lengua, y no tardaría en circular el

rumor de que Sir Roderick había estado flotando por el campo con la cara embadurnada de negro. El periódico local recogería las hablillas. Uno de esos escritorzuelos criticones con los que uno tropieza a diario en «Los Zánganos», que están siempre a la caza de cosas que puedan perjudicar a la gente ilustre, tendría noticias del caso, lo divulgaría y vendríamos a encontrarnos tan mal como si Sir Roderick anduviese atrapando moscas en Dartmoor o en otro sitio por el estilo.

—No, señor. Los guardias encontrarían un detenido en sustitución del fugado. Yo aconsejaría, señor, que usted ocupase el puesto de Sir Roderick.

Miré al hombre.

—¿Yo?

—Es fundamental que aparezca en el cobertizo un caballero con la faz ennegrecida cuando los guardias entren allí y resuelvan conducir al acusado a presencia de Su Señoría.

—Pero yo no me parezco a Glossop. Tenemos contexturas diferentes. Yo soy esbelto y flexible como un junco; él… Bien, no deseo hacer comentarios denigratorios de una persona que está unida a la tía de un antiguo amigo por lazos más tiernos que… En fin, no creo que ninguno de ustedes, por mucha imaginación que pongan en el caso, puedan considerar a Sir Roderick esbelto y flexible.

—Olvida usted, señor, que sólo Dobson ha visto al prisionero, y hemos convenido en que los labios de Dobson permanecerán sellados.

Era verdad. Yo había olvidado el detalle.

—Sí, Jeeves —repuse—; pero, por grandes que sean mis deseos de devolver la paz y el sosiego a esta atribulada mansión, no me siento con ánimos de pasar cinco años agradablemente preso por haber cometido un robo con fractura.

—No hay tal peligro, señor. El lugar cuya entrada estaba fracturando Sir Roderick al ser detenido era el garaje de usted.

—Sí, Jeeves. Pero reflexione. Considere. Examine la situación. ¿Va nadie a creer que, habiendo sido detenido en el acto de penetrar en mi propio garaje, me hubiese dejado apresar sin decir una sola palabra de protesta? ¿Va nadie a creer que hubiese consentido en pasar toda la noche en un cobertizo, sin explicar la verdad?

—Basta inducir al sargento Voules a que lo crea, señor. La opinión del guardia carece de trascendencia, en atención a que sus labios estarán sellados.

—Voules no creerá en el caso ni por un segundo.

—Sí, señor. Tiene entendido que es frecuente práctica de usted dormir en cobertizos.

Chuffy lanzó un grito de contento.

—¡Claro que sí! Dará por hecho que has vuelto a emborracharte.

Me mantuve frígido.

—¿Sí? —dije con una voz que ustedes no hubiesen podido describir de otro modo

que llamándola cáustica—. ¿Y quieres que pase mi nombre a la historia de Chuffnell Regis como el de uno de los principales dipsómanos de Inglaterra?

—Acaso Voules te tome únicamente por un chiflado —sugirió Paulina.

—Exacto —apoyó Chuffy. Y agregó, volviéndose a mí—: No irás a decirme, Bertie, que a estas alturas tienes alguna objeción que hacer a ser considerado…

—Poco apreciable mentalmente —indicó Paulina.

—Eso —dijo Chuffy—. Tienes que aceptarlo, Bertie. ¿Vas a negarte a una ligera molestia momentánea, a cambio de la cual puedes salvar a tus amigos? ¡Claro que no! ¿Ven ustedes? Casi salta de alegría a la idea de semejante tarea.

—Brinca de contento —añadió Paulina.

—Rezuma regocijo —expuso Chuffy.

—Siempre le he tenido por muy buen muchacho —afirmó el viejo Stoker—. Recuerdo haberlo pensado ya la primera vez que le vi.

—Y yo —remachó Lady Chuffnell—. ¡Es tan diferente a los jóvenes modernos!

—Tiene una cara muy simpática.

—Siempre me lo ha parecido así.

Mi cabeza oscilaba un poco. No es frecuente que me den un jabón semejante, y comenzaba a sentirme humanizado. Traté, en un débil esfuerzo, de oponerme a la marea:

—Sí, pero escuchen…

—Bertie y yo fuimos juntos a la escuela —dijo Chuffy—. ¡Con qué placer lo recuerdo! Y también a un colegio particular, y a Eton, y después a Oxford. Todos querían mucho a Bertie.

—¿A causa de su prodigioso y abnegado carácter? —inquirió Paulina.

—Has dado en el clavo. A causa de su prodigioso y abnegado carácter. Porque cuando se trata de ayudar a un amigo es capaz de atravesar fuego y agua para efectuarlo. No quisiera yo más que tener una libra por cada vez que Bertie ha cargado con culpas ajenas sobre sus recios hombros.

—¡Qué admirable! —comentó Paulina.

—Es lo que cabe esperar de él —apuntó Stoker con suavidad.

—Claro —agregó Lady Chuffnell—. Con razón se ha dicho que el niño es el padre del hombre.

—Quisiera que le hubiesen visto una vez afrontar a un profesor furioso. En sus grandes ojos azules brillaba una expresión intrépida…

Levanté la mano.

—Basta, Chuffy —dije—. Es suficiente. Me presto a la espantosa prueba. Pero antes, dos palabras. Cuando salga de ella, ¿podré desayunar?

—Tendrás el mejor desayuno que quepa servir en esta casa.

Le miré, escrutador.

—¿Arenques?

—Multitud de arenques.

—¿Tostadas?

—Montañas de tostadas.

—¿Y café?

—Mares de café.

—Bien; acepto —dije, inclinando la cabeza—. Vamos, Jeeves.

—Muy bien, señor. Si me permitiese formular una observación…

—Hable, Jeeves.

—Lo que usted hace hoy, señor, supera en mucho a cuanto ha hecho hasta la fecha.

—Gracias, Jeeves.

Como a menudo he dicho, no hay nadie que defina las cosas mejor que él.

XXII

El sol iluminaba el despachito de Chuffy. Sus rayos recaían sobre mi persona, sentada a la sazón ante una bien servida mesa; sobre Jeeves, que se movía en el foro; sobre los esqueletos de cuatro arenques asados; sobre una cafetera y sobre un plato de tostadas vacío. Me serví las últimas gotas de café y bebí pensativamente. Los últimos acontecimientos habían dejado huella en mí, y era un Bertram Wooster más grave y más maduro el que ahora contemplaba el plato de tostadas vacío y, no hallando nada en él, transfería su mirada al hombre que le servía.

—¿Qué cocinera hay aquí ahora, Jeeves?

—Una mujer apellidada Perkins, señor.

—Pues es entendida en materia de desayunos. Felicítela de mi parte, Jeeves.

—Muy bien, señor.

Acerqué la taza a mis labios.

—Todo esto es como la luz del sol después de la tempestad, Jeeves.

—Extremadamente análogo, señor.

—Porque fue una buena tempestad, ¿eh?

—Muy enojosa a veces, señor.

—Enojosa es *le mot juste*, Jeeves. Ahora estaba pensando en mi situación de hace poco. Puedo jactarme con razón de ser un hombre fuerte. No me alteran fácilmente los embates de la vida; pero confieso que fue una desagradable tarea la de comparecer ante Chuffy. Me sentí nervioso y turbado. El buen Chuffy tiene mucho de la temible majestad de la Ley. No sabía que usase gafas de concha.

—Cuando actúa como juez de paz, invariablemente. Y le comprendo, señor. Opino que ello presta confianza a Su Señoría en los casos en que necesita ejercer su autoridad judicial.

—Pero debían habérmelo advertido. Porque me causó una impresión muy fuerte. Esas gafas cambian su expresión en absoluto. Le hacen parecerse mucho a tía Ágata. Sólo recordando que él y yo nos hallamos una vez juntos, en Bow Street, bajo una misma acusación motivada durante cierta regata nocturna, he podido conservar mi *sang froid*. No obstante, las dificultades duraron poco, ¿eh? Confieso que Chuffy arregló las cosas pronto y sabiamente. A Dobson le dejó bien servido, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Una severa reprimenda, ¿no es cierto?

—Muy enérgica y elocuente, señor.

—Y Bertram puesto en libertad sin una sola mácula sobre su conducta, ¿no?

—Sí, señor.

—Aunque el sargento Voules haya quedado firmemente convencido de que Bertram es o un inveterado beodo o un loco de nacimiento. O tal vez ambas cosas.

Pero —continué abandonando el lado sombrío de la situación— es inútil preocuparse por lo sucedido. Para hacer una tortilla hay que cascar huevos, Jeeves.

—Muy exacto, señor.

—Lo esencial es que ha vuelto usted a mostrar de nuevo que no hay crisis que no sepa dominar. Un esfuerzo magnífico, Jeeves, magnífico.

—Sin la colaboración de usted no hubiese podido hacer nada, señor.

—¡Bah! Yo sólo he sido un peón en el juego, Jeeves.

—No, señor.

—Sí, Jeeves. Sé situarme en mi puesto. Pero debo hacerle notar una cosa. No trato ni por un momento de amenguar el éxito de su plan, mas convengamos en que ha tenido usted un poco de suerte.

—¿Señor…?

—Porque el cable llegó en el tiempo justo. Fue una coincidencia afortunadísima.

—No, señor. Yo esperaba su llegada.

—¿Cómo?

—En el cablegrama que expedí anteayer a mi amigo Benstead, de Nueva York, le exhortaba a transmitir sin pérdida de tiempo el mensaje que formaba la esencia de mi comunicación.

—¿Quiere usted decir…?

—Inmediatamente después de la disputa surgida entre el señor Stoker y Sir Roderick Glossop, disputa que implicaba la decisión del primero de no comprar la casa de Lord Chuffnell, y la consiguiente mala situación de Su Señoría ante la señorita Stoker, se me ocurrió expedir un cablegrama a Benstead como única solución posible. Presumí que las noticias de una impugnación del testamento del difunto señor Jorge Stoker debían llevar a una reconciliación entre el otro señor Stoker y Sir Roderick.

—¿De modo que nadie impugna el testamento?

—No, señor.

—¿Y cuando Stoker lo averigüe?

—Estoy convencido de que su natural alegría superará a cualquier posible desagrado que le cause el ardid. Además ya ha firmado los documentos concernientes a la compra del palacio.

—¿Así que, aunque enloquezca de rabia, no puede hacer nada en contra?

—No, señor.

Caí en un tétrico silencio. Aparte de sorprenderme, aquella revelación me producía una punzante angustia. Me refiero al pensamiento de que yo había dejado alejarse a aquel hombre de mi lado y de que no existía una sola endiablada posibilidad de que Chuffy fuese nunca lo bastante idiota para ponerle en circulación de nuevo, y de que… En fin; díganme, ¡maldita sea!, si aquello no era bastante para

hundir un aguzado acero en mi alma.

Con el espíritu de un antiguo aristócrata subiendo a la carreta fatídica, procuré seguir llevando mi máscara de naturalidad.

—¿Me da un cigarrillo, Jeeves?

Acercóme la tabaquera. Fumé en silencio.

—¿Puedo preguntarle, señor, cuáles son sus intenciones inmediatas?

Salí de mi abstracción.

—¿Eh?

—Ahora que su casa se ha incendiado, señor, ¿se propone alquilar otra en la vecindad?

Moví la cabeza.

—No, Jeeves. Voy a regresar a la metrópoli.

—¿A su antiguo piso, señor?

—Sí.

—Pero…

Yo había previsto la objeción.

—Ya sé lo que va a decir, Jeeves. Piensa usted en el señor Manglehoffer, y en la honorable señora Tinker-Moulke, y en el teniente coronel J. J. Bustard. Pero las circunstancias han variado desde que me vi impelido a tomar mi firme resolución en vista de la actitud de mis vecinos respecto a mi querido banjo. A partir de este momento no habrá razonamientos. Mi banjo pereció anoche entre las llamas, Jeeves, y no pienso comprar otro.

—¿No, señor?

—No, Jeeves. Mi entusiasmo se ha disipado. No podría tocar una sola cuerda sin acordarme de Brinkley. Y una cosa que no deseo nunca en el futuro es tener noticia alguna de ese hombre de abominación.

—¿Entonces, no se propone conservar a Brinkley a su servicio?

—¿A mi servicio? ¿Después de lo sucedido? ¿Después de ser ganador estrictamente por una cabeza, en la carrera contra él y su trinchante? No, no me propongo conservarle a mi servicie. A Stalin, sí. A Al Capone, ciertamente. A Brinkley, nunca.

Jeeves tosió.

—Puesto que tiene usted un puesto vacante en su casa, señor, ¿consideraría usted una libertad el que yo le ofreciese mis servicios?

En mi emoción volqué la cafetera.

—¿Ha dicho usted… Jeeves?

—Me he permitido expresar la esperanza, señor, de que tuviese usted la bondad de concederme ese empleo. Me esforzaría en complacer a usted, como confío haberlo hecho en el pasado…

—Pero…

—No me propongo, en todo caso, continuar al servicio de Su Señoría una vez que éste contraiga matrimonio. Sin que disminuya en nada por ello mi admiración hacia las cualidades de la señorita Paulina, no ha entrado en mis cálculos jamás servir en la casa de un caballero casado.

—¿Por qué no?

—Es una cosa puramente personal, señor.

—Comprendo a lo que se refiere. ¿La psicología del individuo?

—Precisamente, señor.

—¿Y desea usted realmente volver conmigo?

—Consideraría una gran amabilidad el que usted me lo consintiese, señor, siempre que no haya usted formado diferentes planes.

No es fácil hallar palabras en esos supremos momentos, si es que entienden ustedes lo que quiero decir. Y lo que quiero decir es que en un momento así —supremo, como bien se puede asegurar—, todas las nubes se disipan, y el bello sol brilla sobre todas las cosas, y su luz relampaguea en las bruñidas superficies de todos los buenos coches de seis cilindros, y uno se siente… ¡Bueno, eso quiero decir, maldita sea!

—Gracias, Jeeves —murmuré.

—De nada, señor.



PELHAM GRENVILLE WODEHOUSE fue un escritor humorístico inglés que nació en Guilford, Surrey, el 15 de octubre de 1881 y que falleció en Southampton, Nueva York, el 14 de febrero de 1975. El tercero de cuatro hermanos, pasó su infancia en Hong Kong, a donde fue destinado su padre como magistrado. Ya de regreso en Inglaterra, estudió en la Universidad de Dulwich y trabajó como banquero en Londres en el Banco de Hong Kong y de Shanghai. En 1903 comenzó a colaborar con el periódico *London Globe* como columnista, lo que le confirió la suficiente fama como para granjearse otros puestos con diversas publicaciones europeas y estadounidenses, pero no alcanzó verdadera notoriedad hasta que apareció su novela **El inimitable Jeeves**, en 1924. Al estallar la Segunda Guerra Mundial, fue detenido por soldados alemanes mientras residía en Francia, y fue prisionero un corto tiempo en Berlín, hasta que fue liberado en 1941; durante su captura se emitieron varios relatos suyos por la radio alemana, lo que llevó a acusaciones contra su persona de colaborar con el nazismo. Con el fin de la guerra, se trasladó a Estados Unidos, donde residió el resto de su vida y donde alcanzó gran popularidad no sólo por sus novelas sino también por sus comedias musicales. Fue nombrado Caballero del Imperio Británico cuando ya contaba con 93 años de edad.

BIBLIOGRAFÍA:

- Jeeves y el espíritu feudal (1954)
- Júbilo matinal (1946)

- Luna llena (1942)
- Tío Fred en primavera (1939)
- El código de los Woosters (1939)
- Luna de verano (1938)
- Ola de crímenes en el castillo de los Blandings (1937)
- Jovencitos con botines (1936)
- La suerte de los Bodkin (1935)
- Gracias, Jeeves (1934)
- De acuerdo, Jeeves (1934)
- Mal tiempo (1933)
- Guapo, rico y distinguido (1932)
- Dejádselo a Psmith (1923)
- El inimitable Jeeves (1923)
- Piccadilly Jim (1918)
- Amor y gallinas (1906)

Notas

[1] Sic. — (N. del T.) <<

[2] Sic. — (N. del T.) <<

[3] Alusión a Sherlock Holmes. — (N. del T.) <<